

POETA, GUERRERO
Y LETRADO



Libardo Giraldo Murillo
Biografía



Desde hace varios años, mis hijos han querido reconstruir un relato de mi vida, siempre me pareció algo descabellado, volver al pasado, para recrear una historia casi olvidada. Quiero compartir con todos ustedes estas remembranzas, desde los mismos inicios y que conozcan quien fui y quien soy a pocos días de cumplir mis nueve décadas; un hombre luchador, honrado y enamorado de la vida. Será muy gratificante dejar un pedacito de mí, en cada uno de ustedes, mis familiares y amigos.



POETA, GUERRERO Y LETRADO

Libardo Giraldo Murillo
Biografía

Autor

Sofía Giraldo Pérez

ISBN

978-958-49-0639-7

Edición y estilo

Myriam Helena Corredor Sua

Editor

Rubinel Giraldo Pérez

ITGA Ingeniería SAS

NIT 90026264177-2

3587648-31383225941

Calle 54ABis N° 16-09 Piso 5

Diseño y diagramación

Javier Alejandro Velásquez Giraldo

Luisa Fernanda Corredor Gómez

Impresión

Presentación

Una vez más la creación literaria, me permite ir por ese camino de luces multicolores o profundas oscuridades, acercarme a tantos escenarios desconocidos que sólo con la imaginación se puede lograr. Un sentimiento de bienestar, invade este único instante; donde, a punto de soltar la pluma de la escritura, lanzo las páginas del libro **Poeta, Guerrero y Letrado. Biografía de Libardo Giraldo Murillo**, mi padre.

Intento dejar en el lector, esa huella de grandes enseñanzas y conocimientos, que también me mostró mi progenitor a través de su historia. Fueron tantas las remembranzas y confesiones, que inevitablemente tocaron las fibras más sensibles de mi alma. Vivimos a la vez los sentimientos de angustia, de ese pasado doloroso y frágil, que experimentó cuando todavía era un niño. Desde que se dio inicio a este suceso biográfico; admiré la disposición de mi padre y respeté sus perspectivas. A través de esa ficción que nos permite un traslado de escenario, me condujo a percibir el aroma del campo, el olor del café recién molido; acaricié los paisajes de esos bellos atardeceres y sentí el agua cristalina que bañó sus pies descalzos. Continuamos por ese sendero, donde cada atajo, era una travesía, que le iban dejando una huella imborrable en su alma.

Me siento privilegiada por lograr este viaje al lado de mi papá, donde me mostró el pasaje de regreso a su juventud. Me permití acompañarlo en sus búsquedas, aventuras y trabajos. Sentí ese sufrimiento, cuando las penas sacudieron su alma; fueron emotivos esos momentos que irremediablemente movieron mis emociones. También viví a su lado, sus alegrías con lágrimas en los ojos, cuando sus sueños se fueron volviendo realidad. Ahora respeto y admiro mucho más, al ser que vive en su interior, porque a través de su sensibilidad, identifiqué mi herencia. Esa persona ejemplar, noble, honesta y transparente que como gran trabajador fue un ejemplo y sigue siendo el estandarte de esta gran generación.

Hoy a sus noventa años, logramos rescatar esa historia, que corría el riesgo de ser olvidada, en ese cofre de su memoria. Gracias al apoyo sincero, generoso y desinteresado de cada uno de los miembros de esta gran familia hoy con gran orgullo, lanzamos al mundo su narrativa.

Mi camino



Extrañamente tenía mi inclinación de escribir en un cuaderno que siempre iba guardando en un cajón, ahora desempolvo mis borradores para hacer realidad el sueño de ver parte de mi vida impresa en un libro autobiográfico. Recordar para narrar las etapas de mi existencia es un reto que hago con amor y valentía, pues será un verdadero renacer para mí.

CONTENIDO

Mi camino	3
Los inicios, Libardo Giraldo Murillo	6
Un hogar ejemplar	10
Acercándome a Dios	17
La escolita de Anatile	20
Los Andariegos	23
Zapatos para pasos firmes	27
Creciendo a la fuerza. Pérdidas	33
Miradas de Juventud	37
Amores peregrinos	39
Un hombre, alargada del pantalón	43
El adiós	45
Engaño, nace el viajero	49
Príncipe de un cuento, en busca del amor	53
Allá, frente al Altar, la esperé	61
Reconociendo la realidad	66
Manizales, Cenizas al viento	69
Florenxia. Nuestro nido	77
La iluminada capital	84
Ladrillera la Candelaria	89
Un rancho suspendido en las alturas	93
Un sueño: Estabilidad de vida	100
El mejor parque de diversiones	103
Un mundo de ilusiones	111
La lucha por nuestros derechos	115
Me lo merezco	120
Dios, siempre conmigo	123
Algarabías	125
No va más	128
Las puertas de la vigilancia	130
El camino de la vida	133
Reflexiones de mis años	136
Se pierde la memoria	137
Mi niña Leydi desde el cielo...	138
Un adiós inesperado	141
Nuestra descendencia	144

De regreso a Florencia	154
	157
Algunos de mis poemas	158
Homenaje	163

Los inicios, Libardo Giraldo Murillo

Para iniciar, permítanme nombrar a los maravillosos seres que me vieron nacer, pues soy el mayor de una gran generación. Mi papá Milciades desde soltero acompañaba a su papá Aldemar Giraldo, en todos los entornos de la vida del campo con mi abuela, María Jesús Cortés, vivían cerca de Pensilvania, en Guayaquil. De soltero conoció al señor Joaquín, quien más adelante sería su suegro, y aserraban juntos, cazadores por naturaleza, por eso no le faltaba la escopeta.



Florencia Antigua

Joaquín Murillo, papá de mi mamá, era oriundo de *Turbo Antioquia* y después de tanto buscar vida con su familia, se asentó en *Mocorongo*, región límite entre *Pensilvania* y *Caldas*. Él, con su esposa Josefa Gil, se dirigieron a tomar posesión de unos terrenos baldíos en esa vereda. Prepararon la vivienda y la dispusieron para toda la familia. A los tres años bajó el Señor notario y el Secretario desde *Pensilvania* para hacer la escritura y tener techo propio, desde ese momento

Joaquín, Josefa Gil y sus hijos aseguraban su futuro.

Las propiedades eran selva virgen en sus inicios, producían inmensos árboles, tumbaban monte para hacer sembradíos favorables para trabajar la madera. Los hombres aserraban, se vendía ese material para las viviendas campesinas. La primera morada fue la de ellos; Josefa, mi abuela, llegó a disfrutar de una casa espléndida y grande, ubicada en un lugar estratégico de la finca. Con el paso del tiempo, sembrando y abonando con amor, se fue volviendo una tierra próspera para la cosecha. Producía frijol, maíz, árboles de breva. Lo único que allí no se daba era el café, pues el clima era más bien frío. Criaban gallinas, piscos en abundancia y los patos, que se desplazaban como reyes en sus propios charcos. Siempre había cría de ganado, mi abuelo contaba con varias cabezas, lo que facilitaba la buena alimentación. Pero lo más valioso de esa finca eran las caballerizas; gracias a esas bestias enjalmadas se trasladaban de un lugar a otro. Estos animales servían como medio de transporte para cargar mercancías o productos para la venta como los bultos con provisiones.



Cédula de Isabel Murillo

Mi mamá Isabel Murillo, joven conocida por todas las veredas cercanas, por su belleza y amabilidad, había sido cautivada por aquella mirada como trocitos de cielo que la impactaron tanto, hasta tocar el alma de Milciades, mi papá. No tardaron mucho en enamorarse. Último de día del año de 1929, la señorita Isa, cumplía catorce primaveras, momento esperado por este joven enamorado. La noche fue cómplice de una propuesta matrimonial.

De esas casualidades de la vida, mi Eloísa Murillo, hermana de Isabel, también había sido elogiada, por Pedro Giraldo, hermano de Milciades, enamorándose mutuamente. De esta forma, viéndose ya presos de ese encantamiento, decidieron celebrar una sola celebración de dos matrimonios. Dos hermanas; las Murillo, se comprometían con dos hermanos; los Giraldo.

La ceremonia se celebró al caer la tarde del día quince de enero, entre las frondosas tierras de *Pensilvania Caldas*. También Eloísa Murillo y Pedro Giraldo, se casaron. Isa, revestida de juventud, lucía una bella mantilla que embellecía sus cabellos oscuros y rizados. Ese atuendo matrimonial aumentaba su hermosura. Mi padre, siete años mayor, conocido por su sencillez, nobleza y empuje; la esperaba en el altar. Juntos enfrentarían el devenir de la vida como esposos cristianos, respetuosos de la ley de Dios.



Cédula de Milciades Giraldo

Ya tenían el permiso de la iglesia cuando decidieron aceptar el ofrecimiento de mi abuelo José Joaquín Murillo, de pasar sus primeros meses de casados en la finca *Mocorongo*, llamada así, pero no sabemos su origen o el motivo de ese nombre, mientras se iban organizando las ofertas de trabajo para mi papá Milciades, en cualquier finca.

Isabel, pronto descubriría que algo en su cuerpo iba cambiando, la cigüeña asomaba su pico en este hogar. Según mi madre, desde que inició su embarazo, estuvo rodeada de cariño y cuidados. Fue un tío de mi padre, Pedro Cortés, un campesino experto en el arte de recibir niños, quien se puso al frente, él era quien velaba porque el embarazo llevara su curso normal.



Primeros pasos

Al salir de *Mocorongo*, se asentaron en un primer lugar: *Pueblo Nuevo*, en límites de *Antioquia* y *Caldas*, este lugar fue el testigo directo de mis primeras experiencias de vida. Aquel nueve de noviembre de 1930, la espesa noche permitió que Isabel diera a luz su primogénito. Decidieron que Libardo, sería mi nombre. Liberador, con personalidad fuerte y avasallante, según algunos significados y para La Biblia, el nombre también significaba “librado de las aguas” Desde el alumbramiento estaba preparado para enfrentar la vida. Se necesitaba de fortaleza para emprender un viaje con firmeza y empeño.

Gracias a todos los cuidados, yo nací siendo un niño fuerte y vigoroso; aunque mi apariencia era pequeña y frágil. Desde que llegué al mundo, mi madre notó la gran semejanza que yo tenía con mi papá, de él heredé su tez blanca y ojos claros como si se proyectara el verde que me rodeaba.

Me bautizaron a los veintiún días, cuando aún no había iglesias yendo para Nariño. El padre Ignacio Idárraga, improvisaba cada mes una ceremonia al aire libre. Esta vez fue en un caserío llamado *La Reina*, cerca de *La Sofía*. Como era costumbre, el nieto mayor de una familia se le designaba como padrinos a sus abuelos maternos; papá Joaquín y mamá Josefa y el segundo hijo a los otros. En el corregimiento de Florencia Caldas por ser el primer pueblo con iglesia propia, ahora reposan todos los documentos, como mi partida de bautismo.

Con tan sólo cinco años ya me sentía el hombre de la casa, pero pronto tendría mi primera compañía. Fabiene, una mujercita que nació tres años después, quien llegó a compartir mis juegos. El puesto de niño pasó a un segundo plano. De ahí en adelante mamá se dedicaba solo al hijo que iba naciendo. Mi hermana y yo íbamos creciendo con amor, nos consentía y nos proporcionaba los alimentos necesarios para crecer sanos.

Para mis padres, igual que para toda la gente cumplir con los mandamientos era tan vital como la misma nutrición. Asistir a Misa cada domingo nos liberaba de cualquier pecado, entonces era sagrado escuchar la Eucaristía. Recuerdo que muchas veces caminábamos dos horas de ida y dos de vuelta, hasta encontrar la palabra, para iniciar la semana y estar en paz con Dios.



Samaná Caldas

Un día cualquiera, se escuchó que el Obispo llegaría al Porvenir, de Puente *Linda* para arriba, hoy *Pueblo Nuevo*, a oficiar la confirmación de todo niño de la edad que estuviera. Suceso único, pues éste enviado de la iglesia visitaba las veredas cada quince años únicamente, de no aprovechar el momento, tendríamos que esperar década y media más para recibir el Sagrado Sacramento. Toda su comitiva viajaba en mulas, no había carreteras, pero despejaban las trochas para avanzar. Salían de la *Dorada Caldas*, pasando por

Norcasia y *Florencia* hasta llegar a *Puente Linda*; que se ubicaba en límites entre *Antioquia* y *Caldas*. Haciendo el recorrido se divisaba el río *Samaná* dividiendo *Antioquia* y *Caldas*.

Las personas de los caseríos cercanos los esperábamos con alegría. Ya me habían anunciado que Carlos Giraldo, primo de mi papá, sería mi padrino. Recuerdo, que había un tumulto de gente. Mi padrino me llevaba en brazos. Al bajarme de su canto, vi ese señor con ese copo alto en la cabeza; claro, era muy bonito, pero me generó miedo, salí corriendo como alma que lleva el diablo. El joven Carlos con la calidez necesaria logró alcanzarme para recibir mi confirmación. Todo fue mejor, el susto pasó cuando mi padrino me explicó que no había nada que temer. Me reveló que se llamaba *Mitra* y se usaba en la cabeza como símbolo de purificación y éste le daba el poder de confirmación. Finalmente, con una cachetadita se cerró el acto y quedé con el segundo sacramento de la Iglesia; la confirmación.



Foto: 1 Obispo. Mitra

Un hogar ejemplar

Como todo niño que admira a sus padres; yo me sentía verdaderamente cautivado por mi hogar. Su comportamiento era ejemplar, nobles y seres de alma pura y sencilla. Mi madre quien siendo tan joven tomó con gran responsabilidad los quehaceres de la casa, para criarnos con modestia, respeto y amor. Mi padre, salía a los trabajos del campo tan pronto asomaba la aurora. Generalmente era aserrador, caficultor o cualquier oficio propio de alguien como él. Siempre se mostró feliz, bendecido y agradecido con Dios, recubierto de humildad. Jamás lo vi renegar a pesar de las carencias que nos que se vivían. Nos decía que debíamos ser resignados y agradecidos con el Padre Celestial por todo lo recibido; yo me formé con esa misma consigna. Ella lo recibía con aguadepanela para calmar la sed. Fui testigo de mágicos atardeceres ellos y su manera particular de disipar la rutina o las preocupaciones. Entonces, frente a la casa, se escuchaban sus voces antes silenciosas, despertando la noche con sus cantos. Románticas melodías; ella daba el inicio de...

*Lloran, lloran los guadales
Porque también tienen alma;
Y los he visto llorando,
Y los he visto llorando
Cuando en las tardes
Los estremece el viento en los valles. (BIS)
Papá entra y apoya con el coro...*

*También los he visto alegres
Entrelazados mirarse al río;
Danzar al agreste canto
Que dan las mirlas y las cigarras.
Envueltos en polvaredas
Que se levantan en los caminos;...*

Los dos sonreían como si en sus vidas jamás pasara nada. Luego volvían a retomar otras canciones como:

*Dos gardenias para ti
Con ellas quiero decir
Te quiero, te adoro, mi vida
Ponle todas tu atención
Que serán tu corazón y el mío...*

En mi interior sentía paz y alegría porque eso me transmitían. Las luciérnagas festejaban iluminando los matorrales y las estrellas refulgentes a lo lejos encendían sus farolas. Así se le hacía trampa al cansancio. Ya se hacía tarde y la oscura noche nos indicaba que era momento para descansar. Al día siguiente el abrir

de la aurora daba inicio a una nueva rutina, ella en la casa al cuidado de los hijos y mi papá al trabajo. Tuve la oportunidad de vivir por poco tiempo estos días que hoy regresan a mi memoria, como sueños lejanos. Tardes que aún recuerdo con nostalgia.

La historia de mis progenitores estaba empañada de pobreza, sufrimiento y dolor. Retrocediendo a esas épocas, viene como una remembranza la imagen de él, quien sobrellevaba en silencio la amargura. La insuficiencia siempre estaba ahí, aunque intentara ocultarla se hacía evidente en su rostro cansado y desmejorado. Sus manos agrietadas reflejaban el trabajo duro del campesino y sin embargo jamás exteriorizó sus problemas. En su rostro siempre se dibujaba una sonrisa de nobleza y humildad.

Ahora que lo pienso creo que ellos eran viajeros, locos y aventureros. No teníamos un lugar estable ni para vivir ni para trabajar. Tan pronto como nos íbamos acostumbrando a nuestro terruño, a una identidad de hogar; ahí debíamos abandonar. Como el día que nos teníamos que ir de allí.

— *Ole, Esa era la manera de comunicarse en pareja. ¡Aliste los niños, los corotos y los animales que acabo de contratar las bestias para el viaje!* Ella, como esposa obediente, asentó con su mirada y giró lentamente. Recuerdo que mamá solía enrollar su cabello arriba de la nuca y lo aprisionaba con un gancho visiblemente grande.

— *Bueno, entonces usted encárguese de alistar las bestias y empaclar las cosas más pesadas, que yo me encargo de todo lo demás.*



Camino de trocha

Al abrir el nuevo día, empezamos la travesía. Mamá llevaba el fiambre. Fabiene y yo éramos acomodados detrás de la carga, nos amarraban con unas sábanas. También, colgaban cobijas y corotos al lado y lado de los animales y más atrás nos adecuaban uno en cada animal. Hasta los pollos tenían espacio; colocaban unas varas atravesadas y ahí los enganchaban de sus patas.

Nos esperaba un viaje, eterno. Como no había carreteras, solo camino de herradura, mi papá tenía que ir despejando la trocha. Atravesábamos ríos y senderos. Como el traslado era realmente incómodo, al caminar las imperfecciones de la tierra afectaban los pies y los músculos se endurecían hasta apretar cada parte del cuerpo, cada hueso y cada músculo. Entonces a veces nos bajaban a caminar. Crecí sin zapatos y como nunca los usaba, no me hacían falta. Estaba acostumbrado a la dureza de las piedras en mis pies descalzos; ellos fueron tomando una forma ensanchada, lo que me hacía más fuerte al transitar. Algunas veces nos compraban alpargatas, como para este viaje, pero lo que me causaba dolor, era ver a mi hermanita, apenas

si aprendía a soltar sus primeros pasos, sus piececitos se veían rojos y ensanchados. Podía ser por la dureza del camino o por el tallado de las cotizas de cabuya. A todos se nos formaban úlceras en la plata de los pies por las largas caminatas. Cuando notaban el agotamiento en nosotros, los más pequeños, nuevamente nos colgaban en las sábanas que alcanzaban a rozar el pelaje del animal.

Nuestro destino era donde un tío de mi mamá; Primitivo Murillo. El viaje duraba tres días y dos noches para llegar a la finca *El Rodeo*. Como no había peligros durante los recorridos, los campesinos que nos veían pasar, como buenos cristianos, cumplían con las obras de misericordia; “dar de comer al hambriento o dar posada al peregrino”. Entonces tan pronto llegaba la noche, alguna familia, nos abrían las puertas de su casa y con gran generosidad nos cubrían las necesidades mínimas. Al siguiente día, luego de descansar un poco y tener el estómago lleno, emprendíamos de nuevo el viaje. No ha sido fácil olvidar estas aventuras que me generaron tanto dolor en el cuerpo y en el alma. Corríamos un peligro inminente, debíamos pasar por unos lugares demasiado angostos, los animales resbalaban y mi papá tenía que jalar con fuerza para evitar que cayera cuesta debajo o de grandes abismos. Viene a mi mente también el recuerdo de mi madre, a veces tan silenciosa. En momentos que parábamos para descansar o tomar agua, podía ver su desbordada juventud, su piel tersa como una flor se armonizaba con el color acanelado de su cuerpo. Una mujer dedicada a su hogar, apacible a su esposo y ante todo protectora de sus hijos. Jamás se escuchó levantar la voz, ni mostrar incomodidad ante nada.

Mi tío Primitivo ya nos tenía todo listo, en la Finca *La Mesa*. Un lugar donde hospedarnos, también trabajo para mi padre y alimento para todos. Nuevamente, el cuerpo de mamá fue cambiando y avisaba que vendría otro bebé. Yo apenas si recuerdo que me decían que íbamos a tener otro hermano. Cuando *Leónidas* nació, no había quien cuidara de



la casa, entonces yo me puse en frente de todo, pues los recursos Primeras estadías no alcanzaban para conseguir quien ayudara en los quehaceres.

Papá antes de salir al trabajo dejaba adelantado el desayuno. Diariamente se mataba una gallina, y él también la dejaba arreglada, pues era alimento fundamental para a una mujer que acababa de alumbrar. Yo terminaba de preparar los comestibles y servir, yo separaba el pescuezo de la gallina para mí, siempre me ha gustado mucho.

Ya en la tarde, lavaba la ropita y los pañales del recién nacido. El fregadero era una piedra de gran tamaño y alargada. Algunos otros, eran construidos con una tabla de madera y para recoger el agua se adaptaba un platón grande. Como era tan pequeño, me encaramaba en una piedra para alcanzar a lavar. Esta rutina la

repetía cada vez que llegaba un nuevo miembro a la familia. Mientras tanto mi mamá cuidaba del bebé y a veces llegaban las vecinas y le proporcionaban alguna bebida para sanar completamente los residuos del parto y de paso adelantaban algún oficio. Fui testigo casi todos los partos, me caractericé por ser un niño noble, amaba a mis padres y a todos los hermanitos que llegaban al hogar, pues siempre ayudaba con todo lo que se requería. En la finca *La Mesa* nacieron Leonidas y Senelia. Ella parió dieciséis hijos, para las personas del campo era algo tan normal y cotidiano que su vida estaba para tener hijos. De esa cantidad que éramos, murieron seis de pequeños.



Hubo una época en que mi papá se tenía que internar en las fincas donde se producía la madera. Allí el trabajo consistía en aserrar y sacar troncos para la construcción de casas. Don Hernando Vásquez contrató a mi papá y a don Gerardo Santa para extraer estos troncos hasta tener el material suficiente de armar una casa. Ellos se iban a la montaña de *Morrogacho*. Se internaban durante el tiempo en que bajaban toda la madera.

Herramienta para aserrar

Nosotros sus hijos, Carlos y yo íbamos a llevarles arepas y quesos que mandaban de parte de las esposas.



Aserrando madera

Para mí era algo duro, mis sentimientos de niño se activaban de dos maneras a la vez. Cuando mamá mandaba la encomienda, yo sentía un nudo en la garganta y mis lágrimas empezaban su recorrido sin parar, lloraba el miércoles cuando salía de la casa porque me dolía dejar a mi mamá. En el camino olvidaba el llanto, pues durábamos hora y media caminando hasta llegar donde mi papá. Ahí entregaba los quesos, las arepas y todos los comestibles y acompañaba a papá.

Me desconsolaba al ver ese hombre resignado a trabajar sin descanso en el aserradero, me parecía que ese trabajo era muy duro para cualquier persona. Se internaban en la finca maderera hasta dos o tres meses. En esa montaña dormían. Se improvisaba una especie de rancho de vara en tierra para evitar que se mojara. Adaptaban cambuches con la troza del árbol (el árbol ya cortado), se hacía un andamio, se subía la troza. Con los primeros orillos que se cortaban se colocaba a los lados. Para evitar que fuera muy duro a la hora de dormir, acomodaban paja seca, llamada paja de San Juan y cada uno traía una cobija o ruana de su casa para resguardarse del frío. Espacios para dormir se hacían por separado, cada uno en su propia choza.



Camino para aserrar

Cuando yo iba a llevar la encomienda, dormía con mi padre. Ya había llorado al dejar a mi mamá, ahora volvía a sentir el mismo dolor al dejar a papá en ese lugar improvisado donde parecían unos verdaderos indios. El trabajo consistía en cortar la viga, echarla a rodar montaña abajo hasta el camino real. Cuando estaba allí toda esta madera se entregaba el contrato.

Ese trabajo podía durar hasta tres meses, hasta recoger toda la madera que se necesitaba para construir la casa. El sábado al atardecer llegaba para amanecer el domingo e ir a misa, hacer el mercado de la semana y el lunes muy temprano retomar el camino a su trabajo. Solo deseaba ver que terminaran de cortar todos esos árboles, para que renaciera en mí la paz al ver la obra lista. En tiempos que no había café, era cuando buscaban aserríos.

Toda esa parte del territorio era zona cafetera. El trabajo de aserrador se hacía mientras esperaban la cosecha de café. Cuando brotaban esas semillas multicolores, se anunciaba la abundancia en cada rincón de la región. Entraba la felicidad para los campesinos porque se movían los centavos. Llegaban recolectores



Manos trabajando el café

de todas partes, en algunos casos hasta mujeres, todo se posponía durante la recolección y al terminar volvían a la madera o los oficios pendientes hasta esperar nuevas cosechas.

Los valores que se reciben en el hogar se van formando al interior de cada ser humano. Mi padre con solo su actuar me infundía la obediencia

y la honradez; todo lo tomaba como una bendición. Recibía con responsabilidad y respeto el trabajo que le asignaban sus patrones. Como yo, él tampoco usaba zapatos y en cuanto a su vestuario, lo lucía con la frente en alto por más humilde que este fuera. Isabel, mi madre una mujer bendecida con el don de la palabra, esa riqueza verbal, regaba semillas en su andar. Era conocida por la gentileza y la respuesta coherente y acertada a las sugerencias de los paisanos. En cada rincón del pueblo o la vereda la tenían presente por su elocuencia y viveza tanto en su expresión como en su lenguaje. Poseía la fortuna de la oratoria, con frases coherentes y sabias aportaba a cada persona una respuesta a sus inquietudes o simplemente entretenerse con las gentes cercanas. Por donde caminara, un saludo la acogía y en el pueblo era la más reconocida.

Cuando ya tenía ocho años estábamos viviendo en la finca de la Mesa cerca de *Morrogacho*, propiedad de don Pedro Rojas. Él tenía varias bestias. Mis ojos se detenían al ver una hermosa yegua tan blanca como una doncella junto al altar. Su pelaje se confundía con el blanco de las nubes. Yo quedaba suspendido para admirarla. Al frente vivía don Vicente, hermano de don Pedro y su esposa Estefanía, donde se criaba el ganado y día a día se producían grandes cantidades de leche. Elaboraban deliciosos quesos, suaves al paladar. Fue así como empecé a ir todos los lunes con los hijos de don Pedro a traer los lacticios por valor de diez centavos. Doña Estefanía tan pronto nos veía, nos ofrecía un buen pedazo de ese manjar lácteo acompañado de panela raspada.



Yegua La Novia

Me terciaba una jícara, que es como un morral y ahí empacaba dos atados de panela y los quesos, que eran envueltos en hojas de biao (se usan para envolver comida típica) La pareja de esposos me tomó cariño, notaron mi admiración por *La Novia*, la yegua más mansita de la finca.

El trabajo del campo era como un juego para mí, yo veía cómo mi papá y otros hombres introducían caña en una trinchera, y para molerlo se hacía girar una bestia hasta escurrir todo el dulce que luego era procesado. Además

de que me gustaba arriar los animales, me pagaban quince centavos o un atado de panela para el consumo de la familia. Generalmente yo hacía esa tarea con agrado.

A los pocos días me había ganado el cariño y la confianza de doña Estefanía y su esposo; me prestaban la *Novia*. Su pelaje blanco parecía una alfombra de terciopelo. Yo la respetaba tanto como a una verdadera novia y sin importar mi edad, muy pronto se volvió mi compañera de viaje. Así, de galope en galope, recorrí maravillosos paisajes de la bella Marquetalia Caldas.

Veintidós fueron las fincas que habitamos, durante esos ocho años de estadía en esa región. Mi papá se trasladaba de finca en finca. Yo intuía que se aburría o se acababa el trabajo y nosotros teníamos que

someternos a los cambios. A los lugares donde llegábamos nos daban la vivienda, a veces la producción de caña y café. Casi siempre las ganancias se distribuían en compañía; donde una parte era para el trabajador y la otra para el dueño. También había otros casos en que solo se iba a trabajar jornaleando (un día donde se pagaba lo trabajado) para completar el mercado de la familia. No existían las propinas como hoy en día, ni lo imaginábamos.

Al parecer para el gobierno éramos un mundo olvidado o quizás inexistente. Sólo un grupo de campesinos alejados del planeta, de la civilización, hundidos en el campo como un laberinto sin salida. La vida era un transcurrir como cíclico, donde trabajábamos para comer y sobrevivir. La luz de las velas proporcionaba esa luminosidad que se necesitaba en las noches para irradiar el paso a paso.

Había una resignación extraña, donde no se vislumbraba un futuro diferente. Pocas veces se veía el dinero, billetes o monedas de verdad. La vida era un intercambio de trabajo por alimento. Bueno, ese era mi sentir, cuando reflexionaba en medio de la soledad.

Durante los ocho años de estadía en ese municipio como era de esperarse nacieron más niños, mi hermano Leonidas; aunque ahora no recuerdo si antes o después de él, pero mi mamá parió como dos niños más. Ellos murieron siendo muy pequeños. Por supuesto no fue descuido de ella. Pues, tan pronto sabían que la mujer estaba embarazada se preparaba y avisaba las parteras para que fuera recibido de la mejor manera, ellas se encargaban de hacer un seguimiento hasta la hora del alumbramiento. Y ya siendo muy bebés que tenían enfermedades propias de su edad, no había médicos y todo terminaba en un desenlace fatal. En esa época no se alcanzaba a cubrir las necesidades básicas de las personas. Cada familia se las ingeniaba para sobrellevar la vida con tan solo los conocimientos ancestrales que tiene un campesino para la salud y el cuidado. Mi hermanito Milciades llamado como mi padre, a la edad de tres años sufrió esa horrible enfermedad que atacaba a tantos niños, muchos de ellos ni siquiera alcanzaban a superar las dolencias y morían. Así pasó con él se debilitó con la fiebre alta y alergia en todo el cuerpo. A pesar de que mi mamá le hacía bebidas, ungüentos y todo lo que tenía a su alcance, no fue suficiente se brotó por dentro, se quedó sin aire y con su último suspiro falleció. Aún admiro la fortaleza de mis padres, mamá se refugiaba en algún rincón, o en las noches, si apenas se oía un leve sollozo, pero delante de nosotros la vida seguía igual.

Acercándome a Dios

Al frente del aserrío, en la finca de don Vicente Rojas, se presentó la oportunidad de hacer la primera comunión. En ese sentido, fui un niño muy afortunado porque mis padres eran creyentes, lo que me permitió crecer con los valores del cristianismo, como ser un buen ser humano, solidario y ante todo respetar los mandamientos de la ley de Dios. El Padre Hoyos, era conocido así solamente por su apellido, un día determinado que había bajado del pueblo Bolivia, mi mamá habló con él y como estaba segura de mis conocimientos se atrevió a esperarlo después de la Santa Misa diciéndole:

—*Padre Hoyos, ¿Puedo hablar con usted? Él voltea su mirada fija respondiéndole...*

—*Claro, hija Isabel. ¿En qué le puedo colaborar? Mi madre, muy segura de hablar con el sacerdote le lanza su pregunta:*

—*Lo que sucede es que yo tengo un hijo que está en edad para hacer la primera comunión.*

—*Pues, para recibir este santo Sacramento es importante prepararse y asistir a los cursos preparatorios.*

—*Sí padre: mi hijo se sabe todas las oraciones: la Oración de las Almas el Señor mío Jesucristo, etc.*

—*Pues si es así, entonces tráigame al muchacho y si responde bien todo lo que le pregunte inmediatamente recibirá la primera comunión.*



Recibiendo el Espíritu Santo

Pasada la eucaristía del domingo en Marquetalia, yo en frente del Sacerdote...

—*Hijo, ¿su mamá me dice que ya se sabe las oraciones y está preparado para hacer la primera comunión? A lo que yo le respondí:*

—*Sí, me sé todo lo que uno debe aprender para poder hacer la primera comunión.*

—*Empecemos por el Padre Nuestro.*



Mi primera comunión

Se lo dije de memoria y con gran devoción. En todo caso él no pudo negarse, pues yo era un niño muy receptivo y logré responder todos sus interrogantes. Después de rezar el Credo, Jesús Mío Jesucristo y la Salve, le dijo a mi mamá:

—*Este muchacho está muy bien preparado y está listo para hacer la primera comunión.* Así mismo como estaba vestido, descalzo y sin más ropita que un pantalón corto una camisita blanca, ella me llevó para recibir este tercer mandamiento.

Como les había contado, que siempre me gustó ser poeta, para este momento tan solemne para mí, también hice una gran declamación, que voy a recitar a continuación, como cuando lo dije esa vez.

MI PRIMERA COMUNIÓN

*Cuan bello estaba el cielo
cuan hermoso el amo sol,
se levantó aquel día*

*rompiendo con su rayo esplendoroso
de las nubes el velo tembloroso
brotando luz en la región vacía.*

*Cuan alegre también mi alma estaba
y cuanta luz en su interior había,
con las mejores galas se adornaba
porque el Rey de los Reyes esperaba
por la primera vez el alma mía.*

*Llegó el momento tímido, anhelante
Al altar Sacrosanto me acerqué
en lágrimas bañado mi semblante,
de emoción y de dicha palpitante,
repleta mi alma de esperanza y fe.*

*Los acordes del órgano sonaron
del silencioso templo la extensión
los ministros la ostia alzaron
y se escuchó un murmullo, una oración.*

Después cuando al bajar volví los ojos

*lo más querido para mi alma vi,
una mujer estaba ida hinojos
y el llanto de placer cubría sus ojos
y era mi madre que rezaba allí.*

*Aún siento la expresión
del ósculo amoroso que me dio
cuando al verme de sus brazos
dulcemente exclamó...
—¡Soy feliz, ¿eres creyente?
¡Dios te guarde la gracia que te dio!*

*Dulce recuerdo al alma tan amada
jamás nunca, jamás te olvidaré,
mientras saliente el corazón sagrado
como en un tabernáculo sagrado
en el fondo del alma te tendré.*

*Se tú la blanca estrella que ilumina mi alma os-
cura
con su santa luz que, por el bien, mis pasos enca-
miné
hasta que mi abrazada cien se incline en el seno
amoroso de la Cruz.*

La escuelita de Anatilde

Yo tendría por ahí ocho años cuando mi papá me trajo la noticia que ya era hora de ir a estudiar. La señora Anatilde Quintero, tomó la casa de don Marcelino en arriendo y la adaptó con lo necesario para recibir a sus estudiantes.

Ella estaba iluminando un camino de esperanzas, no solo para mí, sino para otros niños. Mi papá debía pagar únicamente quince centavos cada mes y me prometió que lo haría



La escuela

con el deseo que yo saliera adelante. Sentí que el corazón iba a explotar de felicidad. Esa noche me acosté más temprano que de costumbre, con



Escuelita de Anatilde

la única ilusión de que fuera el otro día para ir a estudiar. Aunque parecía

no tener fin, llegó la tan anhelada hora. A las cinco de la mañana me preparaba para ir a estudiar, bastó un café que endulzara mi paladar y salir. Por primera vez disfruté del aroma del campo, la belleza de las plantas y la caricia de un sol naciente en mi rostro. Aunque mis pies no conocían zapatos, tampoco los necesitaba. Estaba lleno de energía, sentía que saltaba hasta tocar las nubes con mis manos y caía con el pie derecho a emprender el viaje. La finca donde vivíamos, era relativamente cerca, a media hora de camino. Al llegar vimos que era una especie de caña, donde se molía panela y encima adaptaron la casita de madera para ser nuestro centro de estudios. La profesora Anatilde nos abrió las puertas al conocimiento y nos entregó un cariño incondicional.

“La memoria opera como la placa de una cámara oscura, que concentra todo y da una imagen mucho más bella que el original”

Arthur Schopenhauer

Cuando era pequeño, lo más importante era lo que quedara en nuestra mente, pues era lo único que valía para demostrar lo que aprendíamos día a día. Cuando veo tanta tecnología, los cuadernos adaptados con

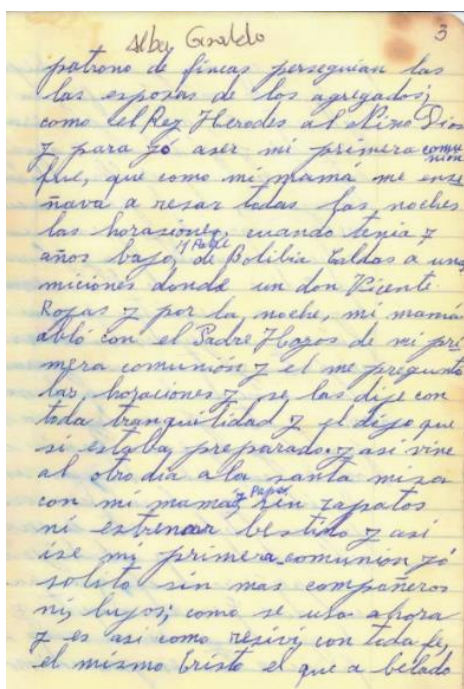
diseños para todas las edades y todos los géneros; computadores y hasta celulares inteligentes; irremediablemente retorno a mis ocho años. Me invade la nostalgia, pero a la vez un inmenso amor al ver cómo aprendíamos en la escuela. Nuestro cuaderno era una pizarra, piedra muy lisa de color gris, enmarcada en madera. El lápiz semejante a los de ahora en madera delgada que expulsaba un carboncillo; éste salía de una planta llamada blis y venía con una almohadilla para borrar. Su precio era económico y mi papá me la había comprado un



Pizarra

día antes de ir a la escuela. La profesora escribía en el tablero que también era de madera parecido a nuestra la pizarra, incrustado a la pared. Nuestra mineral gris, era la única herramienta para jugarle a la mente. Allí anotábamos lo aprendido en el día, al finalizar cada lección, borrábamos. Solo mágicamente lo aprendido perduraba en nuestra memoria. Durante el camino de vuelta a mi casa, todos los conocimientos seguían saltando, creando y fortaleciendo nuestra memoria para llevarla fresca y revivir al siguiente día

en frases y saberes.



Recuerdo que era verdaderamente feliz. Estudiábamos en dos horarios, por la mañana de siete a doce del día y en la tarde de una y treinta a cinco. Mi mamá me empacaba el almuerzo para aprovechar mi tiempo y tomarme un buen recreo. Tenía un



amigo *Misael Rojas*, éramos vecinos y todos los días recorríamos el mismo camino de ida y vuelta a la escuela. Los dos teníamos los mismos alcances, y disfrutábamos ir a estudiar.

No tenía motivos para estar triste, pues mi mamá había hecho una buena tarea cuando me enseñó las letras, las vocales y a escribir mi nombre *Libardo Giraldo*. Sabía algunos números y hacer algunas operaciones como la suma. La profesora notó mis capacidades, sentía la necesidad de exigirme un poco más que mis compañeros. De esa forma aprendí las tablas de multiplicar hasta el 5, sumar y restar. Toda la vida me encantó recitar, lo hacía muy bien, igual las clases de historia o geografía, pero repito, todo lo hacíamos en la famosa pizarra, ésta no se podía perder jamás ya que era la única herramienta para estudiar.

Algo que se quedó como una estampita grabada en el pecho, fue una comedia que preparamos para los padres de familia y otros invitados. El día del evento, el personaje era un hombre de la realeza. Mis recuerdos no alcanzan a tejer toda la historia, solo podré decir que yo fui ese Rey. Me sentí así, como un verdadero señor de la soberanía. Para mi maestra no había nada que le impidiera presentar su gran obra y me condecoró con una hermosa capa roja, hecha de papel delgado. Colocó una corona de laureles, adornada con unas siluetas brillantes en mi cabeza y quedó el atuendo para recitar mis versos:

Oh dignos padres de familia,
oh público respetado.

Yo me presento ante vosotros
Y me anima en este instante,
vuestro aspecto bondadoso.

Vuestro ademán cariñoso,
benignos por ello Dios.

Más solicito y reclamo,
un poquito de paciencia
y mucha, mucha indulgencia.

Todo lo hemos de menester
Disculpad vuestros errores
Perdonad vuestra ignorancia
Esto suplica la infancia
Y esto esperamos señores.

La permanencia en la escuela se llenaba de descubrimientos asombrosos, el tiempo se detenía cuando en mi pizarra se asomaban letras que componían frases, párrafos y números, instantes más tarde desaparecían y seguían volando como un espejismo en nuestra mente.

Cuando somos niños, en nuestra pequeña mente los sueños, aunque sean los más sencillos y elementales se nos vuelven inmensos. Por ejemplo, izar la bandera. En la escuela me sentía realizado y feliz, también estaba bien preparado, gracias a todas las enseñanzas de mi mamá. Aunque la profesora mencionara que debíamos ser muy juiciosos, yo poco contemplaba la posibilidad recibir una mención como esa. Pero, aun así, lo que ella me ensañaba para mí era sagrado y me proponía a recordar día y noche hasta guardarlo en mi memoria de niño. Cuando llegaba a mi amada escuela y la Señora Anatlde preguntaba los ejercicios del día anterior, yo levantaba la mano y respondía con total seguridad. Solo transcurrieron dos meses de estudio, esperaba que el tiempo fuera un péndulo detenido y no corriera tan rápido, porque allí me sentía plenamente realizado. La profesora siempre decía que yo era muy buen estudiante.

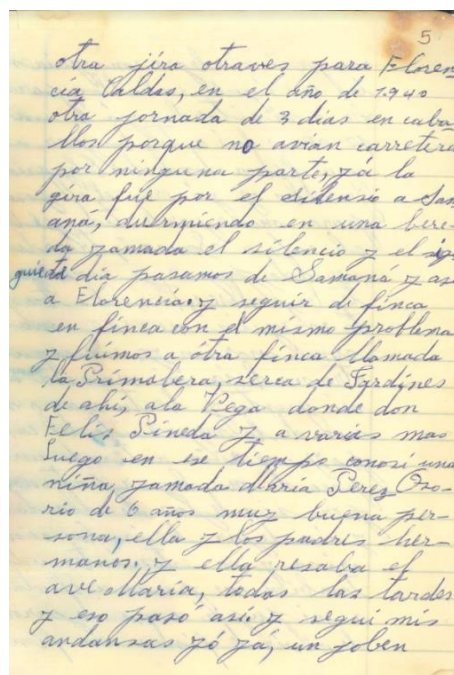
En noviembre de 1938, para la clausura y cierre del año escolar, Libardo Giraldo fue el nombre que se escuchó como el homenajeado para izar la bandera. Ese día jamás será borrado de mi mente. La señora Anatlde me abrazó y les comentó a mis padres sobre mis potencialidades, sugiriéndole que al niño debía darle continuidad a sus estudios. Pero aquello se quedó así, porque dentro de los planes de mi papá no se contemplaba esa posibilidad. Yo debía trabajar y además ya sabía leer y escribir, suficiente aprendizaje, ¡para que más!

Los Andariegos

Una tarde contemplaba el agua cristalina de los ríos, la claridad de cada día y la llegada de un nuevo año. Todo simulaba una extraña paz, una tranquilidad casi absurda, estábamos muy serenos, yo me sentía pleno y tranquilo por lo aprendido en la escuela. De golpe me llegaban unos presentimientos, de alejamiento o nuevos rumbos. Me hallaba vislumbrando el horizonte; cuando así de la nada veo el ocaso de una tarde encendida en el firmamento y con ella apareció mi papá, confirmando mis vaticinios. Era evidente y se despertaba el gris de una partida inminente. En los próximos días debíamos dejar Maquetalia.

Nos esperaba un viaje descomunal, ya éramos más hermanos y los corotos apenas si atosigaban las dos bestias que mi papá alquilaba para el viaje. Ya habíamos pasado por eso, sabía lo difícil que era ese desplazamiento, pero yo era fuerte y estaba en edad para apoyar las decisiones de papá. Mi formación me impedía contradecir los mandatos de los mayores y mucho menos los de él, que era mi progenitor. Tan solo una tarde bastó para alistar el poco equipaje que nos acompañaba. Yo como hermano mayor debía llevar las riendas, no podía mostrar debilidad. Mi mamá calculó que fueran las tres o cuatro de la madrugada para iniciar la partida. Íbamos seis; Fabiene, Leonidas, Senelia, mis padres y yo.

A lomo de mulas avanzamos, y como la primera vez, teníamos que abrir paso por las trochas con desniveles de rocas, altozanos y vastas montañas verdosas. Pero a la mirada de un niño parecían que esas lomas tocaban el cielo y nosotros debíamos subir y bajar por ahí. Esta vez el camino de herradura me pareció más rudo, quizás era consciente o me estaba convirtiendo en un adulto, siendo un niño de ocho años. Claro, también era la oportunidad para contemplar los paisajes y las maravillas de la naturaleza que nos rodeaba; pero el agotamiento, el sudor hacía que todo se todo se nublara y no podía valorar los paisajes. En ese momento eran monstruos gigantescos que nos querían tragar con sus inmensas bocas. Atravesamos varias veredas de Marquetalia. Al caer la noche en la vereda *El Silencio* nos dieron albergue, la nobleza de una



familia, notó que éramos viajeros de paso y posibilitaron que esa noche disfrutáramos de un techo adecuado con todo lo necesario para descansar, asearnos y calmar el hambre.



Ayudando a las bestias

Esta vez mi hermanan Senelia era la más pequeña, entonces Leonidas y ella eran los que acomodaban al lado y lado de las bestias. Todos los demás debíamos caminar. Mi mamá rezaba durante todo el viaje, rogando a Dios que nos protegiera de algún imprevisto o la picadura de una culebra, ya que había muchas. Esos animales solían confundirse entre la tierra o enredarse en los árboles. Sentían el movimiento de un ser vivo, se escondían sigilosamente hasta atacar sin la más mínima consideración. Al

cruzar por caminos de difícil acceso y si las bestias se enterraban en el fango, yo ayudaba a papá a jalar los animales, a la vez que protegía los niños que no se fueran a caer y cuidar los corotos. Nunca mostré debilidad, aunque había momentos que me sentía desvanecer.

Nuestro destino esta vez era Florencia, para llegar a una finca como agregados. Ya habíamos viajado día y medio y faltaba otro tanto. En fin, pasamos por varias veredas, también por la finca La Vega, donde el señor Luis Eduardo Giraldo, oriundo de Pensilvania, nos dio posada y desde ahí nos hicimos grandes amigos. Mis padres siempre estuvieron muy agradecidos por el hospedaje y con el paso del tiempo llegó a ser parte de la familia. También en *Santa Lucía* nos acogieron. Seguimos el camino, cada vez más cansados, parecía un destino sin fin hasta que de pronto escuché de voz de papá...



Bestias viajando

—*Ya llegamos mijo; voltee sin mayor prisa, tanta fue la emoción que una lágrima se desgajó de mis ojos y al poco tiempo ya nos vimos instalándonos. Llegamos donde mi tía Leonisa, ella nos recibió con los brazos abiertos. Allí estuvimos una semana, tiempo suficiente para que papá buscara alguna finca para trabajar en lo mismo.*

Y efectivo, fue don Rogelio Arias, quien le ofreció trabajo en la finca *La Primavera*; igual que en las otras propiedades donde habíamos trabajado, como agregados, trabajando la tierra y cultivando sus frutos.

Evocando aquella papá tenía buen tino papá. Yo poco a poco le travesías. Pues los conejos de campo, llegaban a su casa con levantaban



Gurres

yo quería también ser

sentados el uno al lado del otro, cuando dio la casualidad que coincidieran nuestras miradas hacia la sabana, frente a la finca, donde había un potrero. Vimos asomar la jeta de unos gurres. Sin la mínima señal, nos lanzamos directo a impedir su huida. No tardamos nada en estar cerca de ellos, mientras papá hacía la maroma de atrapar uno, yo imitaba su hazaña. A pesar de no contar con armas teníamos la mañita de agarrarlos del cuerpo. Metíamos las manos debajo de sus alas y tas; ahí ya no se escaparon. Papá volteó, me miró con asombro y amplió su sonrisa como en admiración al ver que también yo había agarrado el otro animal. De los tres gurres que vimos, atrapamos solo dos. Llegamos cantando de emoción por la adquisición. Bastó entregárselos a las mujeres para degustar una exquisita cena.

La vida seguía, sin darnos cuenta, todos estábamos atrapados en el trabajo del campo, mi mamá entretenida con el crecimiento de los niños y la llegada de otros bebés. El lunes era igual que el jueves, esperábamos el domingo para asistir a misa y esperar otra vez el lunes con la misma rutina.

Las mañanas cálidas atraían el atardecer que a veces era húmedo, lluvioso o gris; para descubrir que aquello era apenas una trampa del tiempo y si no reaccionamos caemos en un abismo sin salida. Seguíamos de finca en finca, cargando los mismos trastes y corotos, que en últimas no era más que los cuatro harapos que llevábamos encima, los animales que empezábamos a criar en una u otra vivienda prestada. Nuevamente llevábamos unos diez lugares habitados, entre San Antonio y Montecristo,

Cuando menos pensamos, identificamos unos cambios en nuestro cuerpo, sensibilidades y hasta madurez en nuestro actuar. De vez en cuando volteaba al pasado, me detenía en los recuerdos imborrables de mi maestra Anatilde y su escuela. Me costaba reconocer que mi estudio no era importante. Seguí practicando lo que me enseñó mi profesora de primero, ella dejó sembrado en mí el deleite por aprender, despertó la inquietud por saber un poco más. Pero no me permitía seguir soñando y continuaba mi camino al lado de papá, acompañando su labor con desinterés, pero con compromiso; a los casi catorce años.

Tenía energía para estar al lado de mi familia y era la mano derecha de papá en todo, pues estaba lleno de juventud, lo que me permitía tener ánimos. La vida con mis padres fue avanzando, mi mamá en casa y papá

no mencionaba palabra alguna, sobre el estudio, ni para mí, ni para mis hermanos. Con toda la razón; trabajábamos de sol a sol sin siquiera ver un pago digno, escasamente alcanzaba para cubrir lo básico; la alimentación de esta gran familia que crecía sin parar. Como decía anteriormente, el tiempo es el único que cumple su cometido en la vida y pase lo que pase jamás se detiene.

Yo era el ayudante de papá para aserrar, cultivar, recoger café y hacer todo lo que él hacía. Mientras tanto de vez en cuando me preguntaba:

—*¿Será importante estudiar? ¿Acaso para qué sirve saber más de lo que se aprende en estas tierras lejanas y olvidadas?* Y finalmente yo mismo me respondía: —*No Libardo, mejor deje de soñar. Aquí se tiene todo lo que un humano necesita; techo, alimentación y trabajo.*

Esta vez borré mi pizarra, casi para siempre, pero me quedaron las facultades de la memoria para toda la vida.



Zapatos para pasos firmes

Cierto día llegué al pueblo, como todos los domingos. Iba acompañado de mi padre, escuchamos la Santa Misa y nos dispusimos a ir al mercado. Una señal me dirigió hacia una institución educativa, La escuela de Florencia, que era del gobierno y todo aquel que quisiera podía estudiar. Allí había verdaderos pupitres. Estaban todos los niveles de primero a quinto y varios profesores. Frente a la casa de mi abuela María Jesús Cortés. Simplemente mis pensamientos lograron viajar para imaginar la posibilidad de retornar a mis estudios, se hacía tarde, catorce años y apenas había aprobado primero. Tenía los conocimientos frescos de todo lo que había aprendido en Marquetalia, con mi profesora Anatlilde y seguía recordando y cultivando mis conocimientos. Estaba imbuido en mis pensamientos cuando mi papá notó mi anhelo al ver que tenía mis ojos detenidos en la escuela. Solo se me acercó y dijo:

—*Vamos mijo, se está haciendo tarde y no hemos hecho el mercado. Yo giré, pero la mitad de mi cuerpo y mi mente todavía se conservaban en ese lugar, sin percatarme de la realidad, le respondí...*

—*Si papá, vamos.*

Un silencio se apoderó de mí el camino restante a la finca. También mi papá avanzaba sin chistar.

Nada se da por terminado, a veces las misiones de Dios van más allá de nuestra misma percepción. Vivíamos en una finca llamada la Vega, cuando el señor Carlos Montoya, había solicitado una yegua en alquiler al patrón, para ir a Florencia. Ya se había ido, pero en un descuido el animal se saltó la talanquera (es como la cerca que divide los linderos) y se devolvió a sus dueños, en la finca de la Cumbre. Yo fui el encomendado para devolver el animal, la rescaté y se la entregué al profesor para que siguiera el camino a Florencia. No sé por qué, me enteré, o sabía de su profesión. Aunque era agosto, mi ilusión revivió y quise retomar mis estudios. Salí corriendo hasta donde estaba mi papá, me le colgué al cuello, rogándole que me dejara ir a estudiar. Más tarde, también le comenté a mamá de mis deseos. Fue tanta mi insistencia que el día en que el profesor trajo de vuelta la yegua, le preguntamos sobre esta posibilidad, a lo que él respondió...

—*Pues si el muchacho logra pasar unos exámenes, aunque sea agosto tenemos tiempo, podría cursar segundo y seguir estudiando. Él nos miró como cerrando el trato...*

—*Bueno mijo, tan pronto como pueda lo espero en la escuela. Yo con toda la ilusión miré a mis padres. Papá, asentó su mirada como de aprobación. Me acerqué al profesor con la mejor actitud.*

—*Bueno señor, allá estaré mañana mismo.* Quise ocultar mi felicidad y me fui a refugiarme a mi pradera favorita, donde solía ir algunas veces a despejar mis pensamientos. Tan pronto me vi en soledad se desató un millón de fibras diminutas en mi interior, expulsando corrientazos en mi estómago, desbocados en una dicha que me invadía por completo. Era una sensación entre tranquilidad y felicidad.

¿Se podrán imaginar el regalo más anhelado para un niño como yo, además de la promesa de estudiar? Pues colocarse unos zapatos. Cuando ya habíamos decidido que entraría a estudiar mi papá desfundó un ahorro que guardaba para emergencias, me llevó al pueblo sin decirme un apalabra, entramos a una tienda donde vendían unos zapatos en cuero negro. Anteriormente lo había observado detenidamente, pero yo sabía que eso era inalcanzable para mí. Pero ese día, le pregunté...

—*Papá ¿qué hacemos aquí?* Pensé que tenía negocios con el dueño de la tienda. Él no me respondió nada. Se acercó al señor y le dijo:

—*Puede mostrarme unos zapatos para este muchacho.* Abrí mis ojos, postré esa mirada expectante buscando eco en mi padre. Él sonrió y salió el vendedor con una cabuya (así se medía el tallaje) para medir el



Mis primeros zapatos

tamaño de mis pies. Me senté silencioso, actué con normalidad. Cuando vi que trajeron unos zapatos de verdad, eran como unos guayos de un negro encendido, brillaban como cuando la luna se asoma al anochecer. Me los coloqué, sentí que se amoldaron perfecto a mis pies. Cerrada la compra, pagando cuatro centavos, me dijo.

—*Mijo, use esos zapatos para que vaya a estudiar.* Dándome una palmadita en la espalda. Yo volteé, agradecí al cielo en silencio. No sabía qué decir. Solo sentí un nudo en la garganta y ligeramente respondí

—*Gracias papá, la verdad estoy muy contento. Este era el regalo más anhelado en toda mi vida.* Y nuevamente le dije —*¡gracias!* arrojándome a sus brazos. Esa fue la manera de gratificar, pero en realidad estaba totalmente conmovido.

Ya iba evolucionando la forma de enseñar, la pizarra fue reemplazada por los cuadernos. En este caso, me compraron uno solo, de hojas envejecidas y tono amarillento para escribir ahí, lo de todas las asignaturas. Sería suficiente para mí, no necesitaba más. Nada me impedía cumplir el sueño, hasta dejar de estar con mis padres, porque decidimos que viviría con mi abuelita María de Jesús Cortés, frente de la escuela. Mi papá me dejaba mercado para la semana y yo permanecía allí mientras estudiaba.

La primera vez que fui a clase, el profesor me preguntó que hasta qué número me sabía de las tablas. Yo le dije que hasta el 5 y se las dije. Sin embargo, me dijo...

—*Vuelva en tres días aprendidas las tablas del 6 al 10. Yo no dudé, con gran dedicación repetía una y otra vez y cuando volví con mi profesor se las dije todas de memoria y también salteadas, fue así como me aprobaron y empecé en segundo. Pasamos tres a la vez, Hernando Molina Ubaldo Castaño y yo.*

Me encantaba aprender; en mi cuaderno anotaba todo, pero por separado para cada materia: Por ejemplo, en matemáticas, hacíamos operaciones más complejas como multiplicación y división por dos cifras. Sociales, las ubicaciones geográficas en mapas de Colombia y la región donde vivíamos y en español aprender a escribir muy bien. Pero, lo que más me llamaba la atención era la historia, cuando aprendíamos de memoria las biografías de los grandes héroes. Me sabía la vida y obra de Cristóbal Colón, Antonio Nariño, el hombre de las leyes y por supuesto me quedó grabada para siempre una parte de la biografía o frases de nuestro libertador.

Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783. Era de familia rica y noble, estudió en Venezuela y luego en Europa. Poseía los tres dones más bellos que un hombre puede poseer. Era letrado, guerrero y poeta. Luchó incansablemente por la libertad, que era el único objetivo de su vida y su único anhelo. Numerosas batallas coronadas de gloria y sacrificios; como la del Pantano de Vargas y las del Puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819.

Murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Bolívar antes de morir hizo su testamento moral y entre otras de sus muy gloriosas y patrióticas frases, dictó estas:

Escribe el último adiós que quiero enviarles a los pueblos

He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. ¡Yo los perdono colombianos! Mis últimos votos por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuyo para que cesen los partidos y se consolide la unión...

Yo bajaré tranquilo al sepulcro. ¡Si al sepulcro!

Ahora que tengo la oportunidad de reflexionar sobre la orientación de un docente, logro descubrir que ellos tienen algo más que enseñanza en su corazón; es una vocación que se fundamenta también en valores, pues ellos intervienen en nuestra vida de una manera sutil para mostrarnos lo que es bueno y lo que es malo. Recuerdo que hubo un comentario que nos hizo el profesor, nos contó una historia en un espacio de clases. El profesor Montoya siempre nos prevenía sobre evitar los vicios, como el cigarrillo. En esa época, y muchos años después también lo viví personalmente, que las personas fumaban en cualquier contexto. Podía ser en la escuela, en el trabajo, dentro de la casa, en fin, en todos lados. Pues él no lo hacía porque cuando era niño, estaba recibiendo clases de su profesor, quien se sentaba en frente de la clase y sobre su

escritorio permanecía su cigarrillo encendido y todo el tiempo echaba humo. Cuando un día estaban los niños haciendo una tarea y de un momento a otro, vieron que el señor quedó con la mirada fija en un solo lado, estaba sentado; pues estaba muerto, murió sentado dictando clase. Ese hecho dejó tan marcado a nuestro profesor que por eso él nunca fumaba y evitaba que nosotros lo hiciéramos.

Hubo otro acontecimiento durante la época de estudio que al traerlo a la mente me causa impacto. Íbamos para la escuela en horas de la mañana, cuando vimos un avión, que, al pensarlo, podría ser una avioneta. Era una sensación novedosa, pues casi nunca veíamos ese tipo de artefactos en el pueblo. Todos los paisanos vimos atravesar un pájaro gigante por los cielos de la gran Florencia. Los niños, formamos la algarabía,



Creciendo en la escuela

su vuelo parecía tocar a los árboles y el estruendoso ruido aturdiría nuestros oídos. Nos dieron el día libre, por el peligro que podríamos correr. Aproximadamente, dos horas después, escuchamos que los pilotos lanzaron una maleta, al parecer era la de ellos. Ésta fue rescatada por el único policía que había en el pueblo. Pero nada estaba bien en esa avioneta, porque cayó en el barrio *La estrella*, gracias a Dios no afectó a nadie más que a los mismos pilotos quienes murieron al instante de su aterrizaje, como todo niño curioso allá estaba yo en primera fila. Mirando cuando el policía y la gente los sacaron enteritos pero muertos

Pasaron los tres meses más felices de mi vida. Pasé a tercero que sería el siguiente año, pero en ese momento surgieron muchas adversidades en la casa y mi papá necesitaba una mano fuerte que le colaborara en el trabajo.

Estando viviendo en la finca la primavera. Las dos familias, de los hermanos, eran muy allegadas. Sucedió que yo tenía tíos por lado y lado y nosotros los primos de esos matrimonios nos criamos juntos. José Horacio hijo de mi tía Eloísa y yo nos íbamos a pasar las vacaciones de navidad a la finca, en *Mocorongo*, entre *Pensilvania* y *Arboleda*. donde mis abuelos y allá nos encontrábamos con mi tío Alfredo, Jorge y Cristina, casualmente mis abuelos y mis padres tenían hijos casi a la par por lo que nos reuníamos cinco niños en edades similares, por ahí entre los 10 a 12 años. Esperábamos ansiosos las fiestas de diciembre para ir a la casa de papá Joaquín y mamá Josefa Gil. Teníamos que caminar dos horas para llegar. Muchas veces aún no teníamos zapatos. A veces caminábamos con cotizas hasta dos horas. El niño interior que habitaba en mí, se asomaba; era inevitable hacerlo a un lado, como parte de la convivencia le abría un espacio para jugar y disfrutar lo que la naturaleza y el campo nos ofrecían, además del camino conocido, divisábamos playas cristalinas, muchas de ellas las aprovechábamos para darnos un chapuzón.

Para amenizar el momento y encender el fuego de la navidad o año nuevo, hacíamos unos tacos grandes como un rodillo, le echábamos media barra de un polvo de dinamita, luego le metíamos el fulminante, retorciábamos el fulminante y se amarraba con los fiques de cabuya. Todo eso lo forrábamos con cuero de conejo que papá Joaquín mataba. Encima de la cabuya untábamos cera de abeja, sacando los abejorros que dan miel.

También, podíamos deleitarnos con aquello que nos faltaba los meses que estábamos en nuestros hogares: huevos, gallinas y patos. En la nochebuena o año nuevo, disfrutábamos de natilla y buñuelos; el queso, que era fresco. Veía que mi abuela preparaba hasta veinte quesos para repartir en varios días, asimismo dulce de breva o de otras frutas que sacaban de las plantaciones. En la cena se servían grandes pociones de pollo, gallina o pato y éste se acompañaba con yuca y plátano; todo producido en la misma finca.

Después de las doce de la noche quemábamos la pólvora que previamente nosotros mismos habíamos hecho, parecía que con estos juegos reventábamos mundos para la diversión. Colocábamos esa antorcha en una peña grande, encima de la piedra la mecha, pegada a una pita larga que daba hasta la arboleda. Cuando eso reventaba la polvareda era inmensa, su detonación abarcaba muy lejos, se oía en las otras veredas. Por fortuna nunca nos quemamos. Cuando nos veníamos traíamos natilla, quesos, buñuelos y huevos.

Tristemente supimos que mi tío Jorge, a quien queríamos mucho, pues participaba de todas nuestras travесuras. Lo atacó una pulmonía y con apenas dieciocho años, murió.

La madurez entra sin pedir permiso, sin avisar o cuando menos lo esperamos, ya estamos actuando como grandes. El tiempo siguiendo su paso y a la vez ese vaivén rutinario como un péndulo imparable. Empecé a sembrar en mí una semilla que con el tiempo sería un árbol plantado y esperaba que fuera imposible de derrumbar. Sentía que mi obligación era brindar una estabilidad a mi familia, era el mayor, había sudado día a día, trabajado sin descanso y a la vez el tiempo avanzaba sin futuro, sin salida. Esa inestabilidad de nómada, empezaba a mortificarme.



La troza

Como trabajaba sin descanso, ahorré dinero. No gastaba para nada y tan pronto vi la oportunidad compré un ternero, me valió 35 centavos, ese animalito lo cuidaba con dedicación; como abonando un futuro, así lo alimentaba. Ya cuando tenía un año y estaba bien gordito lo pudimos vender o mejor, cambiar por la finca *La Viña*, Don José Gloria, nos ofreció el terreno de tres hectáreas. Al comprarla armamos un ranchito. Tenía buena tierra para cul-

tivar, cosechar y poder pagarla con tan solo entregar el animalito. Tenía una hectárea de café, rastrojo para cultivar. Ya Leonidas estaba grandecito y nos ayudaba o era el encargado de garetear con Fabiene (llevar y traer los alimentos a los trabajadores). Con mi padre trabajamos durante un año, en

la continuación del camino para ir a Samaná había mucha montaña a lado y lado. Nos regalaban una parte de la madera de esa vasta montaña, todo lo cargábamos al hombro. También se extraía la astilla para cubrir el techo. Se cogía la troza, cuando ya estaba cortado, armábamos un mango de un árbol de gallinazo, con una cuña de hierro se hacía el mazo para golpear y sacar las hojas delgadillas, salían muchas en una sola cortada. El mejor material para la astilla era de un árbol llamado coco, pero no daba coco. Los amontonábamos para llevarlo a la casa en construcción.

También podíamos obtener ganancia de esos mismos troncos que cortábamos y lo usábamos de dos maneras: Los tres primeros días de la semana, los vendíamos en el pueblo, con ese dinero se surtía la alacena. Los otros tres días lo usábamos para construir la casa, que en últimas solo era un ranchito que construimos con la técnica de cuñas para atravesar los palos para las paredes. Luego traíamos las astillas que se colocan encima del armazón (base del rancho) muy pegaditas en filas, una encima de las otras para armar el techo. Quedaba tan bien cubierto que nos cubría del frío y evitaba que nos entrara la lluvia en invierno. Todas las casas eran construidas con esa técnica, pues casi no se veía techos de zinc como hoy en día.

La casa quedaba al borde de la carretera, a media hora de Florencia. Mi mamá en terreno propio, puso su propio negocio para ayudar en la economía, una tienda donde vendía gaseosa, jarabe, buñuelos y empanadas que ella misma hacía. Los fines de semana venían los trabajadores de las fincas cercanas y se ofrecía cerveza para pasar el rato.

Yo tenía otros planes, por eso no gastaba nada, de los jornales. Al tiempo que ya estaban ellos instalados en la Viña, los niños protegidos bajo un techo; me dije a mí mismo —¡*Gracias a Dios!* logramos nuestros objetivos. Es un sueño realizado, ver a la familia estable y tranquila, después de haber pisado tantas veredas, fincas por los lados de San Antonio, Montecristo y tantas otras. Sentí felicidad, paz y lo mejor; paramos la vida de andariegos.



Casa a la orilla de la carretera

Creciendo a la fuerza. Pérdidas

Empecé a hacer algunos jornales con mi papá. De un lugar a otro hacíamos largas caminatas. La finca La Vega, propiedad don Felix Pineda, era de solo ganado. Mi papá desmatonaba; cortar la yerba que no sirve. Entonces, bajábamos a Montecristo, donde don Jesús y don Amando Osorio, allí terminábamos el jornal y ayudábamos en la recogida de yuca, plátano, maíz y frijol.

Una tarde ya de regreso a eso de las seis después del jornal, vimos una hermosa niña por ahí de seis años, rezando el Ave María, ella salía de su casa y al lanzar la oración quienes pasábamos por ahí la escuchábamos.

El Ángel del Señor le anunció a María

que ella concebiría, por obra y gracia del Espíritu Santo, Ave María

Le respondíamos...

*Sin pecado concebida
Y reza el Dios te Salve...*

Luego, otro verso...

*Eh aquí la humilde esclava del Señor,
hágase en mí según su Santa palabra de María*

Y el último

*El verbo de Dios se encarnó
y se hizo hombre
y habitó entre nosotros
para la redención del mundo Av María*

En todos nos versos se responde igual

Al terminar la oración y continuar el camino los dos nos quedamos en silencio admirados, o no sé qué nos produjo ver la niña tan hermosa y además tan devota. Mi papá no contuvo su expresión...

—*Mijo, si ve esa niña tan pequeña, y ¿cómo sabe de bien las oraciones? Debe ser que tiene una buena madre y muy devota.* Luego, ya se veía por ahí en las tardes caminando en las praderas. Supe que se llamaba María, como la Virgen. De vez en cuando volvía aparecer esa imagen de esa dulce niña, pero tan seria como ninguna otra. Yo simplemente la admiraba.

No en vano me sentía adulto y me preparaba para comportarme como tal. A los pocos días de terminar la casa en la Viña, fui vislumbrando nuevos rumbos, horizontes que me obligaban a madurar. Había tomado una decisión sin arrepentimientos. Alisté las maletas de nuevo viajero, respiré profundo y me hincé frente a mis padres para recibir su bendición. Me esperaban nuevas experiencias, socializar con otras gentes y trabajar por un sueldo digno.

Llegué donde don Olegario a una finca cafetera, yo sabía que podía prosperar allí, hacía poco le había comprado esas tierras a don José Jesús Osorio. Él necesitaba un administrador, alguien honesto tanto en el trabajo como en su vida. Era una tierra con terreno propicio para la siembra, la recolección. Había que trabajar el maíz, el frijol, la yuca y el plátano. Además, colaborar en otros quehaceres.

Necesitaba un hombre trabajador; que con su perseverancia lograra mantener una estabilidad en la propiedad. Don Olegario y su esposa Julia Granada, también tenían muchos hijos, pero eran nueve mujeres y un hombre lo que complicaba las labores del campo. A mis diecisiete años, no solo era su trabajador, también su socio. Me ofreció los cafetales en compañía. Ellos me adaptaron un lugar para vivir, todos los trabajadores dormíamos en el zarzo. Para el aseo personal podíamos disfrutar de una fuente de agua cristalina, de la misma que usaban para la alimentación, el lavado de la ropa y riega de los sembrados. Brotaba un gran chorro, momento que aprovechábamos para relajarnos y jugar como niños. Nos cambiábamos en un recuadro adaptado con telas, por todos lados.

Durante la semana trabajaba, cuidaba de la finca, de los cultivos, los caballos y lo que fuera saliendo. Los fines de semana, pasaba a saludar a mis padres y escuchar la Santa Misa.



Corriendo a caballo

Pero no todo marchaba bien, recordemos que en esos pueblos olvidados los médicos no existían, tampoco asistencia social, cada familia se las ingeniaba para sobrevivir. Una tarde en que estaba internado en los cafetales, sentí un ardor en el pecho, algo como un puñal me impedía respirar. El fin de semana anterior no había ido a la Viña; sentí un mal presagio, muchos de los que antes había sentido. El cielo se cubrió de gris y así de pronto se desgajó su llanto que esta vez, iba acompañado de truenos y hasta granizo. Sentí que un profundo dolor me invadía por completo. Era viernes y se oscureció tanto como cuando mataron a nuestro señor Jesucristo en viernes Santo. Me santigué y dije:

—*Virgen Santísima, que es esto tan extraño.* No había forma de hablar con mis padres y al caer la noche, esquivé los malos pensamientos hasta quedar dormido.

Tan pronto como se asomó la claridad del sábado; agarré a Lucero, mi caballo, tenía pendiente llevar tres arrobas de café, para venderlas en el pueblo. Cabalgué tan veloz, como si una flecha me estuviera persiguiendo. Llegué a puertas de la Viña, a lo lejos vi a mi madre arrodillada en las afueras de la casa sollozando. Mis ojos se postraron donde ella, haciéndome apresurar el paso. De pronto alguien tomó mi brazo, me giré con agresividad y aún no alcanzaba a mi madre. Voltee y era mi padre que con ojos brillantes me estaba confirmando la gravedad de la situación. Sus manos frías apretaron las mías y así con voz quebrada me dijo.

—*Mijo, es Marielita, la niña. No quería aceptarlo, no me sentía capaz de aceptar lo que con sus gestos me intentaba aclarar.*

—*De qué habla papá?*

—*Mire a su mamá, juntos volteamos mientras él intentaba contarme*

—*La niña tenía mucha fiebre desde ayer, Isabelita y yo estuvimos en vela intentando salvarla con remedios que nosotros conocemos, vibraba de frío, mientras sus sienes ardían y lloraba sin parar. No podía respirar Mijo, no logramos hacer nada, ahora ya se fue para el cielo.*

—*Santo Dios, otro niño muerto.* Corrí donde mi madre, la levanté del suelo empolvado, limpié sus rodillas y con un abrazo logramos desahogar el dolor que nos apretaba el pecho. Ya habíamos pasado por esto antes, pero esta niña ya tenía cuatro años y hacía algarabía junto con los otros. Era hermosa de ojos verdes, corría con su alegría de niña. Cuando yo iba a la casa, saltaba hacía mi canto, se lanzaba y con besos cubrían mi rostro, repitiendo.

—*Mi hemanito gande, lo quielo mucho.* Y repetía ese abrazo. Yo le correspondía con el mismo cariño. Ahora estaba fría, sin vida cubierta por una sábana blanca, esperando que alguien se encargue de su velación.

Mi madre lanzó un grito desconsolada y se desvaneció cuando hablamos del tema, de cómo la llevaríamos al cementerio. En medio del llanto y el dolor que podía tener debía ponerme en frente a la situación. En la época los velorios se hacían en las casas, llegaban los vecinos y familiares. En cada casa se criaban gallinas, muchas de ellas se dejaban para casos inesperados. En el velorio cuando llegaban los acompañantes se mataba la gallina para brindar un gran sancocho a los visitantes. Me acerqué a papá quien simulaba tener todo bajo control. Sus ojos cristalizados reflejaban angustia y vergüenza a la vez. Me dijo al oído se acercó a mi oído y con voz sigilosa me dijo:

—*Mijo, no tengo nada para el sancocho.* Volteé sin dudar

—*Tranquilo papá, yo me encargo.* A la vez que le pregunté

—*¿Ya adelantó lo del ataúd?*

—*No mijo, yo de dónde. No tengo plata de nada.*

Giré a mi alrededor, vi a mis hermanos tratando de retribuir en algo a mis padres, Fabiene, Leonidas por ser los más grandecitos se notaban inquietos, caminaban de un lado para otro, con su rostro más blanco que de costumbre y Cenia, sollozaba desconsolada. En la parte de atrás de la casa se escuchaban jugar unos niños; Rosalba, Martha Y Arsecio, así como cuando nada toca el alma inocente de un infante. Mariano y Alcides, rodeaban a mi madre, mientras ella intentaba protegerlos sin olvidar a su hijita muerta. Al otro día cuando ya vendí el café, acompañado de mi papá y don José Gloria, mandé a hacer un ataúd, cajón que se hacía en pocas horas a la medida del difunto. Este era económico y bonito para la niña.

Mataron las gallinas, compré el revuelto y lo necesario para ofrecer a las personas que llegaban a acompañarnos en esta despedida dolorosa. Poco tiempo después ya tenía mis propios caballos y continuaba el camino de la vida.



Florencia pueblo

Miradas de Juventud

Me fui organizando un poco económicamente, entonces compraba zapatos, mis pantalones, que seguían siendo cortos y me daba algunos gustos.

En ese entonces, era un hombre joven, trabajador, alegre y con algo de dinero, pues ahorraba para poder gastar cuando lo necesitaba. Montando mi caballo podía divisar las bellas mujeres en tierras cercanas o lejanas. He sido un tipo que a pesar de cualquier circunstancia admira el género femenino. Ellas son el verdadero regalo de Dios. Con tan solo la presencia de una de esas criaturas, el universo se ilumina, el cielo brilla y cualquier tarde por más oscura que parezca resalta con su belleza. Por fortuna siempre tuve una de ellas cerca de mí. Para todos es conocido que en esa época las mujeres no se podían tocar, tampoco acercarse mucho, pero yo tuve la sutileza de enamorarlas. Con orgullo, puedo afirmar que desde esa edad nunca me faltó una novia. A todas las amaba en su momento, como dice una canción de *Los Panchos*:

Contigo

*Tus besos se llegaron a recrear,
aquí en mi boca,
llenando de ilusión y de pasión,
mi vida loca.*

*Las horas más felices de mi amor,
fueron contigo,
Por eso es que mi alma siempre extraña,
el dulce alivio.*

*Te puedo yo jurar ante el altar,
mi amor sincero,
a todo el mundo puedes tu contar,
que si te quiero.*

*Tus labios me enseñaron a sentir,
lo que es ternura, y no me cansare de bendecir
tanta dulzura ...*

Alma alegre, guerrero y soñador, así era yo. Mi júbilo se reflejaba en todas mis labores, trabajaba con entusiasmo y tomaba el cargo de administrador con respeto y dedicación. Cuando llegaban los fines de semana, me daba la oportunidad de compartir con mis amigos o los mismos trabajadores de don Olegario.

Don Porfirio Jaramillo, era como un ingeniero empírico que arreglaba las escopetas. Él se ideó hacer la primera planta de luz. Florencia siempre ha sido bendecida con el agua y gracias a esa abundancia, instaló la represa, que iluminaba levemente algunas casas del pueblo. De vez en cuando íbamos a las tiendas donde departíamos y escuchábamos música de los Panchos, Oscar Agudelo, Caballero Gaucho y letra inolvidable de los Cuyos...

Recuerdos que pasaron

*Hoy me recuerdo de amores que pasaron
quimeras de ilusión, sombra de olvido.*

*Bocas enamoradas me besaron
Palabras que alegraron mis oídos
Palabras que alegraron mis oídos*

Todo aquello que pasó fue como sombra



Victrola. Formas de escuchar música

Para deleitar nuestros oídos se usaban las victrolas portátiles, le decíamos “La música molida” girábamos los discos de 78 revoluciones, (acetatos) con manubrios, como moliendo arepas. De vez en cuando tomábamos cerveza “Costeña” y aguardiente “Cristal de Caldas” el cual tenía un tono amarilloso. Los domingos al salir de misa, veíamos las señoritas “Cantarillas” elegidas por su belleza. El Padre Ocampo se las ingeniaba para fueran que ellas, las encargadas de hacer algunas rifas; el producido era para gastos propios de la iglesia. Su hermosura iluminaba cada escenario que tocaban al caminar, entre ellas Magnolia y Fabiola Osorio. Me encantaba verlas pasar en busca de compradores. Nosotros a veces les invitábamos a tomar una gaseosa o tinto. Siempre con música

*Ahora comprendo el tiempo que he vivido
En esas adorando el pasado*

*Hoy tras de la cumbre si te olvido
Atrás las alegrías se han quedado
Atrás las alegrías se han quedado*

Amores peregrinos

Hay pocas experiencias que te impactan y te cambian la vida como cuando te enamoras por primera vez. Si te rompen el corazón, pasas por una crisis existencial que te hace replantear hasta tus valores más profundos. Retomo la frase de un autor desconocido para hablar de lo inevitable en el ser humano, enamorarse. Ella era Rosario, nuestro idilio nació con la sensibilidad de una rosa, se alimentó con la ternura de un clavel y creció con la fuerza de una roca. Me sedujo la delgadez de su cuerpo, la transparencia de sus ojos que como un lucero alumbraban el amanecer. Su cabellera negra y ondulada colgaba sobre su espalda para perfeccionar esa esbelta figura femenina.

Me siento orgulloso al reconocer que de mi madre heredé la generosidad; yo solía tener conocidos por todos lados, también la amabilidad, pues el trato con las personas siempre ha sido ameno y respetuoso. De esta manera fue que Rosario se fijó en mí. Ella trabajaba donde don Amando Osorio, nos las ingeniábamos para charlar. Todo empezó con la ingenuidad de una amistad, pero poco a poco fue creciendo una pasión tan grande, que lo único que deseábamos era estar juntos. Más adelante, acudíamos a nuestra creatividad para permitir encuentros furtivos y a escondidas. La mamá de ella era partera, los hermanitos, los cupidos de nuestra relación y una nota que ellos entregaban era suficiente para saber que esa noche iba a estar sola; nuestro gran amor nos forzaba a saltar todas las reglas. Ya en soledad solo con el lenguaje de nuestros cuerpos, expresábamos nuestro sentir.

Cuando estaba lejos de su mágica presencia, reflexionaba frente a sus peticiones.

—Libardo, usted sabe que yo lo amo. Es tan grande mi amor, que el día se hace eterno cuando espero su llegada.

—Pero Rosario...

—Y ¿si nos casamos? Quiero estar el resto de mi vida con usted. No me veo de otra manera, tener nuestros hijitos. ¡Se imagina, mi amor! Y así, entre insinuación y requerimiento retornaban sus besos y extendía sus brazos hasta quedar completamente adherida a mí.

Durante el tiempo de nuestro noviazgo, íbamos perdiendo el control. No era solo ella, sino que también yo estaba comprometiendo mis sentimientos. Eso no estaba dentro de mis planes. *¿Quién a los diecisiete años*

querrá estar casado? Faltaba aún mucho por vivir y sobre todo crecer en economía. Hay que ser responsable, me repetía para mí.

Pronto llegó la otra carta para un nuevo encuentro y esta vez fui yo quien exterioricé mi punto de vista, después de tomar un refresco que ella me brindó...

—Mire Rosario, usted sabe lo que yo siento, sabe de mis sentimientos. Lo que más deseo en el mundo es estar a su lado, pero no puedo corresponder con un matrimonio, como tampoco pensar que ya vamos a vivir juntos.

—Pero yo lo amo y quiero estar con usted

—Eso no es posible, pues todavía no estamos en edad para un compromiso tan grande. Su rostro se fue transformando y de sus ojos cafés se desgajó una tormenta de lágrimas. Mi corazón parecía salirse del pecho. Era obvio que también sufría por ella, pero debía ser garante ante esta decisión. Cuando dejamos que los sentimientos nos dominen y arrastre nuestra razón, ahí es cuando perdemos la identidad y nuestro rumbo. Con entereza y la mirada firme hacia ella, lancé mi intención final

—Lo mejor es terminar, estamos a tiempo Rosario. No quiero hacerle más daño con mis visitas. Ella apenas si sollozó, volteó su mirada a la vez que giró su cuerpo, dándome la espalda.

Intenté tocar su hombro que cubría con su cabello castaño para explicarle, pero ella no me lo permitió.

—Descuide, no voy a detenerlo, aunque ahora me esté invadiendo el dolor que atraviesa mi pecho. Me dispongo a dejar atrás esta pasión, ese sentimiento que me hace vibrar y a la vez me causa sufrimiento. Cuando empezamos no medí consecuencia alguna, solo viví para usted, Libardo; para sus caricias, sus besos. Ahora será un recuerdo de un amor que llegó y se esfumó como una espuma que se va, igual que la canción que tanto nos gusta.

*Amores que se fueron, amores peregrinos
Amores que se fueron, dejando en tú alma negros torbellinos
Igual que a las espumas, que lleva el ancho río
Se van tus ilusiones, siendo destrozadas por el remolino*

Salí sin mirar atrás. Monté en mi fiel escudero, el caballo *Colorado* y lentamente me fui alejando. Ya no se percibía el ruido al dejar su casa. Mis pensamientos se apoderaron de mi tranquilidad, de mi fuerza, de mi aliento. Tratando de escabullirme, escuché a lo lejos a Rosario impactando un grito que solo tenía un nombre... ¡*Liibaardooo!* Me detuve, quise cambiar mi rumbo, volver hacia ella, decirle que no, que su corazón podía estar tranquilo porque era correspondida; pero reaccioné, hice caso omiso a esos caprichos y seguí con firmeza.

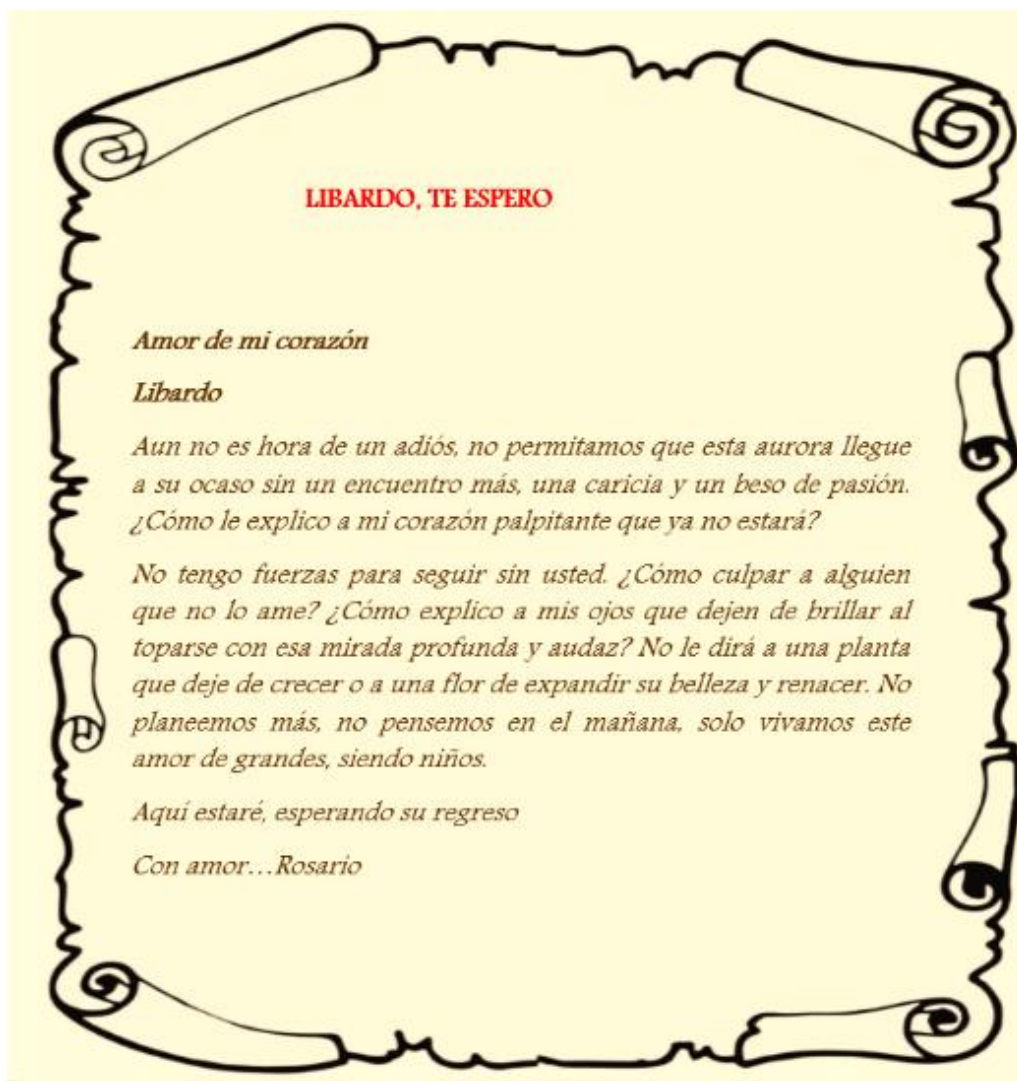
*Espumas que se van, bellas rosas viajeras
Se alejan en danzantes y en
Pequeños copos ornando el paisaje
Ya nunca volverán, las espumas viajeras
Como las ilusiones que te depararon dichas pasajeras*

Y quién dijo que iba sufrir por haber dejado a Rosario. No, eso jamás. Había pasado por situaciones difíciles, yo era fuerte y el amor de una mujer no iba a cambiar mi vida, ni me iba a conmovir, eso lo tenía claro.

*Espejos tembladores, de aguas fugitivas
Van retratando amores y bellos recuerdos que deja la vida
Se trenzan en coronas, de blancos azahares
O en rosadas diademas cuando llevan flores
De la...*

Bueno, solo empecé a visitar las cantinas, tomar cerveza con mis amigos y escuchar música de despecho. Intentaba borrar su recuerdo, sus besos y hasta su olor. Pero que va. Una tarde llegaron sus hermanitos ahí donde yo estaba con mis amigos. Al principio no los quería atender, pero me insistieron. Escuché de sus labios que ella se había ido para donde los esposos Emma Cortés y Roberto Orozco. Finalmente, me entregaron

esta carta.



Carta Rosario

Solo bastó leer para beber dos tragos más y salir en su búsqueda. Monté mi caballo Colorado, cabalgué sin parar. Él me llevaba a dónde yo quería. Dejé atrás mis pensamientos de separación y de responsabilidad y recibí el ensueño encontrado con su amor. Ella sintió los golpes de la bestia y corrió a mi encuentro. Al bajar no pude contener mi agitación y me dejé llevar por su locura. Con besos limpié sus lágrimas y en pocos minutos olvidamos aquella despedida sin sentido.

Un hombre, alargada del pantalón

Desde que éramos niños se usaba el pantalón corto. Más que una moda era una forma de vida. Mientras ellas, damas de todas las edades, extendían sus faldas hasta los tobillos, para los hombres era normal que sus pantalones no bajaran de las rodillas. Solo quien tuviera la madurez suficiente decidía participar en la ceremonia de alargar el pantalón.



Procesión jueves Santo, jóvenes alargan el pantalón

Un hombre responsable, trabajador, honrado consciente de los vaivenes de la vida y con visión hacia el futuro, llevaba los pantalones bien puestos, capaz de asumir con madurez cualquier circunstancia, ese era yo. Un día tomé la decisión de ir donde don Felix Pineda, quien me fío el paño negro que valía diez centa-

vos, dinero que prometí pagar en dos contados de mi jornal. Enseguida visité la sastrería de don Pepe Zuluaga para la costura, que me valía quince.

La Semana Santa, como buenos caldenses, se respeta por, sobre todo. Es un espacio propicio para la oración, reconciliación con Dios y arrepentimiento. Desde el lunes orábamos, participábamos en los encuentros espirituales de jóvenes, hasta el miércoles, ya en la tarde nos confesábamos, dejando atrás cualquier pecado que estuviera rondando nuestras vidas. El jueves Santo bien arrepentidos nos disponíamos a recibir la comunión. Ya con dieciocho años podía participar del protocolo de volverme adulto. No era un día cualquiera para entrar al pueblo elegantemente vestido. Camisa blanca, corbata negra que combinaba con el pantalón y los zapatos dando pasos firmes. Por el gran valor religioso del jueves era el día elegido. Fue una sorpresa agradable, que, sin estar de acuerdo, mis tres grandes amigos Libardo López, Licinio Rondón y Maximino Acosta lucieron también sus trajes. Quedamos tan elegantes con los mismos colores; Este día ya confesados participábamos de los programas de la iglesia. El sacerdote nos vio tan elegantemente vestidos que, para la procesión, nos llamó a llevar el palco que contenía la Custodia de Nuestro Señor. Era el

más grande honor que un joven podía tener. Lo postré en mi hombro y me uní a la peregrinación con dignidad y orgullo. Ese día para mí fue inolvidable, pues encierra un gran valor. Al comulgar sabía que además de recibir al Señor en mi corazón, también estaba recibiendo con rectitud y gallardía lo que vendría de aquí en adelante.



Florenca en la antigüedad

El adiós

Así seguía recibiendo mi alegre juventud, no dejaba de colaborar a la familia, seguía con mi trabajo, mis grandes amigos y ella, mi bella novia. Por esas tierras lejanas no habían llegado aún los relojes, para detectar la hora. Calculábamos por la luna o los instintos que ya iba a amanecer. Eso sí, todos usábamos la linterna, que nos guiaba el camino nocturno. Un día se presentó la oportunidad, su mamá se iba a atender un parto y me quedé en su casa.

Al salir, cuando ya iba un poco retirado, noté que había dejado la linterna. Avancé esperando el gran astro con su iluminado destello, para que me guara el camino, pero ese día se quiso esconder. No podía continuar en la penumbra. Creía que eran las cuatro de la mañana, pero nada que aclaraba y el tiempo se me hacía eterno. Al borde del camino improvisé un cambuche, con helechos secos que me sirvieron de colchón y me cubrí con la ruana. Al fin abrió la aurora y seguí mi dirección el trabajo.

Aunque mis sentimientos hacia Rosario seguían creciendo y le había prometido estar a su lado para vivir nuestro idilio, otra parte de mí era un poco más racional e intentaba alejarla para rescatar mi libertad y mi tranquilidad. Con mis amigos se nos presentó la oportunidad de irnos a Marquetalia. En esa época, los hombres podían sacar la cédula apenas a los veintiún años. Para las elecciones de ese año *Laureano Gómez*, era un candidato que tenía muy buenas propuestas para los campesinos y nos convencía lo que hablaba por la nación entera. Nos interesaba ser parte de la política de nuestro país y anhelábamos contribuir con nuestro voto para que él fuera elegido. Pues allá nos entregaban ese documento sin tener la edad y lo logramos; Laureano Gómez fue el presidente de la República de Colombia durante el periodo de 1950 y 1951, solo duró un año por problemas de salud. Allí estuve cuatro meses, trabajando en Mococongo, la finca El Rodeo, donde mis abuelos. En el fondo intentaba olvidar a mi Rosario, pero ni ese tiempo logró que mi corazón dejara de palpar por ella. Además, me conquistaba con sus hermosas cartas.

De vuelta a Florencia, me percaté de que ella estuviera por ahí, efectivamente la vi ansiosa por verme; nuestro encuentro no se hizo esperar, nos amamos una vez más.

Disfrutábamos de nuestros mejores momentos, cuando una fiebre desvaneció su aliento. Apenas si estaba sobrellevando el luto por la muerte de su mamá que hacía poco había fallecido. Cierta día, empezó a sentir

debilidad. Su cuerpo delgado, ardía de calor, el rostro pálido y su mirada perdida fueron mostrando alarmas de una dolencia o enfermedad. Gritaba mientras una tos seca carcomía su garganta. Las primeras atenciones no dieron resultado y su fiebre aumentaba. No había dudas, Rosario debía ir a Samaná para ser atendida por especialistas. Un tío de ella, Abel Franco acompañado de otros hombres, se pusieron a la tarea. Acomodaron unas tablas, amarradas con sábanas y almohadas, sirvió de camilla para el largo recorrido. Ocho horas a pie, por caminos de trochas y cerros, hasta que, al llegar, ya estaba al cuidado de los médicos.



No pasó mucho tiempo cuando me llegó la noticia de que a Rosario había caído enferma. Al hablar con el médico nos dijo que esa fiebre estaba anunciando algo delicado, esperaban más exámenes para saber su diagnóstico. Le dieron medicamentos sin mostrar mejoría. Dios es quien lo puede todo, puse toda la Fe en sus manos, me llené de fortaleza y entré a su dormitorio. Su mirada lejana alcanzó mi cercanía, apenas si podía mencionar

palabra. Sus ojos se iluminaron de alegría y brotó una lágrima que humedeció su rostro.

—*Libardo, mi amor. Pensé que nunca iba a volver a verlo. Intenté mostrarme fuerte, pero algo dentro de mí, avecinaba una desgracia.*

—*No mi amor. Aquí estoy y si Dios quiere usted Mija, se va aliviar. Al ver su rostro pálido, intentando comunicarse con apenas un hilo de voz, sentía un ardor en el pecho. No dudó en lanzar aquella pregunta que aguardaba una respuesta positiva.*

—*Mi amor, ¿usted se va a casar conmigo?, ¿verdad? Tan pronto me recupere de esta enfermedad, vamos a estar siempre el uno para el otro. Porque yo me voy a mejorar, esto es apenas una fiebre que pronto se va ir. ¿Cierto mi amado Libardo? Yo sin dudarlo y pese a mis prejuicios le respondí.*

—*Claro Rosario, con el alma y el corazón la voy a esperar en el Altar, donde vamos a unir nuestros lazos para siempre. Ella, apenas sonrió como en agradecimiento y quedó profundamente dormida. Esperé un rato, acaricié su cabello y su frágil semblante. Estaba a punto de alejarme, cuando apretó mi mano y con las pocas fuerzas que le quedaban, suplicando insistió...*

—*¿Usted sí va a volver a visitarme, ¿verdad? Aquí lo espero. ¿Cuándo viene, mi amor?*

—*El domingo Mija, muy temprano estaré aquí, lo prometo. Cerré con un beso el pacto y una promesa. Volvería a los ocho días.*

De vuelta, arremetí en mi caballo, me distancié rogando al Cielo que mi amada tuviera fuerzas para vivir. Le iba a cumplir la promesa de llevarla al Altar, pero ante todo deseaba que estuviera con vida.

Durante ese tiempo, trabajé intranquilo, apenas era lunes y ya quería que llegara domingo para ir al hospital y estar con ella, decirle que la amaba, que mi corazón latía por su cariño. Era el momento también de pedirle perdón por mis arranques de dejarla. Durante la semana fui a su casa, pregunté a sus hermanitos, pero ellos sabían lo mismo que yo.

Al fin llegó el día esperado. Muy de madrugada, a la una aproximadamente, salí, me dirigí donde mi amada. Mientras galopaba sentía que una nube gris me perseguía, la sombra de Rosario se postró en mi mente, sus recuerdos se apoderaron de mí, no quise ser ave de mal agüero y esquivé esos pensamientos.

Al entrar al cuarto donde antes había estado, vi otro enfermo, busqué a los médicos con la esperanza que me respondieran que ya se había curado, que podía ir a su casa para encontrarme con ella.

El aspecto del doctor me aterrizó y con sus palabras se derrumbaron mis esperanzas.

—Hombre Libardo, como es que hasta ahora aparece. Cuando vimos que la niña Rosario se agravó hicimos lo posible por comunicarnos con su familia, mandamos un caballo, el Pedro Cardona que llevaba la carta avisando el estado de salud de ella, aquí vino el tío Abel la acompañó hasta el final. Vi que llegaron otras gentes para explicarme, pero yo ya no escuché más, Rosario murió el jueves, pasaron tres días y yo apenas si me entero.

Dios, mi alma se desgarró y parecía que gritaba en mi interior. No estuve a su lado. Una daga atravesaba mi pecho, eso que no se ve, pero duele hasta para respirar. No alcancé a cumplir la promesa, ni pedirle perdón. Mis lágrimas de hombre no se hicieron esperar y el ocaso de la tarde también entraba ardiente para quemar mi alma de abatido enamorado. Ya no la veré más y eso me enloquecía.

No pasó ni un día para hundirme en las fondas, acompañado de Francisco Cortés y Horacio Giraldo. Esa noche el cantinero, Chucho Gómez, al verme en ese estado, prefirió cerrar el establecimiento después de las doce y se unió a nosotros, hasta el amanecer. Con aguardiente quería quemar ese dolor que ardía hasta los huesos. Fue el Caballero Gaucho, quien me acompañó en mi pena, rompiendo cada rockola con su grito desenfrenado

Lejos del tambo

*Vengo solo por ti tras la montaña
Desde donde temprano muere el día,
Con mis cansados ojos de distancia
Solo en pos de tu grata compañía.*

*No puedo ya desde que te viniste
Reconciliar el sueño en mis pupilas
Mi enferma voluntad ya no resiste
Y sin ti yo me muero día por día.*

*Por ti deje tras de mi inciertos pasos
El cariñoso hogar donde viví
Deje mi tierra y mi plantío,*

*Y el viejo tambo donde nací
Deje mi raza y mi bohío
Todo lo mío por verte a ti*

Viejo Farol

Tú la recuerdas, yo la recuerdo

*Hoy en la bruma del tiempo me pierdo
Llorando la angustia de mi gran amor
¡Como alumbraba el farol!
Aquella noche en que te vi por vez primera
Eran sus ojos un sol
En su sonrisa florecía la primavera
Hoy solo queda de ayer
Entre la bruma fría y sangrante de los años
Más que pesares y desengaños
Pero en mi angustia te quiero más*

*Con nuestra pena viviendo al azar
Yo voy solando una ilusión perdida
Y tu te mueres cansado de alumbrar...*

*Si ella volviera a implorarme ternura
Olvidaría que me hizo sufrir...
Sería el consuelo a mi desventura
Con tiernos besos volvería a vivir...*

*Como alumbraba el farol
Aquella noche en que te vi por vez primera
Eran sus ojos un sol
En su sonrisa florecía la primavera*

Después de un tiempo en que me cuestioné sobre la vida, enfrenté mis demonios, pregunté y me respondí a mí mismo. Interrogantes que van y vienen sin respuesta. Que si la vida, que si Dios, que si la muerte y lo que queda de ella, en fin. Así daba por terminada una historia de amor y dolor con Rosario. La vida seguía y en medio de mi perdición me quedaron sonando las palabras de Don José Gloria, quien entre copas replicó...

—*Libardo, ya no hay nada que hacer. Ni porque tome trago la vida entera ella volverá. Tenga resignación hombre, y pídale a Dios que le dé otra novia, de esta forma se le quita este dolor.* Hay que continuar, pensé. Guardé el luto a Rosario, pasaría más de un año sin mirar otra mujer, ni novia ni nada. Poco a poco mi extenuado corazón fue sanando y con fuerza retomaba la vida de hombre aventurero y soñador. Gracias a Dios siempre hay un consuelo para el alma.

Engaño, nace el viajero

Tendría por ahí diecinueve años cuando la vida me presentó una hermosa muchacha. Bastó tan solo una mirada para conquistar mis pensamientos, al poco tiempo ya sentía un profundo cariño hacia ella. Era hermana de Francisco Cortés, mi amigo de juerga. Solía ir a su casa y hacer visita, mientras que su familia poco a poco me fue acogiendo. Estaba tan agradecido, sin pedírsele Dios me había premiado. Ella era cariñosa, tan fina al caminar, con su cabellera rizada y ojos claros, piel bellamente blanca. Llevábamos un año de noviazgo cuando pensé.

—Es hora de sentar cabeza— le voy a pedir matrimonio a Mercedes.

Hablé con su familia y fijamos la fecha, sería en la próxima pascua, cuatro meses después.

Empezamos los preparativos, ahora más que nunca debía trabajar, ser responsable para enfrentar un hogar. Solía visitar a mi novia cada quince días, le llevaba un presente, a veces era una caja de uvas pasas o frutas frescas. Como tenía que ir de Florencia a Samaná, a llevar café y mercado para la casa de don Olegario y su familia, de ida, pasaba por la casa de Mercedes, hacía la visita y seguía mi camino.

Un día de tantos que iba para hacer el mismo recorrido, el camino pedregoso, apenas si se estaba resecaando de tanto pantano que antes había. Yo iba montado en mi caballo y llevaba otras dos bestias; una con café para vender en Florencia. Otra con solo el enjalme. Cantaba y entonaba mi música de feliz...

Agradecido con Dios porque me iba a casar con una mujer bella, que me quería tanto como yo a ella.



Encuentro de dos conocidos

Adelantico vi un joven, iba caminando pues su destino era cerca. Lo saludé como a cualquier paisano. Por fortuna existía confianza entre las personas, no había tantos peligros, éramos gente de bien, todo era muy sano, nada de que temer. Yo lo alcancé, le ofrecí mi saludo como se acostumbraba...

—Qué más hombre. El volteó y vi en su mirada un hombre de gran empatía. Se acercó y extendió su mano para saludarme...

—¿Que más paisano? Yo respondí su amabilidad con serenidad.

—*Bien hermano. ¿Le falta mucho para llegar?*

—*Sí, pero la verdad no llevo mucho afán.*

—*Tranquilo yo le presto esta bestia y así nos acompañamos.*

—*Bueno amigo.* Y tomó el animal, se subió en él. Era un hombre mucho más alto que yo, lo noté cuando se acercó. Trigueño, bastante corpulento.

Su nombre era Francisco Álvarez. En todo caso nos fuimos charlando, y amenizando el viaje, cuando me dio por preguntarle.

—*Y hasta dónde va?*

—*Yo voy a visitar a mi novia, que vive en la finca Santa Lucia, donde los Cortés.* Al instante recordé que Mercedes tenía una hermana y asenté con firmeza. Pero debía asegurarme. Yo no le dije para dónde iba, igual él tampoco me lo preguntó, pero nuestros caminos se estaban uniendo hacia el mismo lugar. Tenía que salir de dudas, mientras mi corazón quería romper la camisa. Hice lo posible para evitar que él notara mi intranquilidad y sin dudarlo, lancé la otra pregunta.

—*¿Cómo es que se llama su novia?*

—*Mercedes.* No dudó en contestar.

Mercedes, mí Mercedes, mi futura esposa. Por mi mente confusa pasó un remolino de ideas. Cómo hacer para llegar primero, y ¿si llegamos juntos y la sorprendemos? El lazo con que daba el mando al caballo se intentaba resbalar. No paraba de sudar y ya se empezó a notar un leve temblor en las manos.

No soporté más. No sé qué le dije al joven apuesto. Pero arremetí hacia la casa de Mercedes Cortés. Al bajarme del caballo la llamé. Ella como siempre salió a recibirme con los brazos abiertos,

—*Hola mi amor... ¡lo estaba esperando!* Lo único que en ese instante pude hacer, fue tomarla de sus brazos con la precaución de no lastimarla, y decirle.

—*Vaya, atiende a su novio,* girando mi cuerpo hacia donde él venía.

—*¿Qué? ¿Acaso quién viene?*

El hombre apenas se estaba acercando y con la ira que produce una traición. Tomé el rostro angelical de Mercedes, lo acerqué a mis labios, besándolos con rabia y pasión a la vez. Después la solté y con fuerza y le dije.

—*Adiós Mercedes, ahí le dejo a su novio, vaya atiéndalo.* Ella lanzó un grito tan profundo que expulsó ahí su alma, se lanzó a mis pies, suplicando...

—*Libardo, por favor, escúcheme, no me deje. ¿Acaso no acepté casarme con usted?* Intentó acercarse una vez más, me zafé de su intento de abrazo, subí a mi caballo y desde allí reafirmé...

—*No Mercedes, hoy se rompió este compromiso, como cuando el florero se cae y aunque intentemos repararlo jamás volverá a ser el mimo.* Y así lo que antes era un sueño de matrimonio hoy cada uno iría por su lado. Pensé, *si esto lo hace cuando apenas nos vamos a casar, ¿qué puedo esperar después?*

¡No faltaba más! esta vez era mi ego el que estaba golpeado y agredido. Como mi vida ha estado rodeado entre música y poesía. Me encantó el poema cantado de Bowen y Villafuerte...

Alma lejana de

*No importa que te ausentes de mí
Sin darme ni siquiera un adiós
Sin comprender que dejas aquí
A un corazón muriendo de amor.*

Estaba decidido a sacar de mi corazón, eso que afectaba mi sentir.

*Nunca jamás encontrarás a otro hombre
Que te amé tanto como yo te amo.
Y que también deposité a tus plantas
Todo mi afecto, toda mi vida.*

Pasó un tiempo en que repetía esa canción que tanto se identificaba conmigo. *El viajero*, aunque había pasado por momentos de pena y amargura, jamás dejé de valorar a las mujeres, aunque mi corazón estuviera entristecido, sentía que valía la pena admirarlas porque ellas son la más grande y hermosa creación de nuestro Señor.

El viajero

*Soy el mismo viajero que salió una mañana...
Cabizbajo y sombrío un consuelo a buscar*

*Por estrechos senderos...
Llegué a tierras lejanas
Donde solo hay abrojos y crueldad inhumana
Donde reina el hastío, la tristeza y el pesar.*

*Elibago el acíbar de mi acerbo destino...
De mi amargo destino
Cabizbajo y muy solo voy cruzando el camino,
Hoy he vuelto de nuevo y me parece que hace años
Que deje mi cabaña y a mi patria dejé.*

Donde todo ha cambiado, solo encuentro pesares...

Y recuerdos de un tiempo que hace tiempo se fue

*Con espíritu enfermo de sufrir desengaños
De luchar con enfermos de países extraños
Que por sed me han brindado una copa de hiel*

*Traigo un fago repleto de amarguras y penas
Y una amarga alegría de mis horas tan buenas
Que se fueron errantes con mis dichas de ayer*

*Hoy tan solo me queda, enlutada mi senda
Con laúd en la mano de mi triste leyenda
Donde guardo la historia de una ingrata mujer*

Pobrecito viajero, yo he sufrido en la vida



Animales de carga

Como bien lo dice la canción, estuve un tiempo de aquí para allá, recorrí Samaná, Pensilvania y otras regiones. Tuve la oportunidad de esquivar mis dudas frente al amor, al dolor. Llegué renovado, con inmensa Fe, borré pensamientos de dudas. Confié con certeza que algo mejor llegaría para mí.



Camino hacia donde Mercedes

Príncipe de un cuento, en busca del amor

La presencia de Dios, se hace evidente en cada suceso de mi existencia, por esta razón soy tan agradecido con Él. Su grandeza y generosidad, hacen que la vida cobre sentido y valga la pena seguir adelante. Siempre que hago alguna petición con gran devoción, tarde o temprano me la concede.

Después de que mi corazón se vio afectado en dos oportunidades, le pedí que me concediera una mujer; ésta vez la quería como compañera de viaje, construir juntos el camino de la vida y el gran regalo de ser padre. Esperaba que ella nunca hubiera tenido novio, como tampoco hubiese sido tocada ni con el pétalo de una rosa. Ya estaba en edad para casarme, era un hombre trabajador y merecía ser feliz, además, anhelaba la compañía de una mujer que me acompañara por muchos años; y para eso debería empezar a vislumbrar mi futuro desde ya. Lo que no sabía era que ella estaba muy cerca de mí y fueron varias las oportunidades en que se me había presentado, pero no había notado esa señal Divina.

Como saliendo de un cuento mágico me iba convirtiendo en un galán, empalmado en mi Alazán, atraía las miradas de cuantas mujeres se cruzaban por mi camino. Era generoso, espontaneo y de sonrisa serena. Mi gallardía inquietaba a las madres que con afán buscaban el acompañante de alguna de sus hijas. Continuaba viviendo donde don Olegario, padre de ese ramillete de nueve mujeres. Podría escoger a mi antojo, con cuál cruzar miradas, entablar una conversación y quizás hasta llegar a un compromiso. Eso me lo dio a entender la señora Julia, esposa de mi patrón y madre de aquellas damas, quienes se iban preparando para formar un hogar. Graciela, insinuaba ser correspondida con un cruce de miradas y Genoveva, solo esperaba a que su mamá tomara decisiones por ella, para comprometerla, mientras las otras seguían siendo niñas. Pero extrañamente, Dios en su divina perfección conducía mi mirada hacia ese horizonte y llegaba a Montecristo.

De vez en cuando veía a esa hermosa niña, la que sabía rezar. Ella emanaba pureza e inspiraba ternura. De la noche a la mañana ya era como un espejismo, dejé de cruzarme con ella, a lo mejor empezaba a extrañar la voz de una chiquilla angelical. Fueron tres años en que reinó el silencio. Los árboles sacudían sus infinitas alas desplegando una musicalidad sonora y las aves encantadas se desplazaban a sus anchas por el claro cielo. Mi corazón apaciguado, llevaba año y medio en completa serenidad. Me sentía halagado al estar rodeado de tanta belleza, pero en lo más profundo, esperaba con paciencia, la indicada.

Uno de mis grandes amigos era Ricardo Pérez, hombre trabajador, auto disciplinado y gran consejero. Había dos fincas a las que ofrecíamos nuestros servicios. Él se quedaba una semana entera en la finca de don Olegario, en la casa, con nosotros, los trabajadores; allí adelantábamos todo para dejar de ir los siguientes días. Después, yo era el que me iba a ayudar con el cuidado de las bestias. Eran muchos los oficios. También aserraba, cortando árboles, recoger la cosecha. Así pasamos algunos años. Con él nos entendíamos en todo, éramos similares por la crianza de nuestros padres, una descendencia con muchos parientes y además una herencia religiosa, consagrada a cumplir los mandamientos de la ley de Dios. Él tenía doce hermanos y nosotros éramos diez; después de que varios se habían muerto, en ambas familias.

Cuando estamos contemplando la vida en juventud, sentimos aflorar nuestra energía, entonces desarrollábamos las labores con ahínco, de lunes a viernes, para luego departir con amigos. La forma de escuchar música iba evolucionando, pronto las victrolas fueron reemplazadas por las modernas radiolas con tocadisco. Esta vez la luz se hacía un poco más enérgica, para dar vida a esos grandes artistas, que siempre han sido tan importantes para mantener mi equilibrio emocional. Llegó al pueblo una rockola, donde introducíamos una moneda y de ahí despertaba mágicamente, las voces de alguno de esos grandes, artistas y músicos; como el Caballero Gaucho, compositores como Garzón y Collazos y la voz del gran Oscar Agudelo.

Los viernes o sábados charlábamos al calor de un aguardiente o el sabor amargo de una cerveza. Ayudaba cuando alguno vivía un grato momento de su vida o cualquier otro, sufría una pena de amor. Por ejemplo, Ricardo me acompañó a sobrellevar, la gran desilusión por Mercedes. Entonábamos las bellas melodías de *El viajero*, y otros intérpretes que tocaban el alma con sus letras.

Él era hermano de María, la dulce niña que solía hacer la oración al atardecer. Yo sabía quién era, a fuerza de verla cuando nuestros caminos se juntaban; pero también me había enterado que se había ido al pueblo a vivir con sus abuelos, mientras estudiaba. Un día, todos concentrados en el trabajo; a lo lejos divisé una asombrosa aparición. Admirado con su belleza, desee que mis ojos la alcanzaran, para contemplar de cerca, aquello que parecía sobrenatural. Esperé que la euforia se calmara, que mi corazón desacelerara sus latidos, para preguntarle a mi amigo.

—*Hombre Ricardo: ¿si ve allá, esa jovencita frente a su casa?*

—*Vea, este, no ve que es María, mi hermanita menor. Es que está de vacaciones. Se va a quedar unos meses en la casa. Yo seguí con mi trabajo, pero la exaltación me controlaba. Pero, no podía dejar de preguntar algo más, para cerrar el tema por ahora.*

—*Como esta de grande ¿verdad? Y ¿ya cuántos años tiene?*

—*Lo que pasa es que la niña se creció mucho, pero apenas tiene trece años.*

Ya me contuve de indagar. Solo sé que en mi pecho seguía ese pulso intenso, donde los pensamientos empezaron a revolotear por mi mente. ¡Ya en soledad, imaginaba lograr conquistarla, pero...! ¡No! ¡Es muy pronto para eso! Pensé. Disipé esas primeras ilusiones y continué.

Como nunca falté a la misa los domingos, mi anhelo más intenso era encontrarla, verla vestir su mantilla y que dejaba ver su cabello ondulado y al terminar, dibujaba su figura de una hermosa mujer. Ella, siempre acompañada de su mamá. Además, jamás volteaba su mirada, firme como un muro que nadie se atrevía a cruzar.

Los primeros viernes, era un ritual de la iglesia, donde se rendía homenaje a Dios, por los favores recibidos, se hacían durante nueve meses. Generalmente los solteros. Para iniciar la liturgia, era necesario confesarse desde el jueves anterior, para el viernes ya presentarse ante el señor, en la sagrada Eucaristía. ¡Vaya sorpresa! Ahí estaba ella, sentada unas bancas adelante de donde yo estaba. Aunque permanecía agarradita del brazo de su mamá, no dudé en esperar a que se terminara la misa para acercarme. La señora Clara Osorio, su mamá ya me conocía, pues desde muy joven frecuentaba su casa, siendo amigo de Ricardo y además, ayudaba en la finca.



Mujeres, uso de mantillas en la iglesia

Mientras ellas, lentamente avanzaban, yo me fui sigilosamente detrás. Al percatarse de mi presencia, Misia Clara, no dudó en lanzarme su cordial saludo.

—*Libardito, Mijo ¿cómo le va?* Yo respondí, mientras observaba detenidamente esos ojos oscuros, que con un gesto asentó.



Lino Pérez, Clara Osorio. Hermano y Mamá de María

—*Muy bien señora. Veo que van muy solas y si me lo permiten, iré con ustedes por este camino tan oscuro.*

Ese día, me conformé, con que hubieran accedido a mi compañía por un rato; ya era un avance. Me fui con la ilusión de volver a verla, para fascinarme con su presencia e intentar charlar un poco más, ojalá a solas. Ella era una verdadera dama, a pesar de su corta edad; de la noche a la mañana se fue convirtiendo en una gran mujer. Debajo de su vestimenta ancha y alargada, se dibujaba su figura sensual, de cuerpo armonioso y equilibrado. Aunque era alta, su estatura empataba con la mía y su tez morena, podría embellecer los ocasos que tanto me gustaba disfrutar. Por primera vez, le di rienda suelta a mis sueños. Deseaba que ella fuera la joven íntegra, que había esperado por tanto tiempo. Tendría la felicidad

de ser su primer y único afecto, ya que con seguridad no había habido nadie antes, ocupando su puro corazón. Recostado en mi cama, con la mirada pausada, hacia el techo proyectaba mis anhelos de una realidad. Faltaría un mes para verla de nuevo. Tenía la convicción de cortejarla y por mi forma de ser, esperaba que accediera a charlar conmigo.

Segundo mes, viernes de febrero, al salir de la iglesia. Ahí estaba ella, la volví a detallar y no había duda, era la mujer más hermosa que se cruzaba por mi andar. Esta vez, sin mayor detenimiento, me atreví a cruzar unas palabras con la señora que la acompañaba.

—*Doña Clara, otra vez por acá*

—*Sí, mijo. Nosotras, no faltamos a los primeros viernes.*

—*Igual que yo. O sea que ¿Puedo charlar con su hija, y también nos acompañamos?* La señora lo dudó, miró a la señorita, hasta que al final accedió a medias.

—*No hay problema, pero eso sí. Yo voy aquí detracito.*

—*Claro que si, como usted diga.*

Lo que era una larga caminata, fueron segundos para mí. A pesar de que yo conversaba con vehemencia, ella se dignaba a responder, únicamente lo sugerido, y sus réplicas eran frías y cortantes, igual que sus gestos altivos y hasta petulantes. Pero eso no fue impedimento para seguir en el intento. Pues ya había logrado un verdadero acercamiento, lo demás vendría cuando hablara con su familia; Ricardo mi amigo y Misia Clara, como le solíamos decir a las mujeres mayores.

Antes del tercer mes y después de mucho pensarlo, tomé la decisión de pedir el permiso para cortejarla. Que fuera mi novia ante el mundo entero, sin que nadie más pudiera acercarse a ella. María, —*¿en mi vida?*
— Entonces, un sábado en la tarde, sabiendo que estarían todos reunidos, me fui para su casa. La sorpresa primero fue para Ricardo. Aunque él ya había notado mi interés por María...

—*Que más hombre. ¿Eso que lo trae por aquí?*

—*Pues, nada hermano. Estaba cerca y quise venir a saludar a los amigos.*

—*Pero siga, ni más faltaba. Espere llamo a mi mamá para que compartamos el “algo” alimento suave, entre comidas de la tarde.*

La taza de chocolate, acompañada de arepa paisa, fue bajando el humeante calor, mientras le insinuaba, que anhelaba cortejar a su hermana. Así, sería, esperarí que creciera un poco, para luego convertirla en mi esposa. Él más que sorprenderse, lo tomó con agradecimiento porque siempre vio en mí, valores tan importantes como la honestidad, demostrada en tantos años como socio de don Olegario, el respeto y la

gentileza con que trataba a las personas. Laboriosidad, cuando me asignaban alguna tarea. Su Mamá se percató de lo que hablábamos y le insinuó

—Mamá, de acuerdo a lo que dice Libardo; que de ahora en adelante quiere hacerle visita a María, ¿qué opina?

—Pues mijo, la niña ya está grande, se está volviendo una señorita hermosa y antes de que empiece a ser cortejada por otros, que mejor que Libardo venga a charlar con ella. Y si usted Ricardito, le da el permiso, pues yo accedo.

Eso sí, Misia Clara me hizo un montón de advertencias: que nunca podía acercarme a ella, como tampoco tocarla. Las visitas iban a ser restringidas y los permisos para ir al pueblo, sería en compañía de alguno de la familia. En todo caso, se cerró la conversación, cuando entró María. Nos vio conversar, dar el último sorbo de chocolate, volteó su mirada vigilante, me hizo una venia, sin sonreír y estaba a punto de darnos la espalda cuando, la señora Clara, tomó el brazo de la joven, confirmando la solicitud, manifestó de despedida...

—Yo me encargo. Volteó, como aprobando y juntas salieron.

—Venga mija, quiero contarle algo. Al alejarse, María fijó sus ojos en mí y siguió a su mamá. Al parecer, después de informarle, lo que yo iba a significar para ella, que sería su novio y que de ahora en adelante recibiría su visita; ella accedió, pues era la única opción. A los mayores se les acata.

Me fui a mi propio espacio con la alegría de tenerla cerca. Con la ensoñación que producía el inicio de un romance. En mi mente, no se hicieron esperar las palabras que se volvieron poesía para mis oídos, mientras paseaba y admiraba lo que me rodeaba.

Cuanta alegría siento, no veo ni oigo nada a mí alrededor, más no importa es a usted la que quiero, es usted todo mi cielo. ¡Todo lo que le he pedido al Creador, está ahora presente, porque la tengo a usted aquí, a mi lado! ¡María!

Ahora que lo pienso, fue todo un reto llegar a su corazón. Intentar conquistarla o entablar una conversación se hacía cada vez más difícil. Solía ser muy seria y ligeramente esquiva con mi presencia, lo que impedía acercarme. Pero gracias a mi perseverancia, poco a poco fui ganando un sí, no solo de su amistad, sino también de su afecto.

Cuando la familia sabía que era día de visita, mi suegra se percataba que no tuviéramos la mínima cercanía. A veces, le llevaba frutas frescas y en otras ocasiones, las famosas uvas pasas “*La española*” que venían en una cajita roja. Ella las recibía y simplemente me decía —*Gracias*. Yo permanecía toda la tarde en su casa. La miraba con ternura, hablaba de lo cotidiano que se presentaba en mi trabajo o en el pueblo. Misia Clara,

se ubicaba en medio de los dos, evitándonos una tentación y si me ofrecía algo de tomar; cuando le daba mi bocado, ella primero lo recibía y luego se lo pasaba a María.

Pronto, le avisaron que debía retirarse de la escuela, pues pronto, sería una mujer casada. Estudiaba en el colegio, que dirigía El Padre Ocampo, mismo Sacerdote que nos había bautizado a los dos; en diferentes momentos y también, ofició nuestra primera comunión. Al padre se le respetaba por toda la vereda. Era la primera autoridad, en muchas decisiones y las familias aplicaban sagradamente, todas sus enseñanzas. Tan pronto se enteró que yo pretendía casarme con María, me hizo un llamado, el domingo al finalizar la misa de diez. Yo esperé, pero lo que me dijo, me dejó sin palabras...

—Libardo, yo me enteré que usted pretende casarse con María, hija de la Señora Clara Osorio?

—Si Padre, ya llevamos ocho meses de estar charlando y tenemos fecha para celebrar el matrimonio, después de la pascua.

—No cuente don Libardito que yo lo voy a dejar casar con esa niña. Yo no tengo nada contra usted, doy fe que es un buen hombre. Pero tenga la seguridad que yo no autorizo ese casamiento. No puedo estar de acuerdo. Usted es un picaflor. Además ¿cómo voy a permitir que María siendo tan niña, se enfrente a una responsabilidad tan grande y lo peor, que deje sus estudios.

—Señor, pero si ella ya tiene catorce años, nada más faltarían dos meses para los quince, cuando nos casemos.

—Insisto hombre, yo no doy permiso para esa boda tan absurda.

—Está bien, pero le afirmo a usted, que así me toque viajar a Samaná o a Pensilvania, yo me caso con la mujer que amo.

Esa fue la respuesta que le di al curita y salí. Hacía muchos años no había sentido tanta impotencia y tanto coraje por dentro. Pasaron catorce meses, los mismos que vivía de la ilusión, el encantamiento casi absurdo, producido por un amor sincero. Aunque en todo ese tiempo, no le toqué ni una vez, sus suaves manos. Desde que empecé a visitar a mi novia, renacía la esperanza, esta vez con más convencimiento, porque tenía una relación con piso firme y la seguridad de que ahora no me fallaría, mi intuición al escogerla como mi pareja.

Fui muy afortunado, aunque ella aún no expresara su cariño, yo sabía que poco a poco lo iba logrando. Mientras no estuviéramos casados era pecado amarla, pero en mi interior deseaba que ya fuera mía. Para retratar un poco lo que sentía en ese momento, adapté este poema de *José Ángel Buesa*

¿Es un pecado quererla Señor?

*Ella es como el agua callada que corre...
Si es culpa tener sed, toda la culpa es mía.*

*Perdónala Señor, usted que le dio a ella
su frescura de lluvia y su esplendor de estrella.*

*Su alma es transparente como un vaso vacío.
Yo lo llenaré de amor. Todo el pecado es mío.*

Se acercaba la hora de nuestra boda. Cuando hablé con Ricardo por primera vez, también pactamos que el día sería el 27 de abril, de 1953. No importaba que María no hubiera cumplido los quince años, dos meses no hacían la diferencia. El tiempo era ideal, después de la pascua.

*Pero, ¿cómo no amarla, si usted hizo que fuera
turbadora y fragante como la primavera?*

*¿Cómo no amarla, si es como el rocío
sobre la yerba seca y ávida del estío?*

*Y ella me dará su amor como se da una rosa,
como quien lo da todo, dando tan poca cosa...*

Era un agüero de buena suerte para las parejas casarse después de la Semana Santa, porque estarían bendecidas toda la vida. Había hablado con mi suegra, sobre comprar la ropa que ella usaría para el matrimonio. Como era el futuro esposo, me correspondía darle todo lo que necesitaba de ahí en adelante.

*Una embriaguez extraña me vence poco a poco
Ella no es culpable, Señor... ¡ni yo tampoco!*

*Es tan bella, Señor, y es tan suave, y tan clara,
Que sería un pecado mayor si no la amara*

En vista de que no vendían los vestidos hechos, le di dinero para que compraran unas bellas telas y mandarlos a hacer donde la tía de ella, Julia. En cuanto al traje de la boda, lo diseñó el sastre del pueblo, El señor Chepe Zuluaga. Él fue quien se encargaría de lucir el diseño en esa bella mujer.

Mientras tanto yo también alistaba el traje para la fecha, sería muy elegante. Aproveche, para comprar dos más. Tanto ella como yo, merecíamos estar elegantes, antes y después de la boda. También debíamos prepararnos espiritualmente; asistir a la sagrada Eucaristía, todos los domingos y comportarnos de acuerdo a la ley de Dios. Ya se acercaba la fecha, yo solía quedarme a dormir en la casa, en un cuarto con sus hermanos, Ricardo y Ramón. Un domingo, avisaron que al padre Ocampo, lo trasladaban de corregimiento, y

de ahora en adelante el párroco sería el sacerdote Osorio. Él venía de Arboleda y tomó posesión en Florencia.

Esa fue la mejor noticia para mí, pues veía difícil contraer matrimonio con María, porque el padre estaba posesionado, llevaba quince años, trabajando en Florencia. Tan pronto llegó el padre Osorio me dispuse a colaborarle en lo que necesitara. Él tenía una mula, cada vez que yo lo visitaba, le picaba caña para alimentar a su animal. Así poco a poco nos fuimos entendiendo. Un día decidí, así como siempre he sido osado, me lancé y le dije:

—*¿Padre, le puedo hacer una pregunta?*

—*Claro hombre ¿de qué se trata?*

—*Es que tengo una noviecita a la que quiero mucho y me quisiera casar con ella.*

—*Y ¿qué le impide hacerlo mijo?*

—*Nada, su familia está de acuerdo, hicimos todos los preparativos. Pero ella todavía no cumple los quince años, le faltan unos meses.*

—*¿Cuándo piensan casarse?*

—*El 27 de abril después de la pascua.*

—*Tranquilo hombre, por eso no hay problema, ya se puede. Tráigala que aquí solucionamos todo y yo mismo los caso.*

Reitero, que Dios siempre está de mi lado, el único impedimento que teníamos para casarnos ya desaparecía. Pronto nos reunimos con el cura, mi suegra y Ricardo, como hermano mayor, en representación de su papá Ricardo Antonio, quien ya había fallecido. Ya listo el matrimonio en la fecha elegida.

De fiesta en fiesta nos pasamos una semana. Primero donde mis padres y después, donde Misia Clara, como las familias se conocían, sobraban los formalismos. También donde don Olegario, mi patrón. Nos festejaron el futuro casorio. Los hermanos de María la acompañaron muchos días antes, pues para ellos era un evento muy importante, se casaba la hermanita menor. Yo fui el primero de mi casa en tener una boda. Aunque éramos varios hijos, por circunstancias de la vida, no todos estarían presentes. Así, también mi familia preparó almuerzo para homenajearnos y compartir en familia. Mis hermanos, Leonidas, Fabiene y Senelia, eran los mayorcitos. Arsecio solía merodear por los alrededores.

Allá, frente al Altar, la esperé

Domingo de resurrección, fuimos con María a la última eucaristía, como solteros. Aún no habíamos tenido contacto alguno, pero, pronto viviríamos juntos y compartiríamos toda una vida. Pasé por la tienda, compartí con amigos, quienes me expresaron su simpatía y cariño para iniciar esta nueva etapa. Estaba despidiendo la soltería para dar paso a la responsabilidad como un hombre casado.

Al llegar a casa de la Viña, recostado en mi cama de soltero, donde las pestañas bregaban para no cerrarse. Me enfrentaba a otra de esas noches en que el insomnio era quien me asediaba. —*Tengo miedo*, me dije. *Adquiero la responsabilidad más grande que se puede tener; su terruño, esa quimera de ilusiones, donde lo que sobrevive es el amor.* Yo sabía lo que sentía por mi futura esposa. Sin embargo, me asaltaban las dudas; aquellas tinieblas que inevitablemente aparecen. Pero, en todo el tiempo de nuestro noviazgo, la había sentido resuelta. *Dios, ¡otra ayudita! y en sus manos entrego mi futuro. Confío plenamente.* Hablé con Él y simplemente confié.

Le entregué un poema que yo mismo escribí antes del sacramento, pues quería que ella supiera que realmente la amaba, y con toda la voluntad, entrega y devoción, iba a ser su esposo.

Al fin llegó el día. Lunes. Siete de la mañana. La esperaba con mi vestimenta gris, cuyo valor es la seriedad, madurez y responsabilidad. Combinaba ese atuendo con la camisa blanca de moda y una corbata de un sobrio floreado. Aunque estaba preparado para el momento, mis manos no controlaban el ligero movimiento que torpemente intentaba ocultar, al tocar las manos de mi madre. Junto con Milciades, mi padre la esperaba frente al altar. Cuando la vi, dar sus primeros pasos hacía mí, no pude evitar admirar su belleza. Estaba tan hermosa, lucía el traje azul claro, que iluminaba esa mágica mañana. Lucía finamente peinada y encima su larga mantilla oscura, que la exaltaba como lo que era; *La mujer más linda de toda la vereda.* Mientras ella se acercaba, logré notar que nuestros familiares, emanaban una expresión de felicidad. Estaban todos sus hermanos, Ramón, Baudilio; Noé y todos los demás; muchos ya casados, estaban con sus familias. Ricardo mi amigo, fue quien le correspondió entregarla. Mi abuela María de Jesús, Fabiene y Arsecio, quien aún era un niño. Con solo las familias, se llenaba ese recinto, pero llegaron también amigos y parientes de otros lados.



Matrimonio

mamá.

Yo había hablado con don Olegario; él me permitió adaptar un terreno, era una casa construida con guaduas, desde las paredes hasta el techo. Todo era muy bonito y estaba para estrenar. El agua salía de una fuente cristalina y pura, para luego llegar a las canoas, que iban a proveer el abastecimiento necesario. A petición de María, decidimos quedarnos unos días más, en la casa de mi suegra. Pero, jueves, en la tarde, acentuamos a la realidad. Ya casados, nos despedíamos de los espacios que antes nos habían brindado calor de hogar. Llegó la hora de desprender ese cordón umbilical, tan difícil de cortar.

—*Bueno hija, esta tarde nos vamos. Aliste sus cosas.* Ella no respondió nada, solo giró un poco. La tomé de su mano, despejé el cabello que cubría su rostro. Noté la humedad que emanaba de sus mejillas, como el rocío al amanecer a punto de brotar. A la vez su semblante rebeló pequeños movimientos. Sentí que un nudo en la garganta me impedía respirar, la abracé y en tono muy bajo le expliqué al oído.

—*Ole, tranquila, no hay nada que temer. Ya estamos casados y vamos a vivir juntos de ahora en adelante. Yo la protegeré.*

Sentí que el latido de su corazón se combinaba con el mío, a la vez pensé...—*Es tan niña, ¿Cómo no va sentir dolor, se está soltando del apego más grande? El de su madre*

Ya en la tarde, tomé su maleta, me adelanté un poco, para esperarla; a lo lejos vi cuando mi suegra Ana Clara, le dio su bendición y señaló donde yo estaba. Durante el trayecto me sentí impotente, avergonzado,

Al salir de la iglesia, la celebración continuó, esta vez eran más los invitados. Mi cuñado Noe, trajo el mejor cerdo, lo mataron y hubo alimento para todos. Pasamos el día, muy acompañados. A pesar de habernos casado, todavía la casa de la señora Clara, mi suegra, seguía llena de gente, por lo tanto, todavía no nos permitieron dormir juntos. Yo me tranquilicé, y pensé... *Habrà mucho tiempo para acompañarnos mutuamente.* Ella todavía se quedó al rincón de su

intimidado. De repente, ella suspendió el camino y ya su llanto y gemidos no se guardaron más. Sus lamentos parecían de desesperanza, de nostalgia y de sufrimiento. Yo solo me quedé a su lado, procuré respetar su espacio y no mencioné una palabra, mientras mi dolor se unía al de ella con sollozos más discretos. Esperé el tiempo que requirió. Apagué mi voz, tomé su mano y continuamos avanzando en la oscuridad. Ella quiso esquivarme un poco más, intentaba soltarse para secar sus lágrimas. Después de un largo silencio, adiviné en su mirada, que sin palabras me produjo la tranquilidad de seguir. Aceptaba nuestra unión y a mi lado iniciábamos el camino de la vida



Primeras viviendas

En esa casa, permanecemos un tiempo, pero como si hubiera heredado el destino de mi padre, debía buscar un oficio que me ofreciera un poco más de dinero para mantener un hogar. Como era de esperarse, María, pronto se embarazó, pero también se debilitó, y nos vimos en la necesidad de volver donde mi suegra. Mientras tanto, yo salía a trabajar. Las cosechas de café esperaban por mí, ya era un baquiano en esta labor. Con la experiencia que tenía, muchos agregados y patrones me daban los cafetales en compañía. Fui afortunado, para que me contrataran, pero era necesario irnos a vivir a las fincas. Como agregados, nos ofrecían la vivienda y de lo que producía la hacienda nos ayudábamos para comer.

En varias oportunidades noté, que mi esposa, no tenía idea de los quehaceres de la casa. Un día llegué de trabajar y le pedí la comida. Ella se asustó un poco y me dijo...

En varias oportunidades noté, que mi esposa, no tenía idea de los quehaceres de la casa. Un día llegué de trabajar y le pedí la comida. Ella se asustó un poco y me dijo...

—*Pero, Ole ¿usted no me dijo nada, tenía que hacer algo?*

En todo caso, noté que, la mamá, nunca le había enseñado nada de lo que hacen las mujeres casadas. Al principio, yo no le decía nada, pero los alimentos le quedaban a medio cocinar. Luego, la guíé y le enseñé algunas cosas que yo había aprendido desde niño. Hasta que a fuerza de su propia necesidad aprendió. Pronto llegamos donde don Toño Marín, allí había trabajo en una finca como administrador.

Por fortuna nunca fui un hombre celoso, además mi esposa era una verdadera dama. Un tal Libardo; que no era yo, decía quererla. Y ya casada conmigo, Ignacio Castrillón, aseguraba estar enamorado de mi mujer. Tuvo la desfachatez de ir a dedicarle canciones en la ventana; tal cual *Duelo del Mayoral*, poema del Indio Rómulo. Aún, sabiendo que yo estaba ahí, durmiendo con ella, no le importó. *Manojos de rosas fragantes había*. Gracias a Dios, ella nunca puso atención a nada, ni a nadie. Esa noche, se levantó, preguntó quién era. Yo me asomé, y con solo mirarlo le sentenció una planera, y a mi fiel esposa, solo le dije que había pasado el tal Ignacio Castrillón, *cantando su loca esperanza*. A los pocos días, como recitando los versos del poeta mencionado...

Como son las cosas, cuando son del alma.

Y un día... en el ancho cielo, la luna brillaba

De entre las palmeras, brotaba su canto

¡Cómo la quería!

¡Cómo le cantaba sus ansias de amores! Lo sentí con sus cantos

¡Y cómo vibraba con él su guitarra!

Lo esperé, junto a la cañada venía cantando su loca esperanza...

Y entre canto y canto,

Brotaba una lágrima

Lágrima de hombre, no crea otra cosa

Que los hombres lloran como las mujeres

Porque tienen débil, como ellas, el alma

Me sentía igual que el hombre de la gran poesía.

Y cuando la sangre se enrabia en las venas

Lo esperé junto a la cañada

Retumbaba el trueno, llovía

Y el río, igual que mis venas, bajaba

Al fin

También yo Lo vi entre las sombras,

En el cinto, colgaba el machete

Y bajo el brazo, su alegre guitarra

Nos encontramos

Llegó junto a mí, tranquilo, sereno



Foto: 2: Representación poema El duelo del Mayor. Indio Duarte

Me clavó en los ojos su fría mirada

Reconociendo la realidad

Nada era fácil, no faltaron las adversidades. El campo producía los alimentos básicos, pero, aunque yo trabajaba sin parar no se veían los centavos. Su embarazo la debilitó un poco y no comía, no sentía deseos de alimentarse. Por el contrario, todo le producía malestar.

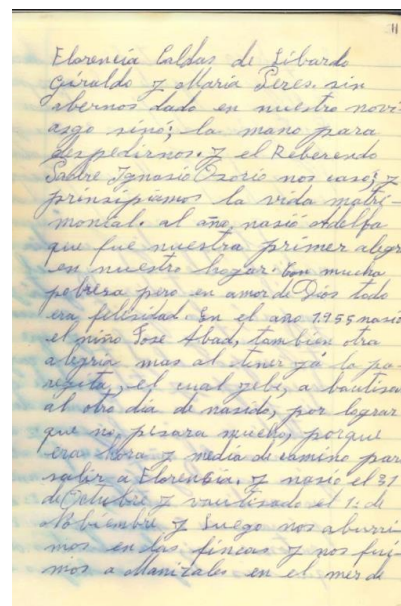
Cierto día, nos fuimos para donde mi suegra, en Montecristo, ella vio a mi esposa, en condiciones muy delicadas de salud, por lo que nos ofreció su casa para atender a su hija. La cuidó con dedicación y allí nació Adelfa, mi primer retoño. Yo anhelaba que fuera un hombre, pero llegó ella. Claro, que, con su gran energía, lo parecía. Pronto llegó él, José Abad, un niño a quien le heredaría mis valores, era silencioso, taciturno y pensativo; iba aflorando las primeras señales de una gran inteligencia.

Misia Clara, la cuidó en todo hasta dejarla fortalecida. Duramos más o menos tres años. Hasta que se presentó la primera oportunidad de irnos.

Llegamos donde don Toño Marín y como decía cuando di inicio a este relato, estaba destinado a recorrer fincas, aparentemente, tener mando sobre unos trabajadores, sacar alimentos que la tierra producía, ser un labriego en las cosechas de café y tener dinero de verdad para cubrir las necesidades. Pero vaya, si todo era una falacia. Por más que trabajara, nunca vimos ni abundancia de comida, ni mucho menos dinero.

Nosotros éramos los administradores de las fincas, en este caso ya estábamos en Río Hondo, donde don José Ospina, una finca cafetera. Habitábamos en una casa de paja que yo mismo construí. En octubre, durante la cosecha, llegaban recolectores de todos lados. Mi papá Aldemar, vivía en Florencia, era un verdadero artista para manejar el fique; hacía unos canastos adecuados para recoger los frutos multicolores recién desligados del árbol. Ahora después de tantos años, tuve la magnífica oportunidad de ver la novela de “Café con aroma de mujer” inevitablemente me trasladaba a esas mágicas tardes.

*Gaviota que ve a lo lejos, vuela muy alto
Gaviota que emprende vuelo, no se detiene
no te detengas triste gaviota, sigue tu canto,
sigue tu canto, tal vez mañana, cambie tu suerte.*



*Es su destino, que un mal amor
vista su alma, de negro duelo
ingrato amor, rompió sus alas*

Después de José Abad, nacieron otros dos niños Alirio, el de los rubios cabellos y mirada de manantial, con sus ojos claros. Francisco Javier, quien iluminaba las mañanas con su piel blanca como la nieve. A todos los quería con el alma, como el fruto del amor.

Los mayores eran dos alegrías juntas. Adelfa, mi pequeña traviesa, llevaba la parada y quería seguir las huellas de su padre. A medida que iba creciendo quería acompañarme por las plantaciones, las praderas y la recolección. Y José Abad, le secundaba los juegos, recorriendo los matorrales y disfrutando del ambiente.

Mi esposa tenía que encargarse de la alimentación de todos; los trabajadores, que generalmente eran tres o cuatro y los niños. Nos levantábamos acompañados de la mágica bebida; el tinto, brindando ese suave aroma por todo el espacio. Los muchachos, colaboraban para alivianar las cargas. Uno de ellos madrugaba a cortar la leña, el otro ayudaba a prender el fuego; como se debía moler el maíz para las arepas, un último se proponía a hacerlo y entregar masa directa para asarlas y comer. En la mesa improvisada de un tronco



Manos trabajadoras

y listón de madera, se servía el calentado; frijol con arepa, casi siempre plátano y yuca. Nunca faltaba la arepita paisa y café con leche. Para la hora del almuerzo, mandaban uno de los muchachos, que les sirvieran de gariteros para llevarlo de un lugar a otro.

Empezaba el ocaso, mi mujer acompañada de los niños divisaba el horizonte, esperando que a lo lejos apareciera el hombre que amaba. Al poco, en que yo ya estaba en la casa, salíamos a ver las estrellas brillar. Recordábamos bellas melodías que solía dedicarle. Entonces, me decía con su hermosa voz...

—*Ole, cantemos un rato...* Yo, acercaba mi rostro al suyo, contemplaba su mirada, admiraba su seriedad, demostrando inocencia. Siento que esa siempre era su forma de amar. Ese momento nos unía una sola expresión, un sentimiento... Yo entonaba la canción que alguna vez le dediqué...

*Aquellos ojitos verdes
con quien se anduvieran paseando...
Ojala que me recuerden
aunque sea de vez en cuando.*

Ella continuaba...

Dicen que cuando suspiran aquellos ojitos verdes

*que suspiran con la vida
porque todavía me quieres...*

Uníamos nuestras voces en un solo canto

*Ay ay ay aaaaayyyy
Donde estarán
Esos ojitos que me hicieron suspiraar
Ay ay ay aaaaayyyy*

*Donde andarán esos ojitos que no los puedo olvidar...
Vuela, vuela palomita pero si a mi vida vuelveees
A de ser con dos ojitos pero tienen que ser verdes
Cuando voy por esos campos y me...*

El clima cálido nos abrigaba, pero con frecuencia también caía la lluvia; a veces en la mañana o durante la tarde. El horizonte siempre azul, recreaba figuras mágicas al mirar al firmamento. Copos de algodón dibujaban formas celestiales. Una tarde, en que mi cuerpo me hablaba, pidiendo a gritos una pausa, busqué el refugio más apropiado para el receso. Sentado entre la hierba, logré ver miradas inocentes cubiertos por espumas gigantes. Sentí erizar mi piel quemada, cerré los ojos y con dificultad proseguí mi oficio. No pasaron dos horas, cuando recordé que el bebé Javiercito, como le decía, había presentado malestar la noche anterior. Una fiebre alta y dificultad para respirar. Estaba a punto de salir, cuando escuché el llamado fuerte de uno de los trabajadores. —¡Libaaaardoooo! Acudí a la mayor brevedad. Aunque intentó prevenirme o detener mi paso, yo avancé. Entré a la casa de paja donde mi familia sollozaba en silencio frente al bebé. María, me dijo...

—Mire ole, lo que le pasó al niño. Vomitó y después quedó así, pálido y desmayado como está. Lo tomé en mis brazos, sentí su piel fría como la noche, levanté mi rostro y le respondí a ella.

—Mija, el niño está muerto. Me aferré a su cuerpecito y lloré abrazando lo que quedaba de él. María, se sentó y abrazó a los pequeños como encerrando un solo dolor.

Pronto salí al pueblo. Como siempre, las malas noticias se dispersan con rapidez. Llegaron algunos vecinos. Mandé a hacer el cajoncito. Él permaneció en la casa el tiempo suficiente, hasta que, llegado el momento, me dirigí al cementerio acompañado de José Gloria Cardona y Juan José Orozco. Al llegar, me detuve un momento como despidiéndome de mi hijo y se lo entregué al Señor.

Cuando me casé, sentía que iba a superar todas las dificultades. Siempre he sido un hombre positivo, agradecido con las bendiciones recibidas. Pero, no imaginaba a lo que me enfrentaría. Esa pérdida sería el inicio de una corriente imparable de sufrimientos. Quizás, mi fe ciega en Dios, me impedía refutarle, pero a veces parecía que vivíamos en el pueblo del olvido. Donde carecían las esperanzas y no se aproximaba una claridad en el camino.

Manizales, Cenizas al viento



Manizales Antigua

Quería salir de ese lugar, como si un obstáculo me impidiera caminar. Mis niños enfermaban, mi mujer débil y cansada. —*¡Dios, siempre he sido obediente a sus mandatos!* Esto que está pasando, no era lo que esperaba. La muerte nos perseguía como un ave negra postrada a la espalda, y por más que lo intentara, no lograba alejarla. También se había muerto una niña y el dolor me abrumaba. Manizales, al parecer, era una buena oportunidad de salir de esta tierra de nadie. Jesús, hermano de María, estaba en el seminario; nos sugirió que allá estaríamos mejor. Las hermanas de María, Eva y Helena, nos posibilitaban la vivienda.

Ser un héroe de la patria era una ilusión guardada, por allá en algún rincón de mi alma. Un policía para contribuir a que hubiera un mejor país. Además, brindar una estabilidad a mi familia. Imaginaba, salir impecable a trabajar con mi uniforme; y tener un sueldo decente, por parte del gobierno. Mi cuñado Ramón, lo había logrado y yo sentía admiración por él. Además, el niño Juan Bautista, también hermano de María,

se preparaba para ser uniformado. Hasta ese momento, nada me impedía llegar a cumplir este sueño; era un hombre fuerte, responsable con mis funciones y honesto. Al llegar a la capital caldense, Octaviano, esposo de Elena, me llevó. Ya tenía la cédula, pues, tan pronto tuve la edad de veintiún años, saqué la verdadera.

Una mañana muy temprana, iniciamos la travesía. Exámenes médicos, fotos, revisión de documentación y el último paso; la estatura... ¡Suspense!... ya pronto me daban el resultado...! *rechazado!* No lo podía creer, esta ilusión fallida me volvía a golpear. Solo faltaron cinco centímetros para llegar a la meta.

Nada sucede por casualidad; esa era la voluntad del Señor, y yo la respetaba como lo más sagrado. Con resignación debía seguir. Tenía toda la disponibilidad para enfrentar lo que viniera y cubrir las necesidades de mi familia.

Habíamos traído, cuatro trapos, una maleta, que encerraba todo el pasado y una mochila de esperanzas. Cuatro niños, los tres grandes hasta Alirio y Blanca Isabel, la recién nacida, que aún recibía la leche materna. Al llegar con la noticia de que no iba a trabajar en la policía, salieron de la bolsa, como cenizas al viento, más de la mitad de esas esperanzas, quizás, la más grande, al pisar Manizales del alma.

Me hundía en mis pensamientos, mientras los niños con su alegría correteaban por cada rincón de la casa. Se acercaban, mostrando sus picardías; como Alirio, que hablaba a media lengua y los mayores, creaban historias, que, en el mundo de los niños, la fantasía es una bella realidad. Pero, a diferencia de ellos, yo sí estaba con los pies en la tierra. Me desesperé al ver que por ningún lado veía solución laboral. Tenía buenas recomendaciones, los documentos al día y la libreta militar. Aunque me rechazaron, sí me dieron ese documento



Cédula Libardo Giraldo



Libreta Militar

Inicié un trayecto desconocido, en busca de algo que hacer. Me sentía furioso, al verme caminar a ciegas, sufría de una melancolía en mi interior. Me guardaba mi enfado y lo tragaba en silencio. Cuando estaba con mis niños y ella, mi María, me mostraba noble, apacible y confiado en la voluntad de quien siempre fue mi guía. Yo sabía que Él nunca me iba a fallar. Hacía lo que fuera necesario, pues tenía que alimentar cinco bocas, casi seis; aunque nuestros familiares no nos

abandonaron y sin reparo nos cubrían todo, ya no me sentía capaz de seguir así. El hecho, era conseguir algo. En una de las salidas, como se dice coloquialmente, *la rusa* fue mi salvación. Muchos días, en medio de feroces vientos, donde la piel se cuarteaba, igual que se perdía el color de la ropa, envejeciéndose aún más de lo que ya estaba. Mes y medio, duró esta ocupación, al finalizar volví a quedarme desempleado.

Por azares del destino, vi un señor pasar. Al momento, me inspiró confianza en su mirada y transparencia en su actuar. Fue una de las casualidades más gratas. No dudé, después de un saludo, un tanto atrevido, le pregunté...

—*Buenos días, Señor.*

—*Buenos días.*

—*Oiga, hombre, ¿usted conocerá a alguien que necesite un trabajador? Aunque simuló la sorpresa, giró su cuerpo y cuando estaba frente a mí, proseguí, argumentando...*

—*Yo soy de Florencia Caldas: pero, estoy aquí con mi familia. Mire yo soy campesino. Tengo experiencia de agricultor, recolector de café, sé sembrar...* No me dejó terminar.

—*Tranquilo hombre, usted dio con el que era. Precisamente estaba buscando a alguien para trabajar en mi finca. Mucho gusto, mi nombre es Hugo Giraldo, camine conmigo.* Más alegría nos dio a los dos cuando nuestros apellidos coincidían.

Fue un desplazamiento ameno, charlamos hasta llegar a sus dominios. Mientras avanzábamos, me contó que era soltero, y que él solo se debía encargarse de *La Linda*, su predio. Tierra con producción de café. Las labores, eran similar a las que realizaba en Florencia. Debíamos sembrar y desenterrar la yuca, el plátano y variedad de productos. Me ofreció un buen contrato, también de administrador.

Ese mismo día empecé. Me ofrecieron desayuno y de ahí empecé a sacar la hierba a los árboles de café. Mientras me entregaron el canasto; ya los conocía y los había usado. No recuerdo muy bien, cómo le avisé a mi esposa, pero si debía quedarme por varios días.

Enero de 1960 y estuvimos 7 meses
 y tampoco me pude volver y nos
 habíamos a una finca de don
 José Espina duramos 2 años y
 después nos pasamos a otra
 finca de don Manuel Grillo
 en donde el niño José había de
 unos 7 años nos dejó una
 anegota, que digo un día si
 nadie desirle nada que el
 se iba a estudiar a Bogotá y
 empecó la ropita en un
 taliguito y se fue y me
 tomó ir por el y traerlo carga
 do con ropa y todo y desde ese
 día pensé en salirme a dar
 estudio a mis hijos y al
 comensar el año 1964 fue la
 gira asia Bogotá y como amigos
 no me dieron estudio, sino 2 de
 primaria en 5 meses aproveché
 entonses vi la necesidad de
 que mis hijos e hijas est

Allí, había que hacer todo el proceso del café. El tratamiento es diferente a como se hace en la actualidad, pues no teníamos el privilegio de la tecnología. En esta época, de tanto descanso, tuve la oportunidad de ver la novela de "Café con aroma de mujer" necesariamente me trasladó a la época de Manizales, cuando a las fincas llegaban los recolectores de varias partes del país. Esa mujer hermosa cantando...

*Gaviota que ve a lo lejos, vuela muy alto;
 Gaviota que emprende vuelo, no se detiene.
 No te detengas triste Gaviota, sigue tu canto,
 sigue tu canto, tal vez mañana, cambie tu suerte.*

Quizás nunca vimos un ave de aquellas, atravesar esos cielos, por las que cultivábamos, pero, las imágenes durante la transmisión, fueron tan maravillosas y similares a lo que viví en la hacienda de Hugo Giraldo. Pasado un tiempo, me enteré que una de esas haciendas, fue la que sirvió de escenario para la grabación de la serie. Sentí bienestar y orgullo de ser ese campesino y agricultor comprometido, que ofreció su granito de arena, haciendo parte, como trabajador, en el proceso de siembra y producción de este gran orgullo colombiano como lo es nuestro Café. Allí, sí hice todo el este proceso, como éramos varios los que estábamos contratados para recoger.

Pero, él notó mi habilidad y la de otro señor en esta labor; de quince que éramos, solo dos, casi doblábamos a los demás. Entonces, decidió pagarnos 2,50 centavos diarios, mientras que a ellos solo 200. Eso me motivaba a poner empeño en lo que hacía. Continuando con la secuencia para lograr una buena fruta, se llevaba a la despulpadora, se molía con la mano, con una manija ubicada al lado de esa pequeña máquina. Por un lado, salía la semilla y por el otro la cascara. Mientras tanto, a lo lejos en una vieja radiola, la voz de Los Panchos... *Moliendo Café*



Despulpadora antigua

*Quando la tarde languidece renacen las sombras
 Y en la quietud los cafetales vuelven a sentir
 El son tristón, canción de amor de la vieja molienda
 Que en el letargo de la noche parece decir*

Más adelante, se introduce en un recipiente, esperamos unos días que la pepa se fermente. Se extienden las pepas en un mecedor grande, hecho de palo y se procede a lo que llamamos blanquear, revolviendo hasta lograr que queden los granos niveos. Luego, se arroja a unas camillas grandes, cuadradas, elaboradas de madera, para el secado al aire libre. De ahí en adelante, debíamos estar pendiente de ir revolviendo, cada media hora.

Listo el café y seco; se procede a empacar en los costales. A las mulas se les acomodaba, un bulto en cada lado y ya era la hora de venderlo a las grandes empresas; compradores que venían de todas partes del país.

Una parte pequeña, se dejaba en la casa, para el consumo. Continuaba el tratamiento. En ese momento el producto apenas está en crudo. Al grano, le sale una cascarilla, y para sacarlo, se introducía en un pilón de madera, esto reemplazaba las grandes trilladoras. Debíamos dar golpes uniformes hasta sacar el salvado y con ayuda del viento se procede a soplar. Luego, en un sartén grande sin aceite, se pone al fuego de leña y se tuesta, hasta que quede negrito. Ahí, el aroma se expande por todas partes. Momento perfecto, para invitar a saborear la bebida más exquisita y alucinante. Tan pronto sale de la máquina de moler, el agua, espera ese último hervor, que nos permitirá disfrutar, de una bebida caliente y humeante. Tomamos una exquisita taza, del mejor café del mundo, El café Colombia.

*Una pena de amor, una tristeza
Lleva el zambo Manuel en su amargura
Pasa incansable la noche, moliendo café*

No sabía por qué a veces me sentía como el zambo Manuel, una amargura en el alma. Quizás porque no estaba cerca de mi familia. Me preguntaba —¿Cómo estarían los niños?—. Dos hombres y dos niñas. Quería ver a mi niño de amarillos rizos y sonrisa ingenua. El atardecer cubría cada el horizonte y —*Yo aquí encerrado*—

*Cuando la tarde languidece renacen las sombras
Y en la quietud los cafetales vuelven a sentir
El son tristón, canción de amor de la vieja molienda
Que en el letargo de la noche parece decir*

Hugo Giraldo, sabía que yo tenía mi familia cerca, por lo tanto, me ofrecía costalados de mercado.

— *Libardo, lleve todo lo que necesite. Ahí hay plátano y yuca. No tiene necesidad de pedir permiso. Puede llenar todo lo que quiera, para que valga la pena pagar el carro, que lo acerque a su casa.* Yo en medio de la vergüenza, le contestaba.

—*Qué pena hombre, le agradezco mucho.* Entonces empacaba todo, salía.

Cada ocho días iba a mi casa a llevar revuelto y la plata, que ganaba en la semana. En Manizales, poco se veía la alimentación como lo ofrece una finca. El trabajo aquí no era estable. Yo no veía un proyecto de vida en esa ciudad. Presentía que, con Hugo Giraldo, no iba a prosperar, además, tanto tiempo alejado de la casa, me hacía sentir incompleto. Además, en a cualquier momento, me quedaba sin nada.

Para evitar irme, hacía todo lo que me ofrecían. Lo importante era tener como proveer lo necesario a mi familia. Nunca en mi vida fui amante del fútbol, de hecho, cuando hoy en día hay partidos nacionales o internacionales, yo estoy ahí por acompañar a mis hijos, pero no es me guste. Sin embargo, hubo una época en que me ofrecieron vender refrescos. Se presentaban partidos en el estadio, *Fernando Londoño*; hoy *Palogrande*. Cuántos jóvenes no darían lo que fuera, por estar ahí acompañando, a su equipo “El cristal” hoy conocido como el *Once Caldas*. Pero, iba a vender paletas y conos. Éramos cinco trabajadores, sólo en los descansos del partido podíamos ofrecer nuestros ricos productos. Nos pagaban 50 centavos por la jornada.

No recuerdo si antes o después de estar en la finca *La Linda*, pero trabajé dos semanas aserrando con un señor Martín Chalarcá. Todas esas situaciones, me ponían intranquilo. Mi esposa cada vez estaba más débil, cuidando cuatro niños y si no tenía un trabajo estable, no podría ofrecerle eso a mi familia.

Aunque las dificultades no faltaban, siempre he confiado plenamente en Dios, y le entrego todo a Él. Creo que su misión es perfecta, y todo pasa gracias a su voluntad. A veces retomaba mis súplicas con más insistencia que otras. En este caso, y en medio de mis angustias, le pedí que me mostrara una luz. Quería sacar de esa fría ciudad a mi familia, creía que era una prueba, pero, estaba a punto de rendirme.



Mujer enferma

Apareció un Ángel, para salvar un poco esa situación. No recuerdo su nombre, sólo sé que necesitaba ir a Florencia.

Ese señor, tenía la intención de comparar terrenos allá, y necesitaba alguien conocedor de esas tierras. Fue así, como me salió el pasaje gratis, con la intención de llevarlo y mostrarle lo que conocía. Llegamos a éste corregimiento, que ya extrañaba. Nos despedimos, mientras el hizo su búsqueda, yo volví a pedir ayuda a don José Ospina, necesitaba dinero para traer mi mujer y mis hijos. Así fue, como el patrón nuevamente, me apoyó, me propuso estar en frente de todo, durante el tiempo que necesitara.

Había pasado aproximadamente un mes, en que no veía a mi familia, ya había conseguido lo de los pasajes y me disponía a volver. Me levanté muy temprano de ese sábado. La noche anterior había dejado todo listo para tomar la *escalera*; medio de transporte para salir de Florencia. Esperé ese transporte que me llevaría de vuelta donde mi mujer. Realmente, estaba ansioso por verlos. Un largo viaje hace que nuestros profundos pensamientos se instalan en la mente y empiecen a causar estragos, dejándonos intranquilos. Yo había

alcanzado a ahorrar un buen dinero, para viajar. Iba a decirle a María que ya podíamos devolvemos. No tenía buen augurio, seguir allá. Aquí había un espacio para todos, los cuatro niños y nosotros.



Escalera, medio de transporte entre pueblos

Ya me acercaba a mi destino, los latidos del corazón se aceleraban más y más. No sé por qué este palpitar en mi pecho era diferente al que se tiene de alegría o emoción. Me golpeaba hasta las tripas, sentía perder el aliento. Mientras llegaba decía. —*Oiga Libardo, deje la bobada, no ha pasado nada. Allí están todos bien, como usted los dejó.* De vuelta y entrar a la casa y ver a María, tendida en la cama, pálida y extenuada; me exalté. Caminé a su encuentro, me senté a un lado de la cama, esperando que todo estuviera bien. Antes de hablar con ella note que su rincón estaba vacío. Ella me

abrazó, como nunca antes lo había hecho. Corriendo, entraron los niños Abad y Adelfa, lanzándose a mi canto. Me disponía a preguntar, ¿cómo estaban? pero María, no podía vencer el llanto. Ahí sí, una tormenta helada congeló mi cuerpo; estupefacto, pregunté...

—*¿Cómo está Mija? ¿Qué pasó?* Tomó mi mano, se sentó. Recostada en mi regazo me contestó.

— *Ole, no hubo formas de comunicarme con usted, mandé unas cartas con cuanto vecino iba para Florencia. Intenté avisarle con la gente conocida, pero nadie dio con su paradero. Hasta mandé al cartero directamente a la finca El Jazmín, estaba segura que allá estaba, pero nada.*

—*Bueno, pero ¿avisarme qué? Ya estoy aquí. Y ¿los otros niños?* Quería pensar que estaban con sus hermanas. Alirio, la alegría de mi hogar, podría estar en el patio jugando. Mas demoré en preguntar, que ella en acelerar su respuesta. Su rostro se cubrió de lágrimas, que hasta le impedía ver con claridad y levantando el tono de voz, me dijo...

—*¿Los niños? ¿Acaso los ve a todos?* —*Santo Dios*—, dije para mí. Llevé mis manos a la cabeza, al estómago, al pecho. Los ojos se apresuraron a derramar, gotas de agua que salían sin control. Ahí todavía no sabía nada. Con voz más aguda, reafirmó, lo que no quería oír...

—*Pues Alirito, mijo. Le brotó el sarampión por dentro. A los tres niños, les dio el virus. Pero Adelfa y Abad, se aliviaron pronto. Y ¡Dios Santo!* Casi era un grito, continuó

—*¿No sé qué pasó con el niño? A lo mejor, el viento muy fuerte que entra por esta ventana.* Señaló la ventana de la habitación. Yo intentaba interrumpir su dialogo. Pero, fue imposible...

El niño se agravó, se avivó su fiebre, tosía y se quejaba sin parar. Hasta que ese jueves aterrador, antes del amanecer; su cuerpecito, fue perdiendo la vida desde los pies hasta la cabeza. Me santigüé...sin soltar a María de mi abrazo.

—Virgen Santísima, cómo así. ¡Mi niñoooo! No podía creerlo. Él siempre salía a mi encuentro. Saltaba de júbilo, al verme. Gritaba... —¡Llegó papá, llegó papá! Estaba impactado. Sentía que una oscuridad opacaba mis vistas, parecía que se me agotaban todas mis fuerzas. Ese dolor, quería partir mi pecho en mil pedazos, desgarrando mi alma. Deseaba expulsar esto que me afligía. Pero, un taco me detenía hasta respirar. Ligeros movimientos, aceleraron todo mi cuerpo y un frío me absorbió completamente. Como una nube negra se iba oscureciendo mi espacio, me iba desvaneciendo. Solo alcancé a pensar en la niña, cuando...

—Y la ni...antes de terminar la frase, Adelfa, se adelantó a la respuesta.

—La niña, también, papá

—¿Dios mío, también qué, Mija? Voltee a mirar.

—Pues, también se fue para el cielo. Desde allá nos estarán mirando. Ya María, se estaba recuperando un poco. En todo caso, me contaron que la niña, se enfermó, porque recibió ese hielo de su hermano muerto, a quien velaron en la misma pieza. Ella, se fue decayendo, su cuerpo se debilitaba, hasta que poco a poco, cobró fuerza, solo para tomar su último suspiro... el de la muerte.

Mi cuñado, Jesús María, fue quien acompañó a mi mujer, primero con Alirio y veinte días después, la niña yacía en el mismo cementerio, de Manizales, acompañando a su hermano. Un instante me encerré en el baño y lloré sin parar por la pérdida de mis pequeños.

Creo que un silencio nos invadió, esos últimos días, antes de volver. Estuve con mi esposa hasta verla recuperada. Mientras tanto, comentamos el día que nos volveríamos a Florencia, nuestro terruño. Juntos regresaríamos a respirar su aire, y quizás, habría una ilusión nueva.

Soy un pobre viajero que salió esta mañana. Cabizbajo y sombrío un consuelo a buscar... Al salir, me sentí con la misma nostalgia, con la que el autor canta esa canción, que acompañaba mi vida... Ese viajero sombrío, triste y sin esperanzas. Además, esta vez, el caminante no iba solo, éramos cuatro los peregrinos, resistentes y enfrentando todo lo venidero.

Florenxia. Nuestro nido

De vuelta a Florenxia, parecía que volvíamos a empezar de cero, don José Ospina, en río Hondo, por segunda o tercera vez nos brindó su hospitalidad en la finca. Nada había cambiado, la misma rutina, nosotros sí éramos diferentes, se unían dos tristezas más a nuestros corazones. Veía a mi esposa, delgada, empalidecida; su cabello iba formando, ondas gruesas que se expandían hasta sus hombros y esa mirada opacada, que se aunada a su silencioso lenguaje, especialmente conmigo. Yo padecía algo similar, como de nostalgia; pero nunca se lo manifesté. Por los niños que teníamos y los que vendrían, debíamos continuar. En su vientre se había sembrado otra semillita de vida. Continuaríamos en lo mismo, trabajar en las fincas y tener hijos. En general, no existía ninguna manera de evitarlos, porque todo obstáculo, que impedía su procreación, era considerado como un pecado, y tanto ella como yo, respetábamos su grandeza por encima de todo.



Fincas en Florenxia

En esta oportunidad, pude conseguir unas bestias y un potro. Mis hijos se encantaron con ese animalito. Adelfa, por ejemplo; lo consideraba suyo y disfrutaba al subirse a él, ya que era pequeño y dócil. Yo montaba la bestia grande, y paseábamos por varios lugares, a veces por trabajo y otras por diversión. Un día en que estábamos, en medio de la troza, los troncos y los filos; nos rodearon unos ruidos

de animal gigante. Nos despabilamos ante esa advertencia. Sigilosamente, seguimos los pasos que recorría la bestia. En completo silencio, nos ocultamos por entre la maleza hasta que logramos tenerla en la mira. Acompañado de don José Ospina, quien distrajo el animal, mientras yo con un solo disparo de escopeta, le di muerte a la cafucha, animal o marrano de monte, dejándolo tendido sobre la hierba. Esa caza fue un honor, que pocos acechadores pueden contar. Pesaba cuatro arrobas, duramos varios días, comiendo y usamos hasta el menudo para la rellena.

Hubo un tiempo, en que estábamos incomunicados entre Río Hondo y la quiebra del Caballo. Para ese entonces los niños, Adelfa y Abad ya estaban un poco más grandes. Empecé a confiar en mi ingenio y un poco de tenacidad, para hacer un puente; pues no había forma de pasar entre unas veredas. Probablemente,

alguien lo había intentado años atrás, pero no estaba funcionando. De la madera que había cortado, guardé una buena cantidad. Dispuse de un tiempo y durante una semana aproximadamente, me puse a la tarea de conectar esas dos cuerdas que había entre un árbol y el otro. Cuando hallé el momento, me dispuse a la gran tarea. Diariamente, muy temprano me iba a construir algo tan grande, como un lazo de comunicación entre territorios.

Colocaba una tabla, pegada a las cuerdas, juntica una de la otra; esa servía de soporte para la siguiente. Adelantaba, y poco a poco se iba extendiendo la realidad. Tenía que devolverme a tomar más listones, avanzando y ahí colocaba la otra. El paso se fue viendo al cabo de unos días. Allí permanecía todo el día, pero a la hora del almuerzo, llegaban mis más grandes ayudantes, José Abad



Puente

y

Adelfa; ellos colaboraban a pasar material de poco peso y se sentían los más fuertes, por el trabajo realizado. Eran los gariteros de alimentos y también del fresco y el “algo” mientras en casa, mi mujer cuidaba la recién nacida.

En uno de esos viajes, que siempre es largo, desde la finca hasta el puente, teníamos que atravesar una montaña. Seguramente los niños iban jugando y charlando. Después me contaron, que Adelfa se sintió mareada. De un momento a otro, suelta una carcajada, voltea donde su hermano...

—*Abad, Abad, jajajaja, Abaaaad. Estoy mareada, todo se está moviendo.* Intentó llegar hacia él. Antes de avanzar un poco más...

—*Oh, Dios. Adelfa. Todo me da vueltas, mire, mire, mire.* Señaló la sierra en movimiento, frente a ellos.

Cuando ya nos encontramos. Parecían aves desplumadas. Sus cabellos más húmedos que de costumbre, destilaban gotitas de agua, pasando de la frente hasta casi tocar sus ojos. Sus caritas, iban tomando un color, claro oscuro que se ensombrecía, pronunciando grandes ojeras. Pero, lo que más me sorprendió, fue ver al niño, que con ligeros movimientos, entre manos y pies intentaba decir algo...

—*Pa...pa...suspendió.*

La vibración de sus voces, se reñían para contar lo que había vivido minutos antes.

—*Pero qué pasó. ¿Entonces ustedes también vivieron lo mismo que yo?* había temblado la tierra y gracias a Dios, yo no estaba cerca de ese gran abismo, sino que me había retirado para esperar que llegaran los niños con el almuerzo.

—Papá, yo iba adelante, cuando sentí que todo se movía sin control. Respondió Adelfa, pero después de un rato, ya todo se calmó.

En todo caso, nos devolvimos para la casa, hablando sobre los peligros de ese movimiento sísmico. Los árboles se juntaban, produciendo un ruido ensordecedor. Caían hojas y troncos; parecía que la tierra se fuera a tragar los árboles y hasta las viviendas. Sentíamos ligeros movimientos en los pies. Al llegar a la casa, María, ya se había calmado del aspaviento. Generalmente, cuando había un niño en la casa, lo colgaban en un cajoncito armado con madera, amarrado con cuerdas para mecerlo de un lado a otro, mientras las mamás se ocupan de los oficios. Pues, cuando ella sintió los intensos movimientos, corrió donde la niña Blanca Isabel, a quien alcanzó a agarrar casi en el suelo. A los días, nos enteramos que, en esa turbulencia, la iglesia de Sonsón se agrietó, desvaneciéndose casi por completo. Hubo otros caseríos cercanos que se vieron afectados, pero en la familia, no había pasado nada, a pesar de que todos, sentimos su estruendo.



Puente finalizado

Finalmente, di por terminado ese puente. Muchos campesinos lo necesitaban, a mí me costó muchos días de sudor, calor y cansancio. Pero, ningún vecino cercano, se acomodió a colaborar, solito me vi enfrentando el puente que conectara ese abismo entre una vereda y otra; y claro que a todos nos iba a favorecer.

La finca colindaba con la de Los Criollos, también mamá se acercó para una finca contigua a la de nosotros. Mis hermanos, iban creciendo, vivían cerca de nosotros y eran unos verdaderos bromistas. Leonidas, siempre le encantaba asustar, pero a nosotros no nos daba miedo; pues ya los conocíamos. Generalmente, cuando María daba a luz; pues tenía que buscar alguna muchacha, para ayudar en la casa y en el cuidado de la dieta; en este caso, la joven se llamaba Asunción. Al caer la tarde y más tarde, la oscuridad, aparecían unos seres, con mantos oscuros como la noche, sus rostros renegridos y a los gritos y pronunciaban vocablos sin sentido. Esa pobre muchacha, salía toda trastornada lanzando alaridos, echando bocaradas de saliva y vociferando más que ellos. Ella decía que había visto el diablo, mientras mis locos hermanos gozaban a costa de la pobre Asunción. Entre ellos, estaba Arsecio, quien tendría por ahí dieciséis años, Mariano, un poco más niño y quien los guiaba, Leonidas. Había otros días, en que bajaban de la lomita, completamente disfrazados y a carcajadas; nosotros ya sabíamos y decíamos: *allá vienen esos fantasmas desocupados de mis hermanos*. Teníamos una vecina que se llamaba Helena, y Arsecio, se asomaba por una rendija; mientras ella, asaba las arepas. Él de este lado le decía...

—*Helena le dijo al mico, haceme una figurita y el mico con disimulo, le volteaba la colita.* Cuando la veía ya enrojecida del enojo, buscándolo, él salía con otro dicho:

—*Te quiero y te adoro y te llevo al inodoro.*

No tenía muchas oportunidades de estar con mis hermanos o mis padres; pues el trabajo y el hogar me lo impedían.

Una mañana, debía madrugar a cumplir con mis funciones, pero, amanecí con decaimiento, sentía indisposición, temperatura alta e incontrolable. Parecía que la cabeza me iba a explotar. María se alertó, buscó algunas hierbas. Yo no quería nada, tampoco mi cuerpo respondía, al intentar levantarme de la cama. El escalofrío aceleraba todo y temblaba sin parar. Perdí toda sensación y deseos de comer. Mi esposa también, intentaba darme calditos, para evitar una deshidratación. Mandó a uno de los trabajadores, que avisara a su tío, Eugenio Pérez, el médico del pueblo: con tan mala suerte que esa semana no estaba en el consultorio. El doctor de turno, solicitó que me llevaran de inmediato al pueblo, o podría ser fatal.

Nosotros sospechamos que eran papera, pues tenía algunos síntomas similares a los de algunos trabajadores. Como ellos se mejoraron, con remedios caseros. Hicimos caso omiso y también, me quedé en cama guardando reposo. Lo malo de tener esa enfermedad, es que los pacientes, no pueden recibir mucho viento, como tampoco hacer fuerza. Creía que me estaba mejorando, aunque en las noches, me dolían los huesos. Sin embargo, tan pronto logré un poco de estabilidad, me levanté. Lo primero que hice fue bañar mi rostro y todo mi cuerpo agua muy fría. Teníamos que trabajar, por lo que saqué guarapo de un trapiche. Como siempre he sido laborioso, sin dudarle, me enfrenté a ese animal de madera. Desafortunadamente las consecuencias fueron delicadas.

Horas más tarde, estaba totalmente débil, se me inflamó la garganta, no podía pasar alimento alguno, ni bebidas para calmar la sed. La saliva se volvió espesa, impidiéndome respirar. María se asustó mucho, llamó a Carlos Arcila, un trabajador. Por fortuna, siempre he mantenido buenas relaciones con las personas, eso fortalece, grandes lazos de amistad. Entonces, cuando menos nos dimos cuenta, había por ahí doce hombres, entre trabajadores y vecinos, colaborando para trasladarme al pueblo.

Yo sentía que me iba a morir. Una silla de fuerte madera, fue la camilla, ahí me sentaron y abrocharon unos brazaletes en la cabeza, lo mismo en los brazos para que no fuera a caer. Me alzaban, por turnos; así atravesamos un río, luego el puente colgante, que yo mismo había hecho, años atrás. Ellos avanzaban, yo quedaba de para atrás. Pasaron por ahí hora y media, luego subimos loma arriba, para llegar donde don Alfonso Arcila; él era un amigo que vivía ahí. Ese trayecto duró como dos horas. Casi me desvanecía, perdí el sentido varias veces. Luego, esperamos la escalera, que venía de Medellín, hasta que por fin estábamos en Florencia.

No había forma de hospitalización, pero me brindaron los primeros auxilios. Por supuesto, ahora sí debía cuidarme o perdería la vida. Estuve doce días en la casa de la señora Genoveva Granada y su esposo, Jesús María Osorio, abuelos de María. Ella me atendió, como levantando muertos. Al poco tiempo ya estaban, mi esposa y mis niños, a mi lado. Me tomé todos los antibióticos, pero, además, consiguieron aceite de higuerilla y unas hojas de anís, que me colocaban en la cabeza para bajar la fiebre y el dolor. Mi malestar, llegó a un estado de gravedad, tanto que afectó una parte importante, que solo nosotros los hombres tenemos. En algunos casos, quedan estériles, pero gracias a Dios, conmigo no fue así.

Después de esa finca, nos fuimos para donde los Criollos, como agricultor me defendía en los oficios que se requerían en la finca. En ese ir y venir, de finca en finca. Pasaron tres años y tanto que yo había luchado en contra la inestabilidad, con mis padres, ahora se repetía esa historia.

Como siempre, hablaba con el de arriba. Un día lo llamé. Me encontraba en una lomita, donde se veía todo el paisaje azul verdoso como si el cielo se uniera con el verde de las montañas, juntas demostraban su verdadera obra. Toda la creación unida en una sola vista. Yo tenía ese privilegio de disfrutar ese panorama, pero al mismo tiempo quería algo mejor. Ese era el momento para enfrentarlo decisión firme, le dije...

—*Maestro, usted sabe quién soy yo. Un hombre correcto que cumple con todos los mandamientos. De lo que hace que me conozco, jamás he faltado a una misa, los domingos, como tampoco, las fiestas importantes, que se hacen en su homenaje. Confío plenamente, y sé que nunca me fallará. También, he sentido su presencia, al cumplir mis sacramentos, hasta el matrimonio con la mujer que está a mi lado, velando por nuestros hijos. Mientras tanto mis manos se juntaron y mis ojos se cerraron lentamente. De rodillas y aprovechando la inmensa paz que estaba sintiendo, continué...*

—*Perdón, Padre Celestial. Nunca dudo de su bondad. Esa es la razón, por la que jamás he abandonado mis oraciones y mi inmensa Fe. Hoy, quiero pedirle una vez más que ilumine mi camino y me abra el paso hacia otros rumbos, si es necesario. Quiero que mi familia esté mejor. Gracias Divino Salvador. Me santigüé y bajé a la casa.*

Una tarde, recostados en la cama, maría reflexionaba...

—*Oiga Ole. ¿Si se ha dado cuenta que nosotros no tenemos nada?*

—*¿Cómo así?, ¿acaso no tenemos los niños? Ya había nacido otro niño.*

—*O ¿a qué se refiere mija?*

—*Si, como una tierrita, o una casa, ni siquiera enceres. De pronto esta cama en la que dormimos, pero nada más. Y ¿es que vamos a seguir así toda la vida?*

—Claro que no. Yo confío en que resulte algo para ver si salimos de este moridero, de esta pobreza tan absurda.



Izquierda a derecha: Javier Pérez, Jesús María P. Libardo, María. Niños: Adelfa y Abad

Ella se notaba molesta, cansada de ver que por más que trabajáramos, no se veía prosperidad de nada. Tampoco plata, solo se ganaba para echar a la olla. De esa charla, resultamos discutiendo, tanto que, de verdad, estaba sintiendo el miedo del abandono. Ella finalmente me dijo que, si esto no iba a mejorar, iba buscar otro rumbo, donde yo no estaba involucrado.

Foto: 3:

Nunca concebía la vida sin ella; una mujer hermosa, seria, fiel como ninguna al hogar, no iba a perderla. En ese momento recordé, aquel el duelo del Mayoral. María, cuando se enoja, puede llegar a ser bastante hiriente y muy orgullosa. Sencillamente, no podía estar así con ella. La finca donde estábamos la vendieron, yo tenía el poco trasteo arrumado y listo para viajar a Medellín. Ellos mismos me ofrecieron seguirlos en otras tierras, pero en el fondo, yo no quería seguir así.

El milagro, no tardó en cristalizarse. De la noche a la mañana, mi primo Otoniel, empezó a vivir su propio delirio. Su espejismo, lo encerraba en su mundo. Él y yo, nos habíamos entendido toda la vida, fuimos amigos y compartíamos aventuras, juegos de niños y locuras de jóvenes. La situación se fue complicando, cuando su capacidad de entendimiento falló, solo veía en mí, a esa persona cordial, sincera y solidaria. De

hecho, con su paranoia tuvieron que encerrarlo en la cárcel del pueblo, sin cometer delito alguno, esa era la mejor manera de protegerlo, tanto a él como a quienes lo rodeaban. A nadie le tenía confianza, tanto como a mí. Cuando le daban los alimentos, preparados por su mamá; los pateaba y así, duraba horas sin probar bocado. Hasta que yo llegaba; sólo de verme, obedecía, recibía todo lo que le ofrecía, sonreía y se sentía realmente cómodo.

Llegó el momento en que no había más que hacer, debíamos trasladarlo a Bogotá y entonces don Amando Osorio, tío de María, se ofreció para darnos posada en la casa de sus hijas Orfilia y Olivia; quienes vivían en San Vicente con sus familias, mientras hacía todo lo requerido, hasta instalar a mi primo en el sanatorio de Sibaté. En todo caso yo viajé a Bogotá con ellos dos. Durante el trayecto, mi primo estuvo tranquilo, aunque estaba viviendo la extrañez en su mente, conmigo se supo comportar, siendo un viaje tranquilo.



Arriba Libardo y María. pareja de izquierda Graciela Y Ramón. Olegario y Julia Granada- Mayores del frente Jesús M. Osorio y Genoveva Granada. Lado Izquierdo, segunda fila Adelfa y primer fila Abad.

La iluminada capital

Desde que tenía memoria, mis recuerdos, mi vida y mi mundo; estuvieron rodeados de reverdecido campo, arboledas, selvas, montes y frondosidades. Cuando tomamos la flota, iniciamos ese viaje, que nos alejaba lentamente de mi esencia de labriego. Sentado en la parte central del autobús, con mi primo al lado, intentaba distraerme un poco, porque dispusimos viajar de día. Mientras las llantas rodaban por distintas calzadas, regiones y carreteras, sosegaba sobre la convivencia con mi mujer. Recordaba, cuando quedamos



Bogotá

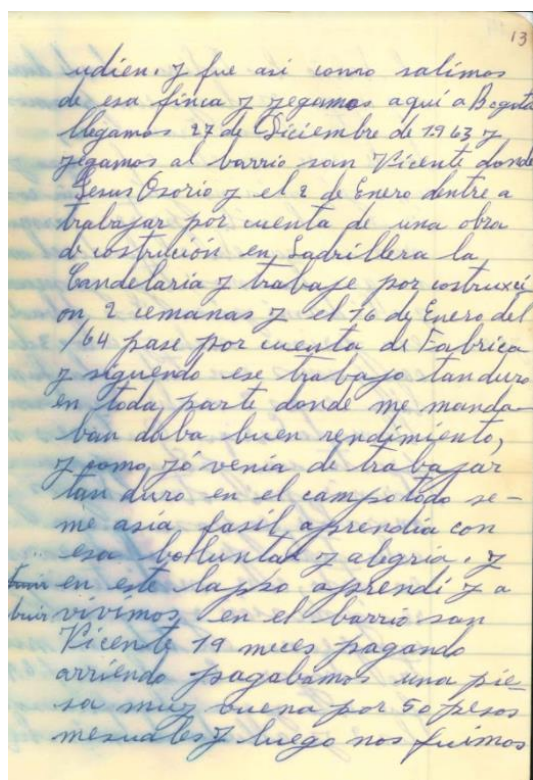
un poco enojados que ella me decía...

—Libardo, Yo como que no veo futuro en este pueblo. Mire que los niños ya están en edad de ir a la escuela. Abad, nos había hecho un llamado de atención, diciendo que en Bogotá se podía estudiar, y era allí donde deberíamos es-

tar. Además, hacía poco se había terminado el trabajo en la finca. Lo poco que teníamos estaba listo para irnos y cambiar de ciudad. Estaba dispuesto a recibir lo que fuera con tal de tener permanencia, así tuviera que irme a otro lugar. María, tenía razón en sentirse cansada con la insolencia con que vivíamos. Evitaba mi cercanía, su silencio me abrumaba. Prefería disimular su enojo, sus inquietudes, su mal genio, de esa manera. A veces, prefería tener una discusión, antes que tolerarla así. Yo presentía, que quería alejarse de mí. No concebía ese riesgo, debía hacer algo, pues, ella ha sido siempre el mejor regalo de Dios. Quizás, la distancia, nos favorecía para mejorar la relación.

Al entrar a la capital de Colombia, mis ojos se deslumbraban ante tanta variedad. Una verdadera ciudad. Para llegar al barrio San Vicente, era necesario, atravesar el centro. Logré ver los buses que iban a los barrios. Tenían letreros que conducían a cada sector. Y lo más sorprendente, era ver muchos de esos, en cada

calle. También la cantidad de gente esperando o aglomerados adentro del transporte. No se parecía nada a la escalera que pasaba en Florencia, dos días a la semana. Cuando ya nos bajamos de la flota, alcancé a imaginar la eventualidad de vida, un episodio de esperanza. Por prevención, en mi bolsillo tenía la libreta militar y mi cédula —*Y ¿si busco trabajo? Esta ciudad tan próspera, quizás, me abra las puertas, y pueda darles estudio a mis hijos, o vivir con dignidad.* Eran apenas pensamientos vagos, sin bases para consolidar, tampoco sembrar que sembrar. En últimas, sin fundamentos. A mis treinta y tres años, no conocía otro horizonte. Quedaba verdaderamente asombrado, con las casas hacía arriba, construcciones de varias plantas o altos edificios, muy iluminados. Mientras seguíamos transitando, la luz de la ventana me mostraba una perspectiva de calidez en medio del frío bogotano.



13
y dieno y fue así como salimos
de esa finca y llegamos aquí a Bogotá
llegamos 27 de Diciembre de 1963 y
llegamos al barrio san Vicente donde
Jesús Osorio y el 2 de Enero entré a
trabajar por cuenta de una obra
de construcción en Sadrillera la
Candelaria y trabaje por construcci
on 2 semanas y el 16 de Enero del
1964 pase por cuenta de Fabrica
y siguiendo ese trabajo andaba
en toda parte donde me manda
ban daba buen rendimiento,
y como yo venia de trabajar
tan duro en el campo todo se
me asia facil aprendia con
esa voluntad y alegria y
fui en este lapso aprendi y a
bien vivimos en el barrio san
Vicente 19 meses pagando
arriendo pagabamos una pila
sa muy buena por 50 pesos
mensuales y luego nos fuimos

El viernes veintisiete de diciembre de 1963, llegamos a casa de ellas, las primas, quienes hacía dos años vivían aquí, con sus familias. Generosamente nos atendieron. Nos brindaron un espacio donde descansar y un plato de comida para calmar el hambre. Como eran las festividades de fin de año, Otoniel logró descansar y pronto estaba dormido. Por mi parte seguía verdaderamente estupefacto con la electricidad. Traté de disimular mi curiosidad y asombro, pero no dejaba de detallar la luminosidad en cada espacio por donde nos trasladábamos. El sonido de las radiolas y las lucecitas en las ventanas de las casas, alegrando el advenimiento del niño Dios. Maravilloso, que hasta los postes esparcían sus rayos resplandecientes en cada rincón del barrio.

Esa noche, la aprovecharon los hombres para tomar unos tragos. Salieron a una cantina cerca de la casa. Allí estaba Jesús Osorio, el esposo de Olivia, con unos amigos y me invitaron a departir con ellos. También, estaba don Vicente Cano, quien trabajaba con Jesús, era paisa, de Medellín. Entre copas, entró a la conversación temas de la empresa, una ladrillera, donde cada uno tenía un roll. El uno, era jefe de personal y don Cano, director de máquinas. Se hacía más tarde y yo quería irme a descansar, pues el viaje había sido muy largo. Pero, antes de salir me preguntó mi gran amigo.

—*Hombre Libardo, ¿y usted cómo está de coloca?* De inmediato quedé *plop*, en seco, se me aceleró el corazón y respondí...

—*Pues, hermano, ya se terminó el contrato con don Manuel Criollo; vendió la finca y, pues, tengo a la familia en Florencia. Me están esperando para ir a Medellín, a ver si volvemos a trabajar en alguna finca. Como dice, a buscar como andariegos que somos.*

—¡Como así! Refutó —*Si en Medellín es menos confiable que aquí. De pronto, en la fábrica haya algo para usted. Como estamos finalizando el año, para los primeros van a recibir. Necesitan quince trabajadores para estrenar una máquina. Mañana mismo hablo con don Vicente Cano. No dudé en responder.*

—*Pues hermano, yo estoy dispuesto a hacerle a lo que sea. Le quedaría enteramente agradecido.*

— *Lo que pasa es que el trabajo allá es muy duro. Uno es metido en el polvo, entre hornos, quemándose día y noche. Yo no creo que eso le sirva, hombre Libardo. Eso sí, son muy cumplidos con el sueldo, pagan poco, pero afilian a la familia con las prestaciones sociales. Me emocioné. Entre mí, le dije a Él. —Dios, si ha de ser para bien, ayúdeme—*

— *Y ¿Si hay formas de entrar?*

—*Claro hombre, yo lo recomiendo mañana. Si lo logra, le dan todos los elementos para el trabajo; overoles, botas, cascos y hasta guantes.*

Ellos siguieron tomando y yo me fui a descansar. Pero, ¡nooo, que va! De claro en claro amanecí. Jesús Osorio, muy a las ocho de la mañana de ese brillante e iluminado sábado, entró. Él estaba haciendo una obra para la fábrica, porque era maestro en construcción y tenía treinta hombres a su cargo. Llegó con un joven para él para que me acompañara.



Transporte Bogotá

—*Bueno, váyase hermano, para Cristo Obrero, en el Quiroga, un centro médico; saque los exámenes de pulmón y sangre. ¿Tiene libreta militar?*

—*Sí, mírela aquí esta. Herencia de la ida a Manizales, por lo menos eso traje. Se la mostré.*

—*Y como no conoce Bogotá, le presento este amigo, él es uno de mis trabajadores. Señaló al joven que me acompañaría. Si todo sale bien, el primero de enero, le tengo el puesto listo.*

Finalmente fui muy emocionado, me hicieron todos los exámenes requeridos. Hubo una anécdota, al recibir los resultados, me entró un susto, porque decía todo negativo-negativo y yo le dije al muchacho.

—*¡Ay, no hermano, mire, yo no sirvo! ¿Será que salí malo? ¡Aquí dice todo, negativo-negativo! Ese hombre suelta la carcajada y me dice.*

—*No, lo que esta es bien. Eso quiere decir que no tiene nada. Es usted un hombre muy sano y listo para trabajar. También sonreí.*

Fuimos a llevar los documentos, me encontré con Jesús Osorio, quien me hizo un recorrido; pero antes debía pasar por médico general. Mientras caminaba hacia el médico, veía trabajadores por todos lados, empolvados, cargando ladrillo. Se veían alegres. Salían sudando de uno hornos. En fin, llegué donde el Señor Bernardo Londoño, jefe de personal me revisó todos los apeles; solo faltaba pasar por el médico general. Ya en el consultorio, el doctor notó aquella parte que solo tenemos los hombres. De dos que son, solo una funcionaba, me preguntó:

—Y ¿esto que fue hombre?

—Pues señor, es que hace un tiempo me enfermé de las paperas, estuve bien delicado, y ésta fue la consecuencia.

—Pero, ¿le duele? ¿Cree que le afecta en algo para el trabajo?

—No señor, para nada. Esa imperfección quedó ahí, pero no hace nada.

—Y ¿para los hijos venideros?

—No señor, de hecho, después de eso ya embaracé a mi mujer dos veces más. Recordé a mi niña, que murió estando en la finca. Otra almita que se murió muy pequeña.

—Tranquilo hermano, yo de todas formas lo iba a contratar. Todo lo que venga de Antioquia y Caldas, lo recibo a ojo cerrado. Un hombre campesino es la mejor adquisición en la ciudad. Ah bueno, entonces váyase para la casa y lo espero aquí el dos de enero a las siete en punto. Lo felicito, ya está vinculado a la **Ladrillera La Candelaria**. Estaba tan feliz, que no me fui. Mi amigo, me había ofrecido que le ayudarle en la obra, y ahí trabajé, unos días.

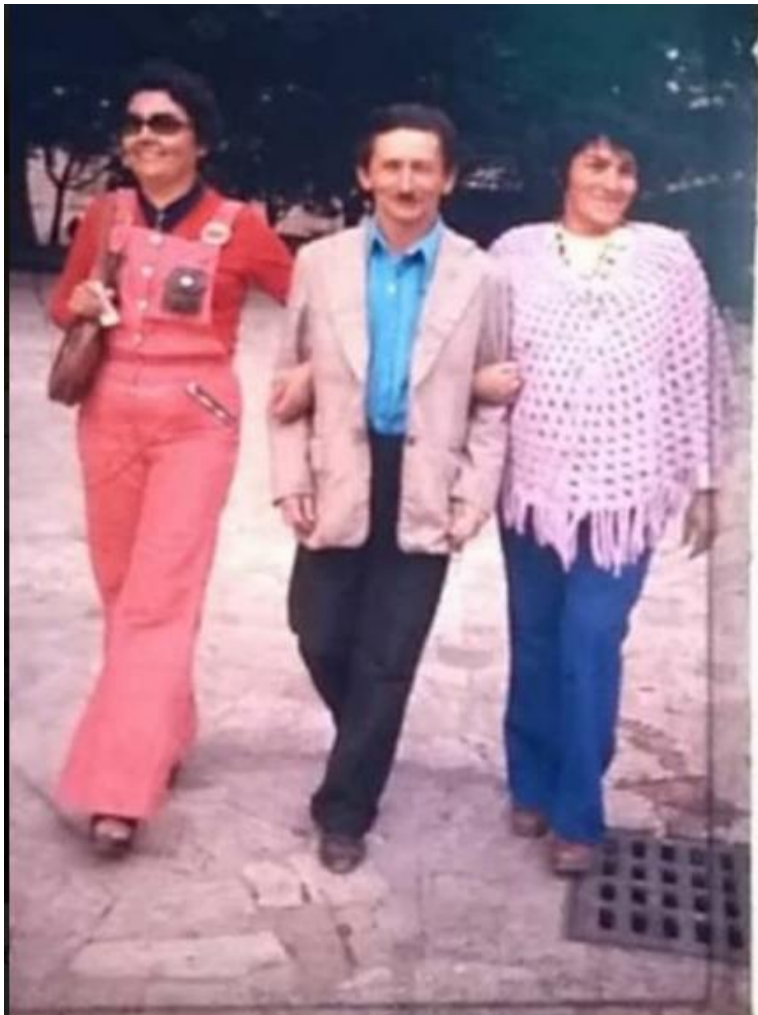
Mientras tanto, empezaron las festividades de fin de año, y como don Amando Osorio, tenía que regresar a Florencia, yo estaba con la ilusión de quedarme trabajando, aproveché y le mandé una carta a mi mujer, para pedirle que nos reconciliáramos, que estaba viendo una gran esperanza de vida en la Ciudad y tan pronto como pudiera iría por ella, o si ella quería venirse, que hiciera lo posible; aquí la esperaré. Al final de la carta le escribí unos versos, que recién casados los declamaba con mucho amor para ella. Alcancé a tener un poco de temor que se fuera y me dejara.

*Oh límpida corriente,
que fiel copiabas en tu linfa pura.
Los encantadores bucles de tu frente
y el contorno gentil de tu figura.*

*Serás un sol sobre mi helada cumbre,
serás para mi ardor fresco rocío.
Y alumbrarás mi vida con la lumbre
de tus ojos purísimos bien mío*

*Porque eres para mí como una rosa,
que en mi árido camino abre su broche,
Y apareciste en mi alma tenebrosa.
Como un beso de luna entre la noche.*

Con amor, Libardo.



Derecha Orfilia, Libardo y María

El domingo treinta de diciembre, cuando la ciudad vestía aun de navidad, la alegría del año nuevo, tocaba los corazones, todos en la pieza, charlando. Golpean, abren la puerta y veo a María entrar, acompañada por Javier, su hermanito menor que apenas tenía quince años y los tres niños. Me lancé a su encuentro, estaba tan feliz de verla. Ella solo me saludó con un beso y me dijo.

— *Ole, ayúdeme a entrar estos corotos.* Orfilia y Olivia, la abrazaron, la llenaron de cariño. La recibieron con tanto gusto y tanto amor, que, al ver esa linda actitud, me llené de regocijo. Entre las cosas que traía eran, dos cajas de cartón, con algunas mudas de ropa, una cama de hierro, sin tablas, diez atados de panela y el cansancio en los brazos de traer el niño alzado. El bebé Orlandito, tenía cuatro meses. Ellos nos acomodaron un cochón, para todos. Así estuvimos un

mes, luego ellos se fueron. Ya éramos nosotros los que pagábamos arriendo ahí.

Ladrillera la Candelaria



Ladrillera la Candelaria

El dos de enero de 1964, hacía parte del personal de la fábrica Ladrillera la Candelaria y el administrador general, don Hernán González. Como él era un estudiante, al tener su título ya se retiró, para recibir el cargo don Gustavo Sánchez. El trabajo, era realmente pesado. Pues tan pronto entré, me dotaron de todo. Unos overoles azules de dril, botas con suela gruesa de llanta y punta de hierro; eso sí, duraban mucho. El casco, para protegernos de cualquier accidente y los guantes; pero esos nunca los pedía, porque yo estaba acostumbrado

a trabajar la tierra, así con mis manos, que soportaban todo. Era un verdadero guerrero. El paso de la casa al trabajo era por medio de un potrero, donde cultivaban maíz, atravesado por el río Tunjuelito. Había una especie de puente, que, en realidad, eran dos troncos de eucalipto acostados. Por ahí, gastaba media hora de camino, para llegar

Al poco tiempo de haber entrado, nos propusieron trabajar horas extras, la secretaria de las oficinas del centro era la señora Aurita López de Orjuela y Anita Castro. Se habían caído unas cámaras; contiguas, especie de chozas, hechas con tolete; que es un adobe, rectangular pequeño. Allí, se cocinaba el ladrillo. Entonces era indispensable, levantar lo que se había derrumbado. A diario había que secar mucho bloque. El turno oficial era de seis a dos de la tarde. Pero en esas eventualidades, volvíamos a las seis de la tarde, salir a las dos de la mañana y estar nuevamente a las seis.

En esas circunstancias necesitaban más más personal, llegaban muchos. Más adelante, para que rindiéramos más; entrábamos a las cuatro de la madrugada y terminar turno las doce del día. Descansar, para volver nuevamente, a las seis de la tarde. En fin, fueron semanas así. Trabajar sin descansar, lo que me impidió por primera vez en la vida faltar a la misa de los domingos.

Foto: 4: Cámaras donde se quema el ladrillo

Santa

Cuando ya recibí mi primer sueldo, fueron \$ 14 pesos con \$20 centavos. Eso era para mí, dinero de verdad. Tan pronto entré a la empresa me vincularon al seguro, donde María llevó a Orlandito, claro, acompañada por alguna de sus primas. Desgraciadamente su pulmón ya estaba muy afectado y el frío de la ciudad lo agravó más. Murió al poco tiempo de haber llegado a Bogotá.

Así, transcurrieron casi dos años. Al quedarnos sin las primas en la pieza, la convivencia mejoró, y mis hijos grandes, fuertes y sublimes, eran la compañía más hermosa. La alegría de la casa. Sin embargo, ni María ni yo, estábamos acostumbrados a vivir con personas. En esa casa, también vivían otros inquilinos, que, aunque no hubo disgustos grandes, no lográbamos una armonía; especialmente, María. Estando allí, mi esposa tuvo un primer hijo bogotano; Jorge y como teníamos la seguridad social, iba a tener todos los cuidados. También colocamos a los niños mayores a estudiar, cerca de la casa. Aunque el barrio no era muy bonito, pues estaba sin pavimentar, si era seguro. Ellos se trasladaban solos a sus instituciones educativas correspondientes, porque era por separado; el colegio solo de hombres y el de las niñas.

Yo estaba viviendo tantas experiencias nuevas, que a pesar de que era muy fuerte lo que hacíamos. Yo vivía agradecido con Dios. No cualquiera se enfrenta a una labor de esas. Teníamos que ser saludables, vigorosos y pujantes. Un día, me tocó volar como 2.000 toletes. Decíamos así porque se lanzaban las piezas. En este caso, desde un primer nivel al segundo, de dos pisos, hasta acomodarlos en los hornos.

La empresa se caracterizaba porque sus obreros eran de muy buen humor, tan pronto como me asignaron mis tareas ya me encontraron un sobrenombre. Nadie se salvaba de sus burlas. Si alguien se oponía, era peor, porque todos, entre broma y broma, lograban disfrutar a costa de los demás. A mí, por ejemplo, al principio me colocaron, sepulturero, pues



Hornos

tenía una gorrita azul semejante a esos personajes. Llegué a la fábrica a las siete y a las ocho ya me decían por mi apodo. Después, cuando me tocó limpiar los hornos me decían *Marrano*, así quedé siempre. Eso sí, para cualquier labor que me asignaran, tenía la disponibilidad. Nunca me negaba hacer lo que fuera, me medía a la tarea que fuera.

Los primeros siete meses, yo hacía uno de los trabajos más delicados. Había una máquina para estrenar. Arrojava los bloques a gran velocidad. Teníamos que tener táctica, equilibrio y mucha concentración. Si uno metía la mano podía llegar a tener un grave accidente, pero, si no los cogía a tiempo se le acumulaban

y también podría ser muy grave. De ahí salían trescientos bloques a cada carro. Salían dos carros despachados a las enramadas para secarlos y los otros para los hornos. Todo era una cadena de secuencias. Ninguno se podía atrasar, porque se perdía toda la producción.

A los cuatro meses de estar ahí otra vez me dieron dotación. No faltaban con los overoles, cascos y botas.



Bloque

Yo nunca había visto la plata de verdad y tan juntica. Todos los viernes era el día de pago. Nos hacían un sobre, donde metían una hoja pequeña, como de cartón, donde explicaban paso a paso lo que me había ganado durante la semana. Ahí me incluían las horas extras. También colocaban los billetes y si de ser necesario, también monedas para no quedar debiendo nada. Yo realmente me sentía feliz, agradecido. Ahora que descubrí esta forma de trabajar, y ver lo que hacía en el campo a cambio de un poco de plata, que cuando llegaba,

ya la debía a los trabajadores. Y aquí, me daban primas, tampoco lo sabía.

Gracias a la Ladrillera la Candelaria, los niños recibían subsidio familiar, y un bono, en plata para los útiles escolares. A cada niño le correspondía una parte de dinero para estudiar, porque nunca pagamos pensión; siempre han estudiado en colegios públicos. Desde ese día, independiente de la jornada, la hora de tomar los alimentos se ha respetado como lo más importante de los derechos humanos. Al principio, yo intentaba llevar todo lo necesario, pero pronto les mostré el camino a mis caminantes. Si Adelfa y Abad, eran expertos en viajar por entre los caminos del campo, aquí sería más fácil, que me llevaran el desayuno y luego el almuerzo. Atravesaban la laguna por el puente, pero a veces se detenían mirando los movimientos del Río Tunjuelito, que, en esa época, era de aguas más cristalinas, donde se podía ver los pececitos disfrutar de su hábitat. Llegaban a la fábrica y empezaron a conocer los espacios encantadores, que para ellos era una aventura absolutamente novedosa. En su interior, grandes potreros, los cuales recorrían, buscando trozos de naturaleza. Sombrillitas; plantas que se llaman *diente de león*. Además, se demoraban, porque caminaban entre árboles, como los sauces, hasta perder la noción del tiempo, llegando tarde a la casa. Llegó el momento en que María, se enojó, advirtiéndoles que, si sus demoras continuaban, no los dejaría volver. Ellos muy asustados de que les quitaran su nueva diversión, prometieron ser más prudentes con los tiempos.

Hubo una anécdota que no dejo de recordar, pues ir a Misa era sagrado para mí. No podía faltar cada ocho días, los domingos. Eso sí, fue tan pronto cuando llegué que ubiqué la iglesia, donde asistir sin falta. Pero

un domingo, por estar trabajando me fui imposible, recibir la palabra de Dios y comulgar. No fue por olvido, fue por cumplir con mis deberes como empleado. Tan pronto como pude, fui donde el sacerdote, me confesé por el pecado de faltar a la Sagrada Eucaristía. Cuando yo le estaba hablando al sacerdote, creo que él sonrió y me dijo...

—*Mi hijito, ¿usted viene del campo? Agradado con lo que le confesaba y me explicó*

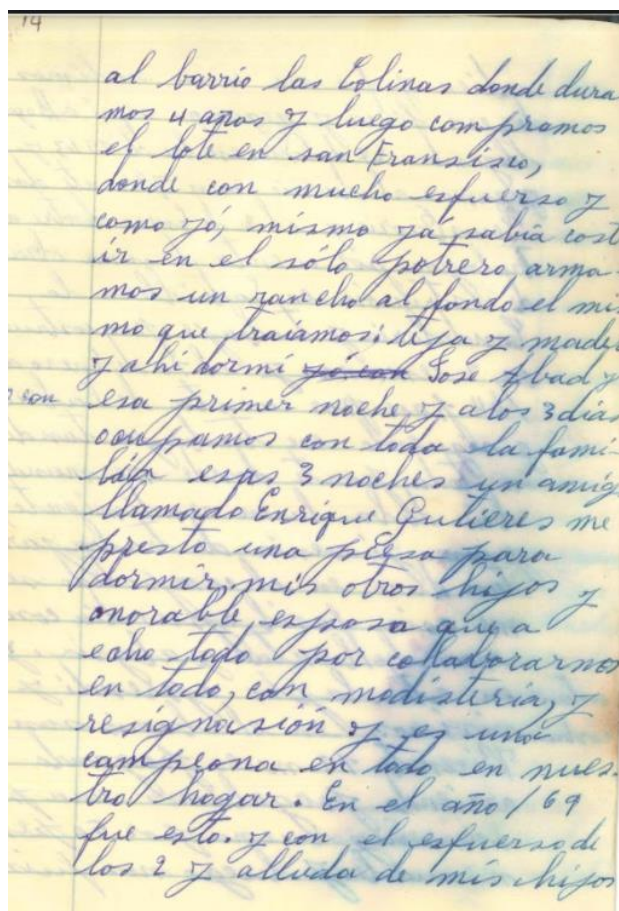
—*No es pecado hombre. Puede estar tranquilo, lo que sí debe hacer es reemplazarla por un día de la semana. O si quiere estar más tranquilo, pregunte en esa empresa. Ellos tienen el permiso de la curia, donde están autorizados a trabajar sin ser pecado. Con ese documento, usted puede estar tranquilo.*

Luego de las palabras del cura, quedé absolutamente sereno. Efectivamente busqué a la persona que me informara sobre ese papel, o de lo contrario debía pedir el domingo. Claro, que era muy escaso que le ocuparan ese día. Me dieron a conocer el papel y bueno, seguí.

Algo que nos favorecía en el campo, es que no compartíamos la vida con nadie, esa fue la primera dificultad al llegar a Bogotá. María me decía.

—*Ole, Que bueno una casita para nosotros solitos. Un lugar donde no tengamos que compartir nada.* Es que en la casa donde vivíamos, había unos jóvenes en edad de crecimiento y al estar allí; así, como por arte de magia, se desaparecían nuestros alimentos de las ollas. Además, cuando se paga arriendo, no ve dinero; es como echar por un hueco lo que se trabaja y se gana con tanto esfuerzo. La fábrica, era una empresa sólida. Sin embargo, el dinero no alcanzaba, y más, cuando hay tantos niños. No sé qué pasaba, pero nosotros dos, no teníamos ni fuerza de voluntad, o conocimiento, frente a la planificación. Y era pecado; como lo sabíamos de generación en generación. Nunca contemplamos parar, cuantos embarazos llegaran, así los recibíamos. En todo caso, me quedó sonando la idea, de comprar, así fuera un lote y construirlo. En el barrio las Colinas, vendían unos lotes, en 150 pesos.

Un rancho suspendido en las alturas



14
al barrio las Colinas donde dura
mos 4 años y luego compramos
el lote en San Francisco,
donde con mucho esfuerzo y
como yo mismo ya sabía costar
ir en el solo pobre, arma-
mos un rancho al fondo el mi-
mo que traíamos siija y madre
y ahí dormí yo con José y
esa primer noche y a los 3 días
compamos con toda la fami-
lia esas 3 noches un amigo
llamado Enrique Gutiérrez me
prestó una cama para
dormir, mis otros hijos y
onorable esposa que a
ese todo por colaborar nos
en todo, con mediastria y
resignación y es un
campeona en todo en nues-
tro hogar. En el año 1969
fue esto y con el esfuerzo de
los 2 y ayuda de mis hijos

Subiendo, escalón por escalón, llegamos al barrio de las alturas, ese que cuando uno mira para arriba, se le hace eterna la llegada. Parecía que fuéramos camino al cielo, como alcanzando las estrellas. Al comprar el lote, lo entregaron con un ranchito ya hecho. Estaba construido con guadua, esterilla por lado y lado, forrado de cartón negro o tela asfáltica. El techo, era de eternit. A los pocos días mandé a hacer la letrina, porque ni eso había, en esa casa hecha de ilusión. Ahora que estoy disfrutando de mi vejez, relatando mi historia y Rubinel, quien admira tanto a Facundo Cabral, escucha esa canción, *Entre pobres*, inevitablemente me traslado a esa época, donde de verdad éramos así...

*Entre pobres yo nací
Entre pobres me crié,*

*Entre pobres voy viviendo,
Y entre pobres moriré,*

Parecía que nos abrigábamos, del frío de la colina, pero no era así. Eran tan fuertes los vientos, soplos que nos zumbaban los oídos, Yo solo pensaba que a cualquier momento quedábamos en la calle, con esas fuertes corrientes. Cuando llegábamos a la civilización, el barrio Quiroga, el aire disminuía. Hubo amigos con los que logramos entablar fuertes amistades, como doña Magola, su esposo Héctor. Así, todos nos colaborábamos.

De San Vicente, traíamos a los dos hijos mayores y el nuevo miembro Jorge Iván. María los colocó en una escuela que había cerca de la casa, para que estuvieran seguros. El niño, además de ser el primer bogotano, fue el primero que se benefició de los seguros y nació en la clínica San Pedro Claver. Era de cuerpo delgado y crecía siendo un poco travieso. Más adelante, se convertiría en mi segunda mano derecha y fiel admirador de su padre; y el amor de María. Ya en las Colinas, nació la luz de mis ojos, una niña, entre dos hombres;

Clara Elisa; desde muy niña la adoraba, la consentía. Siempre de rostro serio, su tez blanca y cabellos negros, combinaba perfecta la herencia de María y yo; siempre con una belleza singular. La llamé la Ñaña de Papá. Cada que pronunciaba esa palabra, ella, se lanzaba a mis brazos; sabía que esa era mi manera de decirle que la amaba.



Barrio Las Colinas

Dos años más tarde, mi niño Rubinel; me robaba el rincón de la cama; mi último hombre, porque los demás partos fueron mujeres. Sus cabellos rizos multicolores, asentados en rubios, armonizaban su gentileza, amabilidad y carisma. Él era el que secundaba mi vida; siempre estaba pendiente de lo que yo hacía, le asombraba todo, para él, yo fui un héroe, lo que me hacía sentir orgulloso de quien era y de mi profesión. Eso sí, desde pequeño era un estratega, para manipularme. En la casa le acolitábamos muchas cosas por ser el niño.

Se quedó el Nené. Claro, que, si tenía que reprenderlo, lo hacía con toda la convicción de padre, aunque se me arrugara el corazón. Y Sofía, la más alegre, simpática y generosa. Era aquella, que siempre tenía una sonrisa en los labios y una mirada transparente. La niña, era muy delgadita, pero a la vez, se movía como una hormiguita por toda la casa. Continuando con música, la que me recordaba en qué condiciones vivía.

*Yo vengo de la pobreza de donde la vida es dura
De un ranchito sin pintura, donde existe la humildad
Siempre recuerdo a mamá con un rosario en la mano
Rezando por mis hermanos a la Chiquinquirá*

En la casa, no solo se escuchaba la canción... *Las casas de cartón*, sino que también recordaba aquellos versos de otro ritmo, donde también se reflejaba, esa pobreza que traía del campo y que al llegar a las Colinas, nos perseguía, como un fantasma pegado a nuestra espalda. A veces, me sentía orgulloso, porque yo hacía lo que era correcto; trabajar honradamente y velar porque mi familia estuviera bien; pero a la vez me agobiaba lo que muchas veces se me salía de las manos.

Al tiempo de estar trabajando en la Candelaria, llegó un gran amigo, Julio Ospina, quien venía de Marquetalia. Me preguntó si podía ayudarlo a entrar a la empresa. Yo hice todo lo posible; hablé con don Jaime, el administrador. Por ser paisa las posibilidades se ampliaban. Solo tenía que ir a hacerse los exámenes, como

todos los posibles trabajadores. Cuando entregaron los resultados, desafortunadamente le salió una renuncia; así se le llamaba cuando tenía algún problema de salud, y como el trabajo era tan duro, podía ser peligroso.

Siempre he sido incondicional con mis amigos; suelo ponerme en el lugar de los ellos; sabiendo por todo lo que yo había pasado en el campo. Entonces, si alguien necesitaba de mí, hacía lo que estuviera a mi alcance para colaborar. En la medida de lo posible, intento ayudar a quien lo necesita. El jefe de personal, don Jaime, se negó a recibirlo. Recuerdo que duré tres meses tratando de concientizarlo, explicando sus fortalezas, como buen campesino que era. Hasta que, en un momento, iba pasando por el frente de su oficina, me llamó y nombró a mi amigo. Diciendo que ya le había asignado un trabajo. Para empezar de inmediato. Salté de alegría. Al siguiente día, lo llevé y desde ahí empezó a trabajar; eso sí, él que se deja ver de los compañeros, y ya le tenían su apodo; *El tomate*, pues su nariz era un poco ensanchada y colorada. Nos volvimos compañeros de trabajo, amigos cercanos y hasta contiguos con las familias. Pues al comprar el lote allá a lo alto, él también lo hizo y quedamos vecinos, divididos tan solo de una pared.

No teníamos servicios públicos, la luz la traíamos de los postes. Había muchos peligros, para colocarla y que llegara a todas las casas. Algún señor que trabajara como eléctrico, se prestaba para hacer la conexión, le pagábamos algo de dinero y listo, iluminábamos la casa y además, nos salía gratis.



Agua para subsistir, no había acueducto

El agua, líquido vital. Mientras el campo era bañado por ríos, con nacientes de corrientes cristalinas. Los alcores se cubrían por un tapete interminable de frondosa hierba y un rocío que, al amanecer, embellecía la claridad de las mañanas o cubría, los atardeceres. Acá en la ciudad, en el gran orbe, la, tan admirada metrópoli; que disque, el creciente el progreso. Aquí, el viento reseco que, con su brisa, lesionaba todos los rostros, al enfrentarse con el monstruoso frío; es-

caseaba, lo más vital para la vida.

Pero y ¿el agua, ¿dónde estaba? A lo lejos, la lucha era por poseerla, se volvía toda una travesía. Una pila, que debía alcanzar para todos los habitantes del barrio, y no podía faltar en la casa. Son muchas las familias que la necesitaban. En todo caso, era mi responsabilidad, hacer que nunca faltara. Como entrábamos, a las seis de la mañana. Desde las cuatro, nos levantábamos y estábamos, con Julio Ospina, frente a la única fuente que había. A esa hora no había fila. Nos provisionábamos de una buena cantidad. Dos viajes, eran

suficientes, para abastecer durante el día. Llenábamos dos unos porrones, que acomodábamos, cada uno en su carretilla. Eran dos viajes diarios para el gasto diario.

Ya de ahí, bajábamos a la civilización. En el barrio Quiroga, esperábamos el bus blanco, *La Estrada*; era una ruta que nos acercaba al barrio San Francisco, de ahí caminábamos hasta llegar, faltando cinco o diez minutos. Pero pocas veces teníamos esa suerte de tomar el transporte, cuando se pasaba de las cinco y diez, de la mañana, ya sabíamos que no llegaría. No había otra forma de ir a trabajar. Las botas empezaban su faena más temprano. Caminábamos por San Vicente, atravesábamos el río Tunjuelito, cruzando por el puente pequeño de madera y con gotas chorreantes de sudor, mojando la espalda, estábamos timbrando tarjeta, antes de las seis. Eran unas maquinitas, que controlaban la llegada de los trabajadores a la hora de su entrada; se usaba en todas las empresas. Ahora, tengo el orgullo de decir que nunca en la vida llegué tarde.

Con el tiempo, tuvimos la fortuna, de que don José Moncada, quien conducía una volqueta, para transportar ladrillo de la empresa, hacía el mismo recorrido, porque venía del barrio, *El Prado*, nos recogía y nos dejaba en nuestro puesto de trabajo bien temprano.

La vida en la empresa, poco a poco se fue convirtiendo, en nuestro segundo hogar; todos parecíamos como hermanos. Para disipar el cansancio, solíamos hacer chistes, tomar todo en broma; obvio, unos más que otros y los viernes, ya con platica en los bolsillos, algunos iban a las cantinas a tomar cerveza. Por fortuna, no fui uno de esos, pues primero mis obligaciones.

Los patrones notaron en mí, la diligencia con que hacía mis labores. Si me decían, —*Vaya Libardo, trabaje aquella máquina, o ésta otra*, yo iba sin mencionar incomodidad o enojo; de hecho, no lo sentía. También, retribuido al recibir cada viernes mi sueldo; aunque, era poco, tenía la ventaja de que siempre tenía algo fijo. Creo que fui muy responsable, pues nunca llegué tarde, cumplía con todos los compromisos que me eran asignados. Por ejemplo, cuando me sugerían limpiar las cámaras. Ahí se quemaba el ladrillo a puro calor.

La fábrica, tenía perfecta organización en la distribución de labores. El proceso desde que está en crudo, hasta estar listo para la venta. De las máquinas salía el bloque apenas armado en greda. Luego, eran trasladados en unos carros de hierro, diseñados para este tipo de compartimentos. Durante el trayecto, mis compañeros cantaban, increpaban y aprovechaban, para hacer burlas con sus compañeros; pues además se subían a las carretas, montando, tanto de ida como de vuelta. Llegaban al horno; ahí los recibía una cadena humana. Unos pasaban desde afuera, otros recibían más adentro; finalmente llegaban a la persona, que los organizaba y los dejaban listos, para el cocinado o quemado.

Desde arriba, había una especie de terraza inmensa, donde asentaban todas las tapas de hierro. El oficio de quemador, lo asumía un experto, quien debía medir exactamente los tiempos y las cantidades de ese producto combustible y echarlo al horno desde arriba por medio de las válvulas. No a cualquiera, le encargaban esta función, porque se corría el riesgo de perder la producción de miles de bloques.



Finalmente, se debía sacar el ladrillo de las cámaras. Mientras en el horno está en proceso de cocción, puede alcanzar a una temperatura de 950° a 1050°C. Después, cuando el material está perfectamente cocinado, se destapaban, rompiendo paredes; esperaban que bajara el calor a 350°C, aproximadamente. Luego, entraban otros trabajadores; generalmente, los más jóvenes, quienes usaban los guantes más gruesos, para evitar quemaduras de alto grado. En secuencia de hombres, se sacaba el ladrillo, hasta encarrar el bloque y luego subirlo a las volquetas. Entonces el *Marrano*, que era yo, iba detrás de los que sacaban todo el producto. Tenía que recoger aquellos pedazos que se partían, echarlos a las carretillas, cuyas manijas se recalentaban, ahí debíamos tener mayor cuidado. Muchas veces, veíamos salir fuego puro de las paredes. De ahí, lo llevaba al lugar donde Cámaras u hornos arrojar ese chiquero y volver a la misma secuencia.

La fábrica era la más productiva del Sur de Bogotá. Salían aproximadamente 400.000, al mes, entre bloque y tolete, para surtir gran parte de los depósitos de Bogotá.

Una tarde, llegando a la casa, me sorprende un vecino. Con un tono alterado me dijo que fuera a la estación, pues tenían a mi hijo José Abad, quien iba estando más grandecito y lo tenían detenido en la estación de policía. Yo me alarmé, salí a ver qué era lo que había pasado. Al llegar, lo vi que sentadito y encogido, temiendo lo peor, al lado de la autoridad. Avergonzado, sin parar de llorar. El agente, al verme, se levantó y me dijo:

—¿Usted es el papá de este niño?

—Sí señor, soy yo. ¿Por qué lo tienen aquí?

—Pues él, le lanzó una pedrada a un compañero de la escuela, le rompió la cabeza. Toco llevarlo a la droguería. Pero, está bien, ya le controlaron la sangre. Puede llevárselo y lo mejor es corregirlo.

Tomé al niño, quien sollozaba y rumbo a la casa, me quiso explicar...

—Papá, es que esos muchachos son más grandes que yo, y me empezaron a molestar y decirme cosas. Pues cogí una piedra y se la tiré. Me asusté cuando le salió sangre y pues, ahí llegó la policía.

En todo caso, hable con él sin lastimarlo. Le enseñé que las personas cuando responden con agresiones físicas recibían lo mismo. Le hice prometer que nunca más lo iba a volverlo a hacer.

Estando viviendo en el rancho del aire, María, quiso colaborar en la economía de la casa. Ella desde muy joven, tenía nociones de modistería; entonces hizo sus primeros cursos en la escuela Oskus, con la convicción de empezar en algún momento a trabajar, en ese bello oficio.

Desde que empecé a vivir en las Colinas, tuve el convencimiento de que era solo una temporada; mientras se daba la oportunidad de comprar un terreno propio. Miraba la posibilidad de buscar otro lugar, para construir mi vida. A diario, tenía que pasar por San Francisco, que hasta ahora, era solo un inmenso potrero. Con el paso del tiempo, lo iban urbanizando y estaban vendiendo lotes. Anhelaba estar cerca de la empresa, pues por seguridad económica, no pretendí buscar otra alternativa laboral; sin embargo, de las Colinas al trabajo, me quedaba muy lejos.

Dentro de mis planes, no estaba comprar una casa construida, pues, no había tanto dinero. Con un lote, hasta podría ir cimentándolo poco a poco. Por estar vinculado a una empresa de ladrillo, quizás sería más fácil adquirir ese material, para la edificación. A nosotros nos vendían más económico. Por ser una familia numerosa, debíamos buscar un lugar amplio, con bastantes cuartos y patios para que jugaran los niños.

Un día, mi amigo Rafael Moncada me dijo que estaban vendiendo un lote, allá en ese barrio, por donde yo tenía que pasar todos los días. Valía \$ 5.700 pesos y quien lo ofrecía, debía unos intereses. No lo dudé, le pregunté, el momento en que podía ir a verlo, y esa misma tarde nos fuimos. Desde que lo vi, me encantó. Antes de decidirme, me fijé que estuviera altico el terreno, porque cuando hay hueco, puede peligrar por las inundaciones. Además, era un lote de siete de frente, por veinte de fondo. Le consulté a mi esposa; coincidimos en todo, también, ella había escuchado que estaban ofreciendo terrenos en ese sector. Al otro



día, di mi palabra, pagué los \$200 pesos, que se debían de intereses. En la empresa, tan pronto empezábamos a trabajar, nos inscribíamos a un fondo, ahorrábamos una pequeña cantidad, que nos descontaban de la nómina. En todo caso, solicité cinco mil pesos, con el fondo. Los otros setecientos, los pagamos del subsidio familiar, que nos daban por cada hijo y ya eran seis. Quince días después ya tenía escrituras de la que más tarde sería mi casa.

Un sueño: Estabilidad de vida

Con alegría, llegué a mi rancho. Cantaba mis canciones favoritas, la vida iba a cambiar. Vislumbraba la esperanza de ver crecer a mis hijos, en un lugar propio. Claro, había que empezar otra vez y colocar las primeras bases. El Barrio San Francisco, se iba poblando poco a poco; se proyectaba la prosperidad. Pronto colocarían la electricidad y hasta el alcantarillado.

Al principio, fue toda una odisea. Don José Jesús, mi amigo y el maestro en construcción, fue quien me ayudó a medir el terreno. Le trazó, por donde debían ir las bases; yo había aprendido bastante del tema, gracias a él. Así, empezamos; cada ocho días, mi hijo José Abad y yo, echando pica y pala; untándonos de tierra, pasto y barro; de los pies a la cabeza. El frío nos golpeaba tan fuerte, por lo que se cuarteaba la piel, los brazos y hasta el pelo, quedando convertido en fibras amarillentas. Cuando me detenía a tomar agua; observaba a mi joven acompañante; a sus quince años, igualando mi esfuerzo. Podía dibujar su rostro alargado, la nariz puntiaguda y esos cabellos ondulados que recreaban, la magia única de la juventud. Era delgado, pero ya superaba mi estatura, lo que me hacía ser más orgulloso de él, convirtiéndose en hombre. Admiraba su seriedad, un silencio que lo caracterizaba y su sencillez. Por esas épocas, no sabía expresar el cariño e inmenso respeto, que sentía por él, pero vivía agradecido con Dios por ese gran regalo.

Recuerdo, que cuando vivía en el campo y hablaban de Bogotá; me resistía a ir a esa ciudad; porque decían que hacía tanto frío que la gente tenía que abrigarse hasta al cuello, usar ruanas, bufandas, sacos; cubrirse las manos, el cuello y hasta las orejas. Pues, tanto así no fue, pero cuando trabajábamos en la construcción, si sentíamos tanto impávido, que parecía que los huesos se nos iban a partir. Dios y la aventura, apenas comenzaba. Un día, habían ido dos policías a la fábrica, a buscar a Julio, mi amigo; no sé por qué lo necesitaban. Por azares del destino, ese señor, Francisco Giraldo y yo congeniamos tanto; a lo mejor porque teníamos el mismo apellido o por mi calidez humana, como decían mis compañeros, al hablar de mí. Nos



Casa de vara en tierra

volvimos amigos, y da la casualidad, que él tenía un lote cerca al mío. Su ranchito, apenas estaba de vara en tierra, sin hacer las bases y ya estaban venido así.

Llegando la hora del traslado, le pedimos ayuda a un amigo Enrique Gutiérrez y su familia, para que nos permitiera la posada de mi esposa y los niños por unas noches, mientras Abad y yo trasladábamos el rancho

de un lado para otro. Un sábado al amanecer, como diría un gran escritor, conocido por mi hija Sofía; desmantelamos literalmente, lo que era nuestra vivienda, y esa esa misma estructura la trajimos para la nueva obra. Como el terreno era tan grande, lo ubicamos al fondo.

A la hora de estar armando, llegó el policía amigo y como si fuera también su trabajo, se puso a la tarea de colaborarnos. Nos ayudó a pegar esterilla alrededor y forrar con tela asfáltica, negra de lado a lado. Lo más importante, para una vivienda es la luz. Mi amigo, cambió su uniforme militar, por un overol de obrero y no dudó en encaramarse, en el poste que estaba cerca de la casa y agarrar luz de allí, para llevarla allá. Nuevamente, el peligro era inminente, porque colgaban los cables, atravesando todo el potrero y entrar por un hueco al techo, iluminando nuestro primer prospecto. Trabajamos todo el día; a las diez de la noche, cansado se despidió Francisco. Todavía faltaba acomodar la cama donde dormir. Armamos las tablas, encima del pasto húmedo y frío, tendimos unos costales, nos envolvimos en otros y así padre e hijo, pasamos la noche más húmeda, helada y dolorosa de toda nuestra historia de vida.

Al día siguiente seguimos, muy de madrugada, ya no fue solo él quien apareció frente a nuestro inmenso lote, sino su esposa; Elvira, quien nos ofreció la más exquisita y suave bebida del mundo; un tinto. También, un delicioso desayuno, las manos del vecino trabajador y la voluntad para acabar la obra. Continuamos rematando la cimentación, pero nuevamente se hizo tarde y repetimos la segunda, terrible noche más absurda. Pasamos así ocho días, yendo y viniendo, con la ayuda de los vecinos.



Ranchos de tela asfáltica

En noviembre del año 1970, ocho vencedores, se estrenaban en el lugar que sería su terruño. Éramos privilegiados, porque se estaban empezando a tejer nuestros sueños. Todos construiríamos ese espacio mágico, donde quizás escaseaba mucho, pero abundaba la alegría y la esperanza. Al salir de allí, recibimos el pago del lote, por 150 pesos, con lo que compraríamos material para empezar a levantar paredes de ladrillo, del que yo ayudaba a quemar y sudar en su elaboración. Ahora todo estaba siendo más fácil. El trayecto, la cercanía y el tiempo en familia, se aprovechaban más, podía ir a mi casa a almorzar y llegar más temprano.

Mientras la empresa me seguía proporcionando lo necesario para mi hogar, yo le ponía un granito de arena a la edificación. Empecé por el frente, lo que sería un local, o un cuarto inmenso, donde nos protegeríamos del frío y de la lluvia. Yo terminaba mi turno de trabajo a las cinco de la tarde, momento que llegaba a la

casa y me colocaba el traje de maestro en construcción, e iniciaba con mi ilusión; el sueño, el mío, el del alma y del corazón; esa labor que no tiene un precio, pero que vale oro y sabe a Gloria. También los sábados, pues salía a la una de la tarde, tiempo con mayor posibilidad. Estaba colocando los cimientos del futuro de mis hijos. Toda la vida he sido enamorado de la música; de hecho, es mi amiga, mi consejera, la fiel compañera, por donde vaya, me acompaña. Mientras cantaban Oscar Agudelo:

*Desde que te marchaste, dormir casi no puedo
Hay noches que despierto con ansias de llorar
Sueño con tantas cosas que infunden tanto miedo
Que prefiero la muerte a dolor de esperar*

Así me sentía completo. Entonces, ya eran dos mis auxiliares de obra; José Abad y Jorge; cuando el mayor no estaba, ya el siguiente, era mi mano derecha. Crecía con verdadera convicción para colaborar y



Orfilia, Adelfa

aprendía rápido. Nuestro lenguaje ahora era, alcánceme el nivel, la plomada, el palustre. Mientras iban creciendo y ya me apoyaban más; por ejemplo: vamos a zarandear la arena, para luego la mezcla. Ahora sí, que el bloque, la tabla, los andamios, hasta que, de ladrillo en ladrillo entre cemento y buena medida, vimos en asenso nuestro un sueño realizado; la primera construcción de verdad. Lo efímero del rancho que empezó en el aire, ahora se sostenía con una firmeza casi imposible de derrumbar. Para cerrar con broche de oro, los vecinos y mis amigos de la fábrica me

acompañaron en apoyar a sentar mi felicidad. Echar la plancha, ese día, se ofreció sancocho, mucha cerveza, agua y alegría. Bueno también agotamiento, pero valía la pena.

Todo iba pasando, los vecinos apareciendo y nuestra familia creciendo. Tanto así, que María tuvo otros dos embarazos: Gloria Edith y Milvia Odila, eran las niñas más lindas de todo el barrio. Cada una con su belleza particular, generaban diferentes sentimientos a sus padres, sus hermanos y vecinos. No me molestaba que mi esposo tuviera hijos, nunca la juzgué, tampoco ella a mí. A cada uno le ofrecíamos lo que estaba a nuestro alcance.

El mejor parque de diversiones

No solo María y yo teníamos hijos, también Adelfa, cuando formó el hogar, poco a poco fue trayendo sus niños a compartir con nosotros. A la casa llegaron, mi primer nieto Sócrates, quien era una fiel copia de mí. Tez blanca, inteligente como ninguno y el más travieso. Y Weimar, siempre sonriente, carismático, un espíritu de cooperación. Una ternura inigualable y un ser de luz, con el cual he tenido un cariño especial. Nuestros espacios, nunca permanecieron en silencio, pues desde que llegamos a Bogotá, no faltaron los niños, lo que hacía una casa única a la vista de los demás.



Gloria Edith

Abad, se iba alejando de sus hermanos, pues la diferencia de edades lo hicieron madurar primero. Era muy amigo de los libros, del mundo intelectual, de la revolución y del Telecentro, aquel lugar donde ofrecía sus servicios voluntarios para dar clases. Además, se veía trabajaba en proyectos sociales y en otros casos para ayudar en la economía de la casa. Mientras tanto los otros, a medida que iban teniendo edad, se dedicaban a estudiar. Todos eran muy inteligentes, algo desordenados, otros un poco problemáticos, pero en últimas, eran niños felices y libres, que tenían el apoyo de sus padres en todo.

He admirado mucho a María, siempre hizo muy bien su tarea, a todos les buscaba las instituciones educativas, les ofrecía todo lo que tenía a su alcance para el bien de cada uno. Yo tenía a mi lado, una mujer extraordinaria; tanto, que muchas veces, se unía con los niños para estudiar. Hizo muchos intentos valiosos; primero, obtuvo el título de primaria y luego, continuó con la esperanza alcanzar un bachillerato. Pero, por tantas circunstancias y nuevos hijos, debió dejar a un lado, ese ideal y dedicarse solo a la modistería. Aprendió y perfeccionó su oficio como el más noble, hermoso y productivo arte.



Milvia

Definitivamente, un matrimonio, es una empresa que se consolida, entre dos. Eso era mi fiel esposa para mí, el apoyo más grande. Para que la economía fluyera, de una mejor manera, me propuso que compráramos una máquina de coser. Ya estaba lista para atender a un público y, además, podía seguir cuidando la familia. Fue así, como sacamos a crédito la primera máquina, *La negrita ZZ*. Ya pronto empezó, cosiendo trajes, especialmente para damas y sobre medida. Las niñas crecían y a veces ayudaban en los oficios de la casa. Seguidamente de sus inicios, se fueron viendo, sus frutos; todas las ganancias quedaban en el hogar. Gracias a ella, los niños tuvieron una mejor alimentación, vestuario y hasta me colaboró en la construcción de la casa. Tenía amor para todos y a cada uno le aportaba lo necesario en su edad.



Jenny

Mientras estaba en la fábrica; dependiendo el trabajo, a veces se facilitaba ir a almorzar a la casa. Al llegar, mientras reposaba solía colocar el noticiero, *Alerta Bogotá*, con el médico y locutor *Cristóbal Américo Rivera*. Además de escuchar mis rancheras favoritas, daban las noticias más recientes. Y lo mejor, era que minuto a minuto decía la hora. De esa forma, calculaba para evitar llegar tarde, después del almuerzo. Por ejemplo:

—*Alerta, última hora. Un joven de tan solo dieciséis años, fue asesinado en las afueras de la ciudad.*

Alerta, Bogotá. Para los maestros del volante. La empresa taxis libres, necesita taxistas, con experiencia, comunicarse al número...

Tenía sección de deportes, anuncios publicitarios y otros temas muy particulares.

—*Sufre usted de lumbagos, calambres o dolencias similares,*

—*Si señor*

—*Padece tortícolis, torceduras desgarros*

—*Si señor*

—*Dolorán se frota y que rápido alivio. ¡El dolor le tiene miedo a dolorán!*

Y hasta consejos



Radio de pilas



El trabajo dignifica y el descanso mortifica

Eso sí, cuando no iba a la casa, mis aventureros hijos, no se negaban a llevar los alimentos. Siempre por parejas; era la excusa perfecta para ir al mejor parque de diversiones, *La ladri-*

Weimar, Jarmaile, Sócrates

llera la Candelaria. Los primeros eran Abad y Jorge.



Libardo y María en las horas del almuerzo

Casi todos los hijos de los trabajadores, tenían permitido, entrar a la más grande empresa. Desde las once y media, de la mañana, empezaba el desfile. Se veían los padres con sus críos en varios sitios de la fábrica. Unos usaban los ladrillos para sentarse, otros encima en la especie de terraza, sobre los hornos contiguos. Ahí se armaban, unas bancas alargadas para descansar; los demás se ubicaban afuera en los prados, que rodeaban el lugar.



Jorge y Clara

Por el tipo de material que se elaboraba allí, se requería de enormes espacios, por lo que se podía jugar hasta a las escondidas. José Abad, toda la vida era experto en asustar a sus hermanos. Y allí, era propicio para él. Empezaban a caminar, por entre los compartimentos donde se dejaba el ladrillo para secar, cuando Jorgito, se daba cuenta, se encontraba solo, y empezaba a lloriquear, gritando...

—*Abaaad, Abaaad. No me asuste, que me da mucho miedo*. Mientras tanto el otro escondido y silenciosamente tapaba su boca, para evitar que su carcajada evocara sonidos. Ya, cuando veía a su hermano casi orinarse, aparecía, como si nada, y su risa agradecida dibujaba su rostro y el niño, se calmaba solo al verlo. Lo que no se imaginaba, era él le iba a salir adelante, siendo más astuto.

Un día empezaron nuevamente los recorridos, Jorge se aprendió muy bien el camino de regreso a mí y tan pronto Abad se escondió, Jorge se devolvía. Yo disfrutaba, al verlos. Primero, a Jorge llegar y luego su hermano aburrido por perder la oportunidad de la broma.

El que crecía, iba dejando la herencia aventurera al siguiente. Ya el turno era de Jorge y Clara, apenas si alcanzaban a entregar la porta; así llamábamos al recipiente donde se empacaban los alimentos. Cuando ya se habían ido a jugar. A lo lejos quedaban esas especies de temascales redondos, quemados y forrados de bloque y hollín. Salían, en busca de diversión, en ese asombroso lugar. Eran las cámaras o los hornos de tolete, que no se usaban, mucho y se apagaban, por algún tiempo.

Se podrán imaginar, una casa del terror más espeluznante, completamente oscuras, donde el tizne, renegrido, recubría cada rincón. De pronto, una que otra luz tenue, apenas alumbraba, por un diminuto hueco. Era, perfecto, para que un hijo, como Jorgito aprovechara a lanzar quejidos y gritos, escuchando ecos fantasmagóricos, que regresaban a sus oídos. Lograban asustar al más tranquilo; como a su hermana acompañante. La niña, salía pálida de susto, pero ya él aparecía a carcajada suelta y la calmaba. Yo seguía caminando, tranquilamente. Mientras tanto, buscaban los armatostes de hierro, que, para ellos, era un carrusel de diversiones. Carros de hierro, donde empataban al piso por unos rieles para el rodaje, semejantes al tren de la sabana; solo que allí eran del



Hornos

tamaño necesario para cargar por ahí 300 ladrillos bien empacados. Tan pronto veían esas carretas viajeras, se subían, corrían y disfrutaban con gran alegría. Ahí tenía ojos ciegos y oídos sordos; era una manera de regalarles, el goce de un lugar mágico, donde experimentarían el vértigo de una montaña rusa o el viaje de aparatos voladores. Como era tan inmensos los espacios no había quien les impidiera jugar; más bien los jefes también perdían los sentidos y jamás manifestaron incomodidad.

Después Jorge creció y entonces, ya iba, pero a ganar dinero, hacía cargues; ayudaba a subir bloque a las volquetas. Por cada viaje le pagaban una cantidad. Hubo una época en que la producción disminuyó bastante, pues fue el tiempo de las vacas flacas, para los dueños. Había muy pocos compradores, decidieron enviar a vacaciones a todos los trabajadores, que éramos ochenta; yo estaba esperando para descansar y hacerle unos arreglos a la casa.

Le propusieron a don Gerardino, el administrador, que buscara a la persona más idónea para hacer las ventas de unos bloques que quedaron; porque los hornos los apagarían durante ese tiempo. El señor, sin dudarlo le dijo que con el único que trabajaría y le dejaría a cargo todo el funcionamiento de las ventas, era Libardo Giraldo, y me llamó

—*Libardo, le tenemos una propuesta*

—*Sí señor, dígame.*

—*Es que necesitamos que unos trabajadores se queden durante las vacaciones, porque hay que vender este último bloque que hay. Y pues con mi patrón, en el único en quien pensamos fue en usted.* Giró medio cuerpo y señaló el lugar donde estaba la colección del bloque que faltaba por vender.

—*¿cómo así, honor que me hacen. Pero yo sí quiero salir a vacaciones, a menos que me paguen muy bien.*

—*Claro, pues un sueldo aparte del que gana, pero, necesitamos un ayudante.*

—*Pero con el compromiso de que yo me encargo de todo; hijo Jorge está disponible y es muy buen trabajador.*

Solo quedó un horno que continuó funcionando. Entonces diariamente iniciábamos la jornada, desde las seis de la mañana, hasta más o menos la hora del almuerzo. Llegaban carros de Villavicencio, a veces lográbamos cargar hasta 4.000 bloque; teníamos que seleccionar el material de se-



Libardo

mi

gunda, limpiar el chiquero sobrante, en fin, hacer lo que hacen varios

trabajadores. Y, sin embargo, quedábamos libres al medio día, para charlar con don Gerardino; pues solo éramos los tres.

Tan pronto terminaba el jornal, me iba al barrio Santa Lucía, consignaba todo lo del día. Fueron veintitrés días así. Cuando llegaron todos de su descanso, estaba la fábrica desocupada, porque todo se había vendido; por lo que hubo necesidad de encender todos los hornos para volver a empezar. Me llegó un sueldo adicional, dinero con el cual compré algunos implementos para el hogar; colchones, tendidos, sábanas y otras cosas, de las tantas que necesitábamos. Mi joven hijo, recibió también un gran porcentaje; del cual le entregó a María, su mamá, casi todo, dejando sólo una pequeña parte para él. Eso fue muy admirable de mis hijos, especialmente los hombres, cuando trabajaban, llegaban con toda su plata y se la entregaban a su progenitora, con la seguridad de que ella le daba el mejor uso.

Cuando el barrio empezó a ser poblado, carecía de alcantarillado, pavimento; tampoco había recolección de basuras. Mientras tanto ya crecía la otra pareja de hermanos; Rubinel y Sofía, la llegada al parque siempre estaba recubierta de una polvareda amarilla, pero luego se iba volviendo grisácea, dejando su vestimenta ligeramente salpicada. A ellos, era lo que menos les afectaba, y para que su viaje fuera ameno, aprovechaban que habían aprendido en la escuela, a contar. Buscaban cada esqueleto de basura que resultara interesante; y así, uno a cada lado de la calle, contaban peinillas de variados colores, que se usaban como única herramienta de peinado. El juego era interesante porque solo al pisarla, decían voy tanto y amenizaban su camino.

Tan pronto llegaban, el celador los dejaba pasar, diría; —*Ahí van otros hijos de Libardo*; pues todos sabían que tenía una familia numerosa. Ellos ante esa inmensidad, sentían que eran esas hormigas trabajadoras, frente a su terreno, propicio para disfrutar con libertad.

—*Llegó el Culebro*; mencionaba Tirofijo; O con un chiflido, me avisaba Guillermo Huertas.

—*¡Sfffsss, Libardo, salga que llegó el almuerzo*

—Y el último, diría

—*¡Marranooooo! llegaron sus hijos*

Así era el trato que teníamos en ese segundo hogar. Al pasar tanto tiempo, juntos, éramos como hermanos, nos referíamos por los apodos y todos conocíamos los hijos de los otros.

Cuando lograba divisar a mis pequeños, era yo quien los conducía a mi encuentro, con un silbido más suave, ya Rubinel, sabía que ese era su papá.

— *Sfssioo, ffsioo*. Bastaba solo eso y corrían

—*¡Papá!, ¡papá!, ¡mire a papá!* Se lanzaban a mis brazos. Yo me inclinaba a su encuentro, con la alegría también de verlos. Igual que sus hermanos mayores, entregaban la encomienda y se perdían por todo lo ancho de la fábrica.

Tan pronto empezó a ir, mi hijo menor, de una vez lo apodaron el *Culebro*; era muy alegre y, sobre todo, inquieto por conocer y descubrir la mecánica o funcionamiento de algunas máquinas que topaba en frente



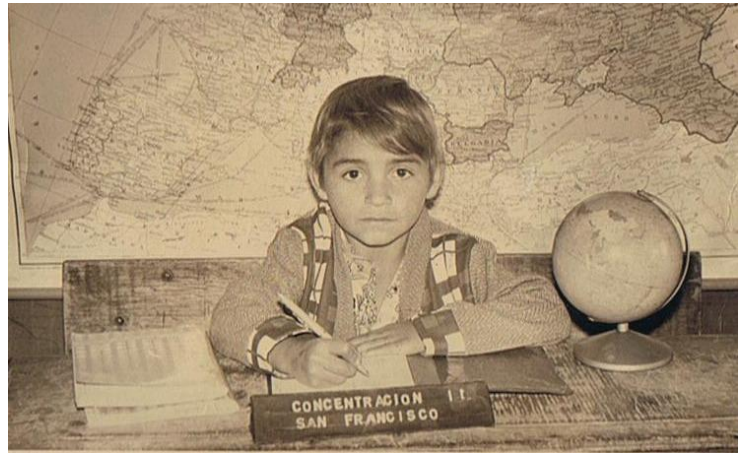
De izquierda a derecha: Don Jesús, (Chucho) frente niña Sofía, Gloria Edith, Libardo, Rubinel. Atrás Señora Polonia (Vecina) detrás Don Ochoa, compañero

él. El día no le alcanzaba para vivir su aventura, que para él era su mejor regalo. Llegó a buscar los recovecos más secretos y fascinantes. Los túneles; pasadizos entre uno y otro edificio de ladrillo; generalmente, ya estaban en el proceso de secado. Él tenía su gran amiga que entre juntos recorrían todo el lugar; y a diferencia de los otros, éste si no la asustaba, por el contrario, buscaba los carros, la subía y a los alaridos buscando el eco viajaban, conducidos por la magia de la imaginación. Como diría Gastón Bachelard, en su poética del espacio. *“La imagen, en su simplicidad, no necesita un saber.*

Es propiedad de una conciencia ingenua.” Ellos en su inocencia sólo estaban descubriendo, viviendo su propia ensoñación. Se recreaban con los círculos giratorios; los cuales hacían rodar y rodar hasta quedar completamente mareados y luego la risa y la borrachera, los invadía por completo. A veces era Sofía la que se asustaba y él frenaba el artefacto mecánico diseñado para que los niños jueguen; eso creía, y me lo hicieron saber, cuando estaban más grandes.

Mi hijo menor, Muchas veces hablaba con los señores de temas de grandes. Una vez lo vi conversando con Alejandro Soler; pues congeniaron muy bien, él no dudó en contarle hechos de su vida. Quien había prestado el servicio militar; vivió los enfrentamientos en la masacre de las bananeras. Por desgracia para él tuvo que apuntar sus armas en contra de trabajadores; por orden de sus superiores. Con el corazón afligido, en varias oportunidades cerró sus ojos, escondido detrás de las barricadas, sin saber a quién se había llevado por delante; hombres tan desprotegidos; como sus vecinos, amigos y hasta su propia sangre.

También las caminatas se inclinaban hacia la fábrica. Algún domingo, hacíamos, el paseo de olla. Alrededor del lugar donde trabajaba, había un campo propicio. Todos disfrutaban de ese lugar, solía ser oscuro, con apenas unos rayos de luz que se filtraban por entre los árboles; pero respirábamos el aire puro y helado del ambiente. Casi todo el paisaje, estaba rodeado por eucaliptos y el juego de ellos, era recoger sus frutos. La humedad impasible, era tan penetrante que se sentía al respirar. Se les veía salir ese humo blanco, como suaves remolinos al hablar. El frío solía colarse por cualquier huequito de su ropa de lana. Pero, aun así, nada les impedía disfrutar del paisaje. Se subían a los árboles, saltaban y recogían todo lo que era valioso, por ser niños de ciudad.



Rubinel

Cada año en los diciembres hacían agasajos, lechona, cerveza. Durante dos años seguidos nos llevaron al club los Lagartos, solo para nosotros. Algunas veces nos daban mercados para llevar para la casa.



Carrocería trasladando bloque

Un mundo de ilusiones

Nuestros espacios se ampliaban, porque debíamos pensar en Abad, con su propia habitación, quien estaba formando su mundo intelectual, rodeado de libros, revistas, periódico y aquel tablero, hecho de cemento puro, que construía él mismo en cualquier lugar de su pequeña pieza, para el ejercicio de enseñar. También el cuarto de nosotros con los nuevos bebés y otros por separado para las niñas y los niños.

Tuve la oportunidad de recibir quinquenios, ese bono que nos ganábamos por trabajar cinco años seguidos y aportaba el dinero las cesantías, para seguir edificando.



El año 1980, llegaba acompañado de grandes sorpresas, esperábamos que la suerte nos cambiara. Del año anterior, traíamos las penas y las alegrías juntas, como ese vaivén de la vida, que nos muestra sus raras formas a la vez. Primero, mi frágil esposa, había pasado el episodio más fuerte de su vida; el infortunio de una enfermedad, donde los sueños, la realidad y la fantasía se combinaban en sombras que oscurecían todo a su alrededor. Y como un premio al verse aliviada, como una maravillosa recompensa, recibíamos nuestras hijas menores Leydi y Jenny Stella.

Las puertas que se abrían para entrar a nuestro refugio, estaban sostenidas de madera débil, igual que la poca seguridad que teníamos al vivir allí. María en su forma y yo en la mía, conducíamos al mismo lado, nuestras oraciones, todas iban

María y Libardo

evocadas a proteger a nuestros hijos.

Uno de mis grandes anhelos, era poder celebrar las *Bodas de Oro*, de mis padres, y se lo había pedido a Dios, como siempre lo hacía, pues Él nunca me fallaba. Aunque a veces, parecía que desfallecía; pues mi sueldo era justo para cubrir los gastos de la casa y muy de vez en cuando, les intentaba enviar dinero a ellos.

Algunos sábados que salíamos a la una de la tarde, de trabajar, nos tomábamos una cerveza, entre amigos. A mí me gustaba ir donde don Rogelio, un señor que tenía una tiendita, en la esquina dando la vuelta de la

casa. Los niños, muchas veces sabían que allí estábamos; y aprovechaban para pedir a su antojo. Vendían las famosas génovas, embutidos redondos, semejantes a una papa, pero de rico sabor; lo acompañaban con gaseosa colombiana. Escuchábamos rancheras que tanto me gustaban y variadas canciones. De pronto sonó ese vallenato inolvidable, del cantante, Alejo Durán, que decía...

*Cuando yo venía viajando
viajaba con mi morena, y se repetía la frase
Y al llegar a la carretera
se fue y me dejó llorando*

*Ay es que me duele
Es que me duele
Es que me duele
Válgame Dios*

Ahí entraba el número
039
039
039 Se la llevo

*Ay mi negra se fue llorando
Y a mí esa cosa me duele
Se la llevo un maldito carro
Aquel 039l.*

Su letra se me fue quedando grabada. Al fin salimos, iba acompañado de mi amigo Guillermo Huertas, íbamos, un poco entonaditos, y el destino me mandó directo a la suerte. Pasaba el señor lotero, Don Muñoz, como lo conocíamos en el barrio. Al verlo, me le acerqué, sin dudarle y firmemente le pregunté...

—*¿Oiga hermano, de casualidad usted tiene el número 039?*

—*A ver miro.* Fue su respuesta, y empezó a buscar entre el paquete de varios billetes de loterías que tenía para la venta.

—*La suerte es suya, don Libardo, no tengo el 039 sino el 0039, a ver si le sirve, y juega esta misma noche con la lotería de Boyacá.*

—*Claro hombre, ese es.* Mi compañero me codeó.

—*Tengo varios quintos. ¿Cuántos le doy?* Lancé mis manos a los bolsillos y encontré un poco de billetes arrugados.

—*Deme uno.* Guillermo no dudó en pedir para él también.

—*Yo también quiero uno.*

—*¿A cómo es?* Le pregunté.

—15 pesos. Bueno, démelo. Pero Guillermo reafirmó...

—Vamos a ganar Libardo, lleve otro, hombre, mire que si nos lo ganamos.

— No, hermano, yo solo uno. Respondí y pagué mis 15 pesos.

—Si estamos para ganar, pues será para nosotros. Véndame tres. Pagó sus 45 pesos y nos despedimos. En todo caso así pasó.

Finalmente, entre vagos pensamientos de ese sábado caí profundo. El domingo muy temprano, golpeó la sorpresa mi puerta de palo. Era el señor Muñoz. Alguno de mis hijos, lanzó un grito...

—Papá, papá. Vino el lotero. Me apuré a ver quién era.

—Don Libardo, le traigo una noticia. De una vez me lanzó su cometido. ¡Se ganó la lotería! Cayó completo el número **0039**. Me santigüé, el corazón se salía de mi pecho y llamé a María.

Con ese dinero compramos los baldosines para el local, los portones que tanto necesitábamos para asegurar nuestra casa.

También hicimos realidad esa ilusión, de viajar a mi amada Florencia. Planeamos todo. Vaya, difícil deci-



Derecha Arsecio, Libardo, Milciades, Isabel Murillo. Frente: Rubinel

sión. Quería que todos mis hijos, tuvieran la dicha de conocer a sus abuelos, pero las circunstancias sólo me permitían llevar a unos pocos. José Abad, trabajaba en la Cacharrería Medellín, además debía quedarse en frente de la casa. Jorge Iván, Clara Elisa, por ser los mayorcitos y Milvia, una de las pequeñas, para que María pudiera estar tranquila. Ya íbamos saliendo, cuando mi niño Rubinel, con un llanto incontenible...

—Papá, lléveme, lléveme, yo quiero ir.

—Pero mijo...me interrumpió

—Yo me porto bien.

Pues no tuve corazón de dejarlo y como pudimos, nos acomodamos. Todos los demás los dejamos en cuidado de adelfa.

María, tuvo la inmensa felicidad de vestir a su suegra, con una espléndida bata rosada y larga, que la cubría como una reina que se volvía a casar; su cabello, nuevamente fue decorado con finas flores color pastel. A mi papá, le compré un pantalón negro y camisa blanca, en recuerdo de cuando recibió por primera vez a su amada reina. Hoy después de cincuenta años, volvía a revivir la llama del amor como reencontrándose la juventud y la vejez.

Mi cuñado Jesús María, el sacerdote, nos acompañó, ofició la misa y un sobrino de María, Ovidio Pérez, fue quien dirigió el protocolo de la reunión, con esa voz de locutor que lo caracterizaba. Estuvimos casi todos mis hermanos. Leonidas e Isabel o Chavita, como le decíamos. Fa-

biene, mi hermanita del alma, Arsecio y Anita, Alcides y Leonor, Mariano y Martha, Ubaldo y Edilma. Finalmente, Martha. Todos con sus hijos y familiares. Tuvimos la visita de mi prima Blanca Zuluaga y algunos vecinos.



Fiesta de mis padres: En el centro: Milciades e Isabel, Arsecio, Senelio, Clara Elisa, Mery. Atrás derecha: Martha, María, Libardo, Alcides y demás familiares



Javier Pérez, María, libardo, Milciades, Isabel, Cenelia, Alcides, Leonor, Jorge, Rubinel, Milvia y demás primos

Fue una velada maravillosa, departimos y quedaron grabadas las imágenes de ese magno evento y las voces de todos en un casete que conservo en mi memoria y en mi corazón, como algo imborrable.

La lucha por nuestros derechos

Para los años 1980, como siempre sin alejarme de Dios, seguía agradecido por las bondades recibidas. Cada viernes, sin falta tenía un sobre en mi mano con la plata del sueldo devengado. Pero en la reunión del sindicato, al cual pertenecíamos todos, también detectábamos la liquidación; a pesar de tener una entrada fija; todos atravesábamos momentos demasiado duros; el dinero que recibíamos no alcanzaba; los salarios se mantenían con aumentos miserables por años. Por los años, 1980 Julio Cesar Turbay Ayala; era el presidente de la República. Aunque poco me incluía en la política, no sabía si se favorecían o no a los trabajadores. Lo único cierto era que nosotros, dejábamos toda nuestra salud a expensas de los que tenían el poder y la plata. Dentro de sus manejos, no se tenía en cuenta al trabajador; que entregaba su alma, su corazón, su tiempo y su vida a los ricos para que se engrandecieran más. Yo estaba orgulloso de mis manos callosas. Toda la vida fui trabajador y estaba tan acostumbrado, que parecía que nunca me cansaba; la explotación era impresionante.

José Abad, desde niño ha sido un ejemplo a seguir. Como hermano, amigo y el mejor hijo. Pocos conocíamos o entendíamos el mundo que lo rodeaba; pero de algo sí estaba seguro; y era la gran preocupación que lo invadía por las injusticias sociales. Tenía la voluntad de aportar al mundo parte de su conocimiento, con su sentir político. Intentaba de alguna manera, hacer reflexionar a la gente frente a las inequidades de los obreros. Con sus lecturas y conversaciones sobre la revolución, el pensamiento del Che Guevara y las enseñanzas del cura Camilo Torre, intentaba mostrarnos lo que nuestra ignorancia no nos dejaba ver. Que trabajábamos más de lo normal, que los pagos eran injustos, que los servicios de salud, eran inadecuados. Había pobreza y desnutrición en el contexto colombiano, y más, en el sector donde nos tocó ver crecer a nuestros hijos, Ciudad Bolívar.

Mi hijo mayor, fue quien más se preocupaba, porque vivía en carne propia los sufrimientos del hambre y lo escasez. El trabajo en el Telecentro, era una de las formas de ayudar a su comunidad. Por otro lado, tenía un grupo de amigos, con los cuales entendían sobre temas que nosotros ignorábamos. Conversaban a menudo, de aquellas injusticias en el trabajo, muchas horas por poco sueldo. Como yo me sentía bien trabajando, no veía lo que ocurría en realidad. Hasta que un día me llamó a cuentas. Entre juntos descubrimos que hacía, mis excesos y el aumento de año tras año, poco se reflejaba en los sueldos.

No pasó mucho tiempo cuando, con el sindicato al que pertenecíamos casi todos, a través de un pliego de peticiones hicimos las solicitudes pertinentes para un aumento de sueldo. No hubo solución. Nos lanzamos

a la primera huelga. La lucha era dejar de trabajar y ellos dejarían de recibir ingresos durante esos días. Teníamos un fondo de empleados del cual nos descontaban un poco de la nómina y si lo requeríamos,



Inicios de la huelga

hacían préstamos. Algunas empresas nos apoyaron mandando mercados. Mi hijo José Abad nos motivaba, al traer a sus amigos los intelectuales; como les decíamos. Ellos nos acompañaban con sus discursos y al son de las guitarras cantaban canciones de protesta.

Pero, a los once días, ya estábamos vencidos. Quizás nos invadió el miedo. Aunque todos estábamos convencidos de que lograríamos una mejor propuesta, esta vez no fue así. Nuestros argumentos no estaban bien soportados y lo que siempre dije: *El pez grande se come al chico*. Escasearon los alimentos, había que pagar servicios, por esa razón, gastamos los ahorros del fondo. En este caso hicimos caso a ese adagio popular, *“Es mejor una paloma en las manos que cien volando”* Todo siguió igual y volvimos a la normalidad.

Continuábamos otro año más. Nuestros ahorros, en el fondo de la empresa nuevamente crecían. Nos preparamos para otro ataque. Íbamos por nuestros derechos y esta vez estábamos dispuestos perder o ganar. Para la segunda huelga, estábamos dispuestos a todo. Mi hijo era la mano derecha para tomar decisiones. Se documentaba sobre nuestros derechos, el funcionamiento de los sindicatos, los beneficios que se pueden obtener de una actividad de protesta como esta.

Por primera vez en años, se apagaron los hornos, se paralizaron los carros cargadores de bloque y se silenció la algarabía diaria de los trabajadores. Pero esta vez, el eco de sus voces se conducía a otros planos. Y así empezamos con firmeza a cantar arengas de la lucha obrera.



Jóvenes en la huelga

El frío de la mañana lo amenizábamos con el fuego en leña que encendía la alegría. De las plazas de mercado, nos traían bultos, que los paperos nos ofrecían, revuelto y carne del matadero. Entre todos cocinábamos; de esa época aprendí a pelar papas. Nuestros hijos, hasta el más pequeño, iban para congregarse y Jorgito, era quien nos avisaba; era el mensajero, todero y ayudante, más audaz. Rubinel, quien disfrutaba de la situación como el mejor de los eventos y mi fiel escudero. Para el sostenimiento, tanto de las familias como de los recursos para la huelga, hicimos uso de nuestros recursos del

sindicato. Esta vez, estábamos dispuestos a lograr nuestros objetivos. Ya era una realidad y teníamos la confianza de alcanzarlo. Varias empresas se unieron a nuestra causa, como, *Cauchosol*, quienes tenían la manufactura del calzado. También, las curtiembres y otras ladrilleras. A través de sus sindicatos, nos ofrecían cheques que aportaban a la huelga. A lo mejor, ellos decían... *“Pues, si ellos pueden, nosotros también”* Mis compañeros de trabajo, me enviaban a recoger todo lo relacionado con dinero, porque ellos conside-



Tomando ejemplo de otras huelgas, como CocaCola

raban que yo era el más honrado. Me elegían para ir al banco a cambiar el cheque. Al llegar con la plata, lo repartíamos por igual, además que comprábamos lo que se necesitaba, para los que participábamos en la estadía.

Nos dividíamos las tareas y había compañeros que se subían a los buses para solicitar apoyo en nuestras peticiones. Todos usábamos los brazaletes rojos como insignia de protesta.

Al estar en frente de la fábrica y caía la tarde, la amenizábamos, al calor de la hoguera, cantando la música que invitaba a la protesta. **¡Los derechos de los trabajadores!** Al son de la guitarra, la juventud, acompañando a mi hijo se tomaban los espacios con esa sonoridad, también aprendimos sus letras y nos unimos a ellos...

*A la huelga compañeros
No vayas a trabajar*

Deja quieta la herramienta

Es la hora de luchar

A la huelga

a la huelga

a la huelga

Con ayuda de todos esos jóvenes, estudiados, alegres, preparados y llenos de ideas revolucionarias; realmente nos sentíamos respaldados. La vigilancia era permanente, por lo que unos días estaban unos y luego otros.

Yo era el más afortunado, porque José Abad, lideraba aquella lucha. Y lo mejor, con abogado propio. El doctor Pablo Torres, nos representaba, él era quien se encargaba de transmitir nuestras ideas. Grandes amigos, como los hermanos Cruz, Jorge Rojas, Jorge Hernández, a quien llamábamos el Mono, los hermanos Ernesto y Germán Zarama, su amiga Verena y hasta el padre Bernardo. Él era un joven sacerdote, que estaba a favor de las ideas de libertad y del proletariado. Ellos leían sobre el Che Guevara, Lenin y Carlos Marx, así fortalecían sus ideas y tenían todos los argumentos para ganar.

Cuarenta y cinco días, duró la lucha. En mi caso se agotaron todos los recursos, eran muchas bocas que



Jóvenes acompañantes en la lucha sindical

alimentar, María trabajaba sin descanso en la máquina, pero no alcanzaba. Un vecino, don Carlos y le decíamos, El Gordo, por su complexión gruesa, fue tan amable que me fió mercado durante toda la huelga Yo era un hombre muy correcto, confió en mí y le prometí que le pagaba. Llegué a deberle como 80.000 pesos en solo mercado. Así como se agotaron todos los recursos, también nuestra fuerza y hasta la esperanza.

Una noche, la última, en que no resistimos más; después de tomar unas cervezas para calentar la garganta, cantamos hasta que brillaron las estrellas. Con impulsos de derrota, envueltos en un llanto silencioso y de impotencia. Todos sentimos el dolor al sentirnos vencidos. Los jóvenes acompañantes, nos tendían su mano de solidaridad con la mejor de sus armas, sus cantos. Sonaros las cuerdas de sus guitarras hasta casi reventar y nos unimos en un solo canto.

Vasija de barro

Yo quiero que a mí me entierren
como a mis antepasados
en el vientre oscuro y fresco
de una vasija de barro.

Cuando la vida se pierda
tras una cortina de años
vivirán a flor de tiempo
amores y desengaños.

Arcilla cocida y dura,
alma de verdes collados.
Barro y sangre de mis hombres,
sol de mis antepasados.

De tí nací y a tí vuelvo,
arcilla, vaso de barro.
Con mi muerte yazgo en tí,
en tu polvo enamorado.

Las ruanas que nos protegían de frío, estaban a punto de caer y en un solo abrazo las unimos ya casi apagando el fuego y los instrumentos. Dijimos... *Nos vemos mañana, hermano.*

El día martes, de ese tres de noviembre de 1981, la ladrillera La Candelaria, abrió sus puertas a setenta viejos trabajadores cansados y con el rabo entre las piernas para seguir con su dura labor, con su mimo sueldo, las mismas condiciones y un poco más cabizbajos.



Nieta Gisleny



Leydi



Jenny



Milvia



Jarmaile, Gisleny, Weimar, Sócrates



Gloria Edith

Me lo merezco

Al final de nuestras vidas solo seremos el resultado de las elecciones que hemos tomado a lo largo de ella”
(Jeff Bezos)

Mi cuerpo delgado, atlético y vigoroso, estaba quedando atrás. La voluntad de nuestra mente es traicionada por esa maquinaria que llevamos a todos lados. No quería estar cansado, pero la pesadez al caminar me avisaba que ya era hora de parar. El fuego ya me estaba alcanzando hasta la más guardada de mis articulaciones y la pesadez al respirar me conducía a una inminente recaída de salud, ya era hora de cambiar. Sentía la misma fuerza, esa energía y la vitalidad, pero a la vez, requería un poco de serenidad y paz. Claro que todo en la vida se da porque nos lo merecemos.

Llevaba dieciséis años entre el calor, con el peso ardiente de las carretillas, las manos agrietadas y callosas por el interminable trabajo de limpiar los escombros, que dejaba cada horno después de sacar el bloque. Nunca había puesto reparos ante mis quehaceres, pero mi cuerpo cansado, desgastado y la piel cuarteada, reflejaban las mil batallas que traía a cuestas. A mis cincuenta años los huesos se asomaban como filos desde la nariz hasta las canillas.



Sofía - Milvia

Hacía poco había llegado un administrador nuevo, don Jorge Castro. Traían políticas nuevas para los trabajadores, donde consideraba ir rotando a las personas. A los recién llegados, los mandaba a la planta; y a quienes llevaban tiempo en puestos fuertes, eran enviados a trabajos más livianos. Pensaba en nosotros, como seres humanos, con fortalezas y debilidades. Me atreví a redactar una carta con la seguridad, que mi solicitud iba a tener eco en mis jefes, especialmente en él. Lo único que quería era cambiar de trabajo; por ejemplo, como quemador, había hecho algunos turnos a mis compañeros y ellos me habían enseñado el ritmo. Se debía tener un cuidado especial con horarios, con la quema de la cascarilla para que el ladrillo no se fuera a perder. Podía recibir cualquier otro oficio, y creo que me lo merecía. Al entregar la carta, a don Jorge. Él no dudó en decirme que tan pronto hubiese algo, me iba a tener en cuenta. Por ejemplo, cuando alguien se pensionara o que hubiera un despido en la empresa. Yo notaba como unas jerarquías; los puestos buenos, los tenían aquellos que, o eran un poco más mayores o se destacaban por su buen desempeño.

Cuando él me dio su respuesta, vi lejana la posibilidad y me dije para mí. —*Señor, que se haga su santa voluntad*— y como quien tiene la paciencia del Santo Job, continúe.

Ocho días después, al terminar mi turno, iba pasando por la caseta de la celaduría, cuando me llama don Jorge, el administrador.

—*Libardo, venga. Le tengo una noticia que le conviene mucho.*

—*Sí, dígame señor.*

—*¿A partir de mañana usted va a ser el celador de la fábrica, si le parece? Me recibe este puesto, mientras aparece el de quemador que es a donde lo quiero mandar.*

Yo recibí ese mensaje como un alivio. A mi lado estaba el joven que cumplía este cargo. Voltee a mirarlo, como apenado por su despido. Ya le iba a preguntar, pero el patrón se me adelantó, diciendo.

—*Es que este joven ya no puede trabajar más aquí. Acabo de terminar mi ronda, como siempre, y me encontré que estaba fumando marihuana. Eso es inconcebible y mis trabajadores deben tener una conducta intachable. Y mirando al joven agregó.*

— *Pase por mi oficina ahora mismo, a recibir su carta de despido, junto con la liquidación.*

Tomé ese trabajo con alegría, porque a pesar de que debía trasnochar por los cambios de turno, era mejor que el calor que me había acompañado por años. Para

ese entonces, ya no dejaban entrar a los niños. En las fábricas hay mucha maquinaria pesada y de gran peligro. Todos lo entendíamos, pero siempre me daba nostalgia que les hubieran cerrado su gran mundo mágico. Lo que no se imaginaban los patrones, era que nosotros, íbamos a ingeniar la forma de saltar las reglas sin que lo notaran.



Clara y Rubinel

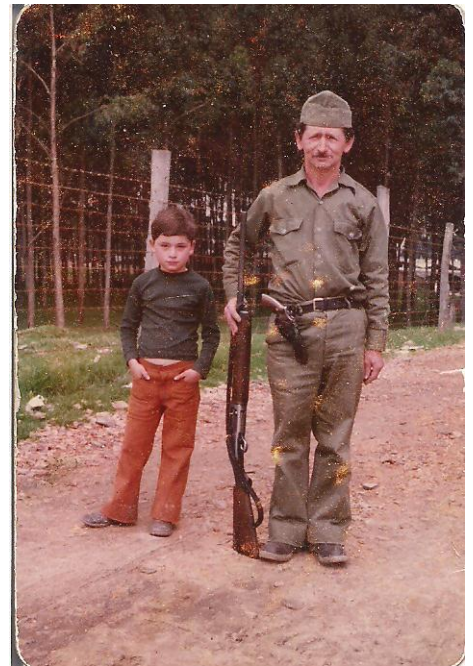
Mi vestimenta cambió del overol empolvado y el casco envejecido por un uniforme verde, color militar y un gorro o chapa. La pala la cambié por la escopeta de cuatro cartuchos que disparaban en ráfaga y un revolver de 38, largo. Ahí me consideraba de las fuerzas militares y como un verdadero guerrero, protegía mi fábrica. Una vez, mi nieto mayor, Sócrates, parece que se había disgustado en su casa, salió corriendo a buscarme. Yo, cuando lo vi llegar, lo recibí a los abrazos, orgulloso de su visita. El niño siempre era serio. Yo le pregunté.

—Mijo, ¿usted por qué están por acá?

—No, abuelito, yo estaba aburrido en mi casa y preferí venirme a trabajar con usted.

—Pero ¿les pidió permiso a sus papás?

—Sí señor, ellos saben que estoy aquí. Yo le creí, no quise indagar más. Y da la casualidad, que pasaba el fotógrafo y captó ese momento inolvidable y único de mi primer nieto y yo.



Sócrates y Libardo



Libardo, Jorge Iván. Jorge Andrés (Bebé)- Milcides



Mis hermanos: Martha-Arsecio. Ubaldo-Mariano

Dios, siempre conmigo

Siempre había anhelado ser quemador. Un amigo, me enseñó a trabajar la cascarilla, a medir la temperatura de los hornos. Quien hace esta función, debe tener un tacto equilibrado, manejar los tiempos exactos, subir las válvulas y medir la temperatura, para ~~que~~ evitar pérdidas. Un horno puede llegar a quemar, miles de bloques. Además, se podría hasta perder el trabajo. Llevaba un año como celador, no estaba molesto, pero tampoco muy cómodo. Las largas jornadas y el frío, como un témpano de hielo, traspasaban toda la ropa que lograba acomodar debajo de mi traje militar. El peligro de los ladrones. A Diario, le pedía a Dios, un cambio. Sentía la muerte a mi espalda y eso me tensionaba.



Derecha: Arsecio, Libardo y Leonidas

Nadie tiene la vida comprada. Uno de los quemadores, Juan sufrió un accidente, al salir de la fábrica, en su medio de transporte, que era una bicicleta, en Santa Lucia. Desafortunadamente iba un poco ebrio y una volqueta lo estrelló. Permaneció ocho días en el hospital. Y desafortunadamente murió. Lamentamos el duro acontecimiento, pero necesitaban ese experto en el oficio que lo reemplazara. Don Jorge me llamó a la oficina.

—*Hombre Libardo, ¿usted tiene experiencia como quemador?* Me alegré y seguramente mis ojos saltones hablaron por mí. Sonreí torpemente.

—Sí señor. Don Pablo Ochoa, me enseñó y ya hice varios turnos.

—*¿Sabe manejar las válvulas? ¿Y el tiempo para echar la cascarilla?* Mis respuestas eran aceleradas, con exaltación.

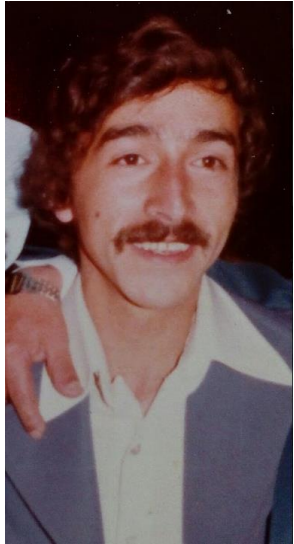
—*Claro. ¿Por qué señor?*



José Abad por Medellín

Porque vamos a archivar su uniforme de celador, y va a trabajar como quemador. Pero, sabe que allí también se deben hacer turnos, ¿verdad?

—sí señor, yo sé todo. Me apretó la mano y sellamos el trato.

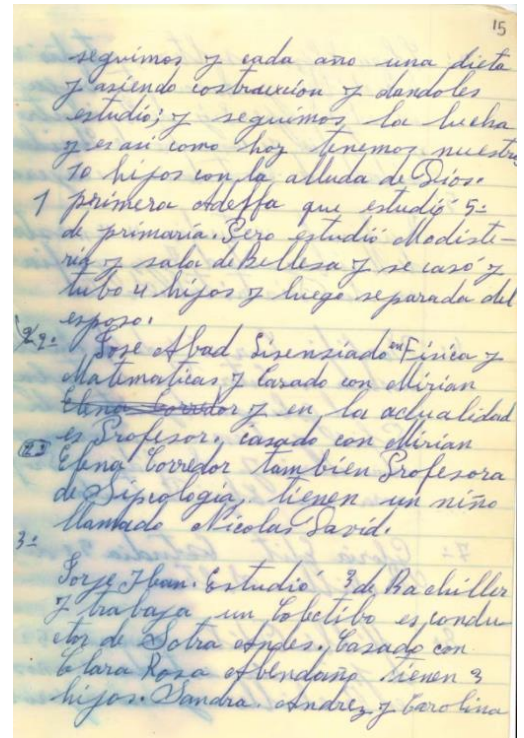


José Abad

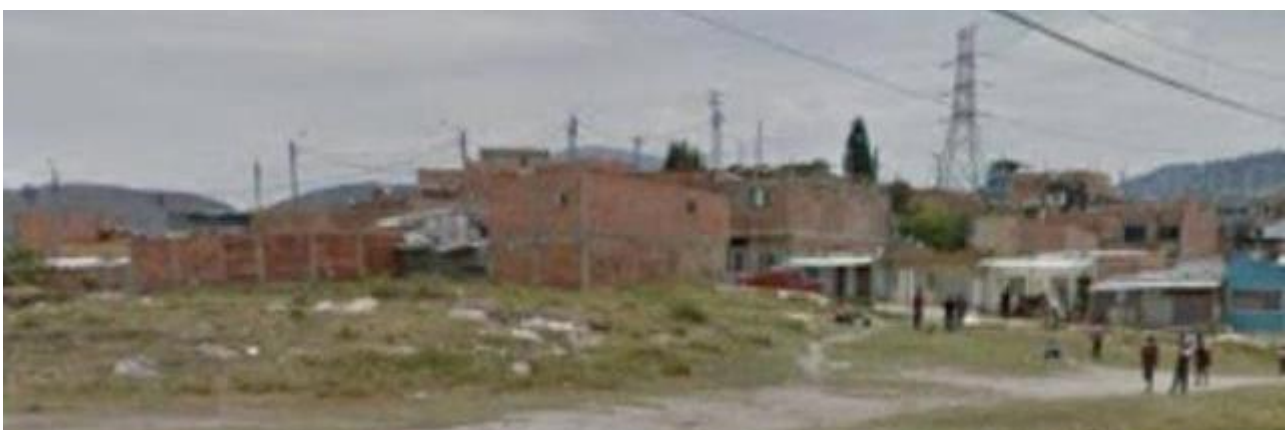
Empecé a tener más beneficios, el turno que me permitía descansar un poco más, especialmente, en la noche. Las horas extras y estar un poco más tiempo en mi casa, para compartir con mi familia y trabajar en la construcción de la casa. Claro, que el paso más grande para edificar fue con la excusa del grado de José Abad.

Tanto para María, como para mí, era claro que nuestro hijo, merecía un reconocimiento. Él estaba sembrando la semilla más importante para toda la familia. Sus pasos eran las huellas para todas las generaciones venideras. Además, aunque no

solía vanagloriarse con sus múltiples capacidades, antes de la ceremonia, nos enteramos que recibiría su grado con honores. Entonces, María, me convenció y solicitamos un préstamo de \$200.000 pesos, con hipoteca. En tiempo récord, la casa y la fiesta brillaron como la magia de ver un sueño realizado. Me sentía el padre más orgulloso, por los logros de ese hijo ejemplar.



Abad-compañero-María-Libardo



Ciudad Bolívar, en sus inicios

Algarabías



Generalmente seguía la costumbre de tomarme un descanso, por ahí de una hora. Al lado de mi almohada colocaba el radiecito de pilas con la voz del doctor, Cristóbal Américo Rivera o mi música favorita.

El diseño de la casa, con apenas un primer piso, permitía que nos acomodáramos todos. Ya viviendo con los hijos de Adelfa, la familia crecía sin parar y la algarabía, también. Unos estudiaban en la mañana, como Rubinel que se iba para el INEM Santiago Pérez y Gloria Edith; mientras que los demás, les correspondía la jornada de la tarde, en diferentes escuelas. El patio descubierta, estaba justo en el centro de la casa y al frente la piecita donde el sol acariciaba mi estadía esos pocos minutos. Espacio adecuado para hacer mi siesta. Era curioso escuchar

las diez voces la vez, discusiones propias de los niños. Clarita también colocaba su música romántica, mientras aseaba la casa. Así de un momento a otro aparecía la voz de alguno, por ejemplo, Milvia...

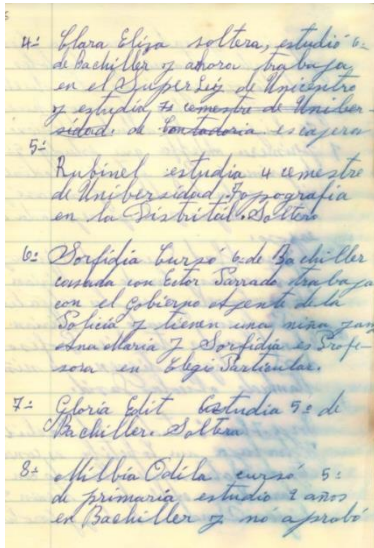
—*Tates, Tates, mire la sombra, mire la sombra.* Pues la pared contigua oscurecía una parte de la casa y cuando estaba cerca al corredor, indicaba que pronto era la hora de salir a estudiar. Y empezaban a aparecer de todos los recovecos de la casa, chicos y grandes buscando su uniforme, o sus cuadernos. María en la cocina resolviendo la alimentación, como lo más importante. Y aunque yo escuchaba casi todo, me concentraba en mi descanso. Revoleteando, como pajarracos alborotados, decían.

—*Mamá, sírvame rápido que se me hace tarde.* Por otro lado.

—*Pero mis zapatos. ¿Dónde están?*

—*Y ¿la camisa?* Y hay quien decía: —*Yo no hice la tarea.*

Que eso está muy caliente, que me tocaba llevar una cartulina, que la plata de las onces, que usted tiene mi camisa, que no se alcanzó a secar el saco; que no pase por ahí, —no ve que estoy trapeando. Todo al mismo tiempo, el ruido del equipo en la casa, los niños saliendo a estudiar. Pero curiosamente los entendía, y al igual que María, dejaba que ellos solos resolvieran sus problemas. Mis hijos, ya habían pasado por lo



mismo, era parte de su independencia, debían vivir las etapas de su vida. Después de que salían de la casa a sus centros de estudio, todo quedaba en total calma.

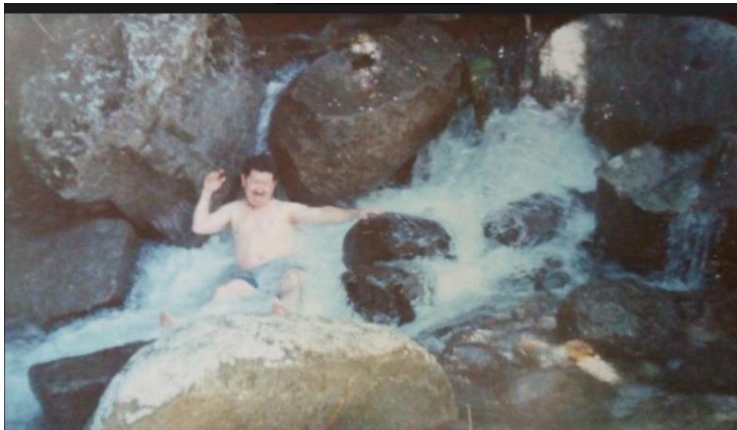
Como siempre en el turno de día, iban los niños a llevarme el almuerzo los grandes heredaban a los que iban creciendo, para ir al trabajo.

Yo creo que todos esperaban el turno, de tener la edad para lograr ir a mi trabajo. Ya como quemador, tenía un poco más de ventajas, porque podía llevar el almuerzo, inclusive

crudo y allí lo podía preparar. En este caso, les correspondía el turno a Gloria y Milvia, Sócrates y Weimar. Mientras las dos niñas pequeñas estaban en el jardín. Todos tuvieron la oportunidad de ir a recrearse. Y yo me las ingeniaba para que pudieran entrar por la parte de más abajo, justo en frente de los hornos contiguos. Era tan grande la fábrica, yo debía permanecer arriba en la segunda planta y en frente se colocaban los bultos de cascarilla, que era esa cascara que les sacan a los granos de café cuando lo pelan. Lo traían de las grandes trilladoras. A veces, llegaban en volquetas, y se debía echar con pala.



Edith Giraldo



Bueno, si algunos de mis hijos o nietos llegaban, los acomodaba en las bancas y esperaba que se quedaran juiciosos. Eso, de nada valía. Cuando yo giraba, ya no estaban. Aparecían saltando o imbuidos entre la cascarilla. Se deslizaban, se hundían, nadaban por ese mar de suavidad que los hacía ser libres. Su felicidad también era la mía y su sentir también el mío.

Los turnos eran de 4 a 12 pm, de 12 a 8 a, y de 12 a 8 am. Teníamos un día de descanso a la semana, me pagaban triple el domingo. Nuestro mayor regalo era que me correspondiera trabajar un domingo. Sin patrones, sin vigilancia y la fábrica para nosotros. Nada nos impedía cambiar la rutina por la plenitud y la libertad. Una felicidad arrolladora, cuando a campo abierto se apropiaban de la casa grande para ellos. Hubo tantas anécdotas. Había una polea, que trasladaba carros llenos de esa suave arenilla. Una vez había varios niños; no recuerdo bien, quiénes eran, pero en una subida, en que venía el carro lleno, vi un movimiento, parecía un conejo gigante y saltarín. La polea atraía la carreta y de pronto aparece el abundante cabello de mi hija Gloria Edith, con múltiples, pabilos de diminuta cenicilla de esa pajita parecida al rocío. Al llegar y soltar esa cantidad del mismo producto, reaparece la señorita como una reina.

Libardo, un baño

—*Papá, vio lo que hice. A lo que le respondí con esa sonrisa nerviosa.*

—*Claro que lo vi Mija. No sabía si la iba a regañar o aplaudir su odisea. Ahora, ese era el juego favorito de los otros. Y de ahí en adelante, ya los otros fueron aprendiendo. En una oportunidad, yo mismo subía las niñas, Milvia, Leydi y Jenny. Y como mis nietos ya hacían parte de la casa, Sócrates, Weimar, Gislenny y la niña Jarmaile. En una de tantas veces, la niña Leydi, subida en carro resbaló y cayó, claro encima de otro montón de cascarilla. Por fortuna, fue solo el susto, nunca pasó nada.*



Libardo y Clara

Unos domingos, llevábamos todo para preparar exquisitos almuerzos, los niños y mi esposa, disfrutábamos de tardes mágicas acompañados del calor de los hornos.

A veces reflexiono, y en medio de todo, veo pasar la vida como ese libro abierto, con cada hecho narrado, se va colando el tiempo, con su despiadada existencia y nos agarra por su cuenta. Hay momentos que me cuesta hasta pensar, porque él es tan feroz, que apenas si nos da oportunidad de mirar atrás, para ser testigos de la otra realidad.

Clara Rosa Avendaño-Claudia Avendaño-Libardo. María.
Niños: Andrés, Carolina, Sandra, Mauricio y Vladimir



No va más

Ya habían pasado cincuenta y siete años de mi vida, de los cuales veintitrés se los había dedicado a la fábrica. Observaba mis manos trabajadoras, con la dureza que me hacía sentir orgulloso de mi oficio. Una incertidumbre se instalaba en mi cabeza, como diciéndome que hay ciclos que se cierran y otros que se abren. Faltaba poco para la anhelada pensión. Pero, como una premonición, la hora cero aparecía y nos lanzaba a un abismo desconocido.

Los lazos de amistad, más fortalecidos que nunca, nos hacían ver la familia que éramos en la ladrillera. Unos, se iban despidiendo a disfrutar de su pensión y los demás seguíamos de frente a nuestras labores. De un momento a otro, fuimos notando un ambiente tenso, diferente, que nos convocaba a la reflexión. Nos quisieron avisar; inventaban reuniones, hacían asambleas, recomendaciones y hasta nos sugirieron mirar otros horizontes; pero nosotros nunca aterrizábamos a la realidad.

Aquel veinticinco de abril de 1986, la Ladrillera cerró para siempre sus puertas. Solo llegó ese momento, en que recogimos en una bolsa todos los años de trabajo, tanto sudor y esfuerzo, las tristezas y las grandes



Jenny-Pilar. Rubinel-Libardo y María

alegrías. Era ese cúmulo de recuerdos, instalados en la memoria, revoloteando en mi cabeza. Aquello que no quería aceptar, porque al igual que ellos, mis compañeros, me resistía a creer, que el adiós era una realidad. Era inminente, nos despedíamos de nuestra casa de juegos, de aquella hermandad y camaradería.

Llegó el momento de recoger nuestras pertenencias. Al sacar mi cobijita escoses, que cubrió por cinco años el inclemente frío de la noche, vi que su tejido estaba más enveje-



cido que nunca; la guardé con sumo respeto, igual que otras pertenencias, como la olleta del café y la linterna. Ese montón de emociones apretaban mi pecho. Sentía que se movían en mi estómago, se postraron en mi garganta impidiendo respirar con tranquilidad. Con mucho disimulo, miré alrededor, estaban mis amigos, también despidiéndose de lo que consideraban suyo. Me conmoví un poco más y volteé para simular, que de mi rostro se asomaba una lágrima.



Nietos: Arriba: Jorge Andrés-Ana María-Sandra Milena. Centro Nicolás-Jarmaile-Carolina-Mauricio-Alejandra-Weimar-Gisleny

Una pequeña reunión se apresuró en la puerta que conducía a la salida, poco a poco fueron llegando un poco más decaídos. Con una fría y amarga Bavaria refrescábamos el ardor del cogote y esta vez, lo sentíamos más implacable.

La última cerveza, amigos. ¡Salud! Era el momento de voltear al pasado y evocar escenarios, que fueron testigos de ese trasegar de nuestra existencia mientras trabajábamos y nos hacíamos viejos. Las etapas se viven en los momentos en que Dios nos muestra el camino, y éste para mí, había sido el mejor.

A pesar de la rudeza y el cansancio, estaba verdaderamente agradecido. Solo, faltaban unos pasos; para alcanzar la pensión. Con la frente en alto, nos despedimos, esta vez, sin la embriaguez desaforada, por el contrario, con la serenidad del deber cumplido.



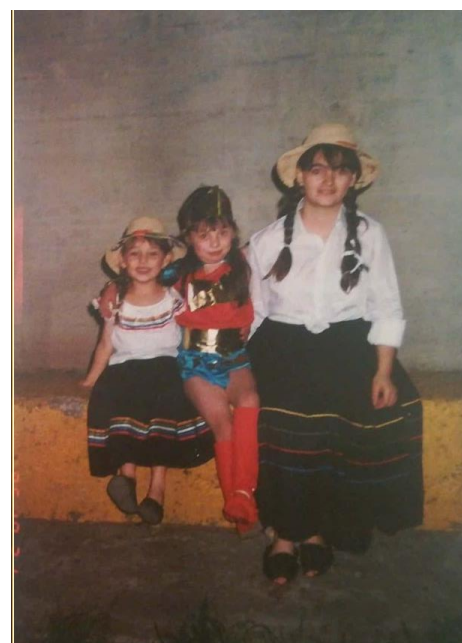
Primera comunión de Jenny-Laydi-Gisleny y Jarmaile

Las puertas de la vigilancia

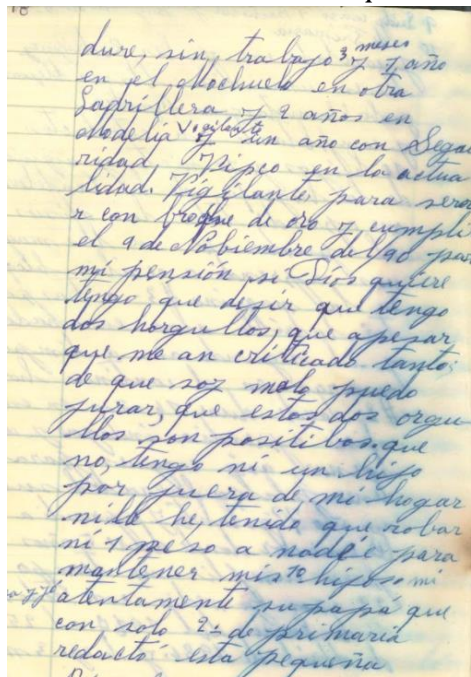


Libardo Vigilancia

Estos nuevos amaneceres, trascendían más pausados. Plenamente confiado en Dios, descansé sin el peso del mañana. El abrazo fraternal de mis hijos, esa mano amiga que ahora me apoyaba venía de ellos. También sentí, que María seguía estando a mi lado incondicionalmente. Su amor no necesitaba ser expresado con palabras, pero los hechos silenciosos me reafirmaban que siempre me iba a acompañar, y nuevamente nuestros vínculos se fortalecieron aún más. No podía evitar mirarla, con su cabello un poco cano, cubierto por la tintura de la vanidad, pero su semblante



recubierto de esa belleza que solo ella posee. Me detenía, y seguía admirando su serenidad, esa constancia sentada en su máquina de coser. Ahora, era ella, quien aportaba para la manutención. Adelfa,



Abad y Jorge, me demostraron su apoyo, ellos traían el dinero que necesitaríamos mientras surgía otra oportunidad laboral. También, empecé a descubrir en Rubinel, un deseo por surgir, desde muy niño, se movió en sus búsquedas laborales, sin dejar atrás lo más importante para la vida, como su estudio. Trabajaba en la relojería de don Luis Felipe López y maravillosamente su sueldo, era entregado a María, de esta manera también, él siendo todavía un niño, me estaba demostrando lo grande que sería. No tuve tiempo de preocuparme por el futuro, presentía que ahora sería más fácil.

Tan solo dos meses pasaron cuando mi sobrino Erminso, hijo de mi hermano Leonidas, me propuso trabajar como vigilante en la empresa donde él se desempeñaba, hacía ya varios años. Solo una recomendación resumía en unas líneas lo que yo había aportado a la empresa. Un trabajador honrado, leal y responsable. Quien me había desempeñado en varios oficios, de los cuales dos había sido un vigilante, comprometido con mi oficio.

Recibí esta nueva etapa con mayor dignidad. Ahora, iba a hacer lo que tanto me gustaba; proteger y apoyar al prójimo, como cuando anhelaba ser ese agente de la policía nacional. Recibí mi uniforme marrón, de un material, suave, un poco brillante y el quepis para completar el atuendo que me acompañaría unos pocos años. Estando allí, cubrí varios escenarios como en la portería de los edificios. Yo era esa primera imagen generosa que recibía a los visitantes. También estuve en conjuntos cerrados, donde me tenían gran cariño, las personas que allí vivían. Al llegar las navidades, era cuando sentía el verdadero cariño de la gente; pues se llenaba un taxi con anchetas, vinos y aguinaldos.

Muchos de mis hijos, habían terminado ya sus estudios, otros ahora formaban ese hogar que habían soñado, al lado del ser amado. Jorge Iván con Clara Rosa; José Abad con Myriam Helena o Miyú y Sofía con Héctor Parrado. Ya no eran los hijos de Adelfa los únicos nietos de la familia; ahora, se daba la bienvenida a esa otra gran generación, que nos llenaría de orgullo.

Mis pequeñas, ya se ubicaban en la secundaria. La casa grande requería más espacio para abrir sus puertas a quienes llegaran y porque la familia se ampliaba. No pasó mucho tiempo, cuando José Abad, y su ya esposa, Myriam Helena, deciden dar una mano en la construcción y con su aporte se pudo ver hacia lo alto, asomándose la magia de la prosperidad. Creo que era justo, mi vida había sido llena de un pantano tan difícil de salir, pero estaba viendo la luz al final del túnel. Ya no era yo quien trabajaba en la edificación, contratar a quien se encargara de esos oficios, era el ideal. Al mismo tiempo, admiraba y valoraba, como hasta hoy, a ella; mi esposa. Esa niña que, a fuerza de experiencias y sufrimientos, logró madurar; volverse más fuerte de carácter, perseverante y sagaz. Dueña de un sorprendente ingenio, para la transformación de nuestra vida. María, era una arquitecta empírica, más empoderada que nunca, para ir trenzando poco a poco, esa ilusión, casi inalcanzable de tener un refugio para nuestro hogar. Rubinel, se volvía ingeniero al lado de su mamá, le secundaba cada idea para evolucionar y embellecer la edificación; y así poco a poco se llegaba el bienestar.



María Libardo, Jenny



Aunque hubo cambios, la unión familiar permanecía. Vivimos un tiempo en la Fragua, aunque llegaban nuevos seres; nueras y yernos, nietos y bisnietos; disminuía la convivencia bajo el mismo techo. Desde afuera los ya casados, nunca dejaron de volver y hasta mi mayor consentida, Milvia, ya había formado el hogar con Yuber. Conservaban su soltería; Clara Elisa, Rubinel, Gloria Edith, quien ya tenía a su hijo Vladimir. Por su puesto las pequeñas, Leydi y Jenny, pues como hijas menores, tuvieron el privilegio de tener padres para ellas, regalos de sus hermanos; y besos de su madre.

Derecha a izquierda: Carolina-Alejandra-Ana María-Jorge -Rubinel-Milvia-Jaqueline-Sandra Milena-María. Weimar y Deimar-Alejandro- Ruben-Mauricio.Yudith-Diana -Pilar y Johans



María y Clara



Edith-Clara-Sofía-Adelfa-Rubinel-Myriam Helena-José abad-María-Libardo-Milvia-Jenny-Leydi-Jorge

El camino de la vida

Recordando la canción *El camino de la vida*, cuando juntos habíamos recorrido los anteriores escenarios, ahora vivíamos...



Leydi-Rubinel-Abad-Libardo-Weimar-Sócrates-María

*Y luego cuando ellos se van, algunos sin decir adiós
El frío de la soledad golpea nuestro corazón,
Es por eso Amor Mío que te pido
Por una y otra vez, si llego a la vejez,
Que estés conmigo...*

Ese ambiente y refugio de amor, fue testigo de penurias, pero a la vez, tantas alegrías. Nuestros cincuenta años de casados lo probaban, cuando ya no éramos nosotros los que guiábamos los pasos de nuestros hijos, sino ellos, los que ahora nos conducían hacia el altar. Nos prepararon esa boda soñada, revestida de claveles, serpentinas de colores y acompañados de familiares. La marcha nupcial nos abrió las puertas de la iglesia, con inmensa alegría lucía el mismo color de su vestido.

Otra vez, era Ricardo, cincuenta años después quien me volvía a entregar a su hermana. Un beso cerró el pacto de compromiso que nos unía hasta que la muerte nos separe. Y al son de las guitarras, la alegría, invadió el ambiente, para bailar y disfrutar de esa fecha única que reafirma la unión de esta familia, luchadora y perseverante.



Fiesta de cincuenta años: Adelfa-Clara-Sofía-Gloria Edith-Milvia Leydi-Jenny

Siempre fui un hombre activo, recio y diligente; pero, unas líneas se marcaban en mi rostro, intentando cerrar los ojos que parecían encogerse sin



Jorge-Abad-Rubinel-Libardo-María

Sostenía en mi mano, la pensión ganada con total entereza, lo que me permitía tener mayor tranquilidad, en compañía de María, porque como tantas otras veces, poco a poco íbamos quedando solos. La casa de San Francisco, requería un mayor trabajo y atención y nosotros ya casi solos; porque todos iban tomando el rumbo de sus hogares. Pero mi arquitecta no se detenía, quería un poco más; solo con ayuda de los arriendos cubriríamos los gastos, lo que hacía necesario invertir más. Esta vez, fueron todos los que colocaron un granito de arena, para que se diera la oportunidad de obtener ganancias.

Solía acomodarme en un sillón, disfrutaba de una vista espléndida frente a la ventana, muchas veces escuchaba mi

música favorita. Pero, tan pronto tuve la oportunidad de ver recreadas todas estas historias de amor, dolor



Nietos Sócrates-Alejandra-Nicolás-Sandra- Jorge Andrés-Yudith-Laura-Diana Marcela-Neil-Andrea-Vladimir y demás

y lágrimas, en una novela transmitida por televisión, no dudé en mirarlas y enamorarme de esas historias increíbles, mientras iba quemando el tiempo. Así esperaba domingo y ver llegar a nuestros hijos con sus familias. Gracias a mi hijo José Abad, pudimos conocer otros horizontes, cuando con su familia, viajábamos por paisajes maravillosos. En dos oportunidades fuimos con mi esposa a Florencia, donde pude recorrer nuevamente aquellos parajes que traían tantos recuerdos especiales a mi mente. Recuerdos que me transportaron hacia mi infancia y los tiernos años de juventud, visitar a algunos familiares que aún se encontraban allí y saludar con gran aprecio a varios conocidos. También, José Abad y su esposa, como premio merecido hacia sus respectivos progenitores, nos invitaron



María-Libardo-Adelfa-Sócrates

a pasar una estadía en San Andrés Islas durante algunos días del mes de diciembre. Fue así, como fuimos

con Pedro Corredor y su señora, a conocer el mar donde, por primera vez, disfrutamos de un maravilloso paraje de arena, brisa y elevadas palmeras, así como la posibilidad de sentir del agua salada en nuestros cuerpos.

Pasado un tiempo, veíamos a María más cansada, enfrentando esa empresa de alquiler y lidiando con tantas personas. Todos los hijos se habían organizado, la soledad se iba acomodando a nuestro lado. Aunque nunca nos faltaron los hijos, la compañía de algún nieto, porque en San Francisco ya nos hicieron abuelos de veintisiete nietos y siete bisnietos; varios matrimonios conducían a la unión de hogar.



Camilo-Daniel-Clara-Gloria Edith-Jarmaile-Milvia-Jenny-Leydi-Sofía-María-Vladimir-Alejandra



Ruben Darío-Rubinel-Pilar-Johan S-María Fernanda



Reflexiones de mis años

Siempre les decía a mis hijos, que el día que yo muriera quería estar en San Francisco. Hubo tantos ensueños e ilusiones alrededor de mi casa, pero no había contemplado la realidad de la madurez, aquella vejez que exige compañía, rinconcitos de tranquilidad y el permanente cuidado, cuando nuestro cuerpo cansado ya no respondiera. Así me sentía y también lo notaron mis hijos. Por fortuna para ellos, siempre sus padres, han sido lo más importante. Ante todo, el cuidado y la protección. Gracias a Dios, mi hija Gloria Edith y John Alejandro, sentaron sus primeras bases para un futuro en Suba. Al poco tiempo, Leydi, consolidó su familia y sin sospecharlo, nos uniríamos un grupo aquí. Desde el año 2009, nuestro lugar es este pequeño pero acogedor, apartamento.

¿Y por qué hablar de reflexiones? pues, aunque aquí, he visto en cada uno de mis hijos un valioso progreso; también siento que la vida sigue siendo difícil. Pocas veces se alcanza la tranquilidad en la economía. A veces, noto que sus múltiples esfuerzos no son suficientes. No quiero que ellos tengan que repetir lo que yo viví y por eso, pido a Dios cada día para que logren salir de sus aprietos. También celebro cada triunfo, no solo los de mis hijos; sino los de mis nietos y bisnietos



Libardo-niños



Libardo y María

que-

nes día a día se enfrentan a esa dura batalla que es la vida. Cada uno desde su profesión sigue en esas continuas búsquedas por encontrar ese equilibrio, sobre todo en la economía, porque nadie se salva de esa inequidad social.

Aquí en este pequeño refugio, hemos sentido la compañía de nuestras hijas y sus esposos. La llegada de Juliana, última nieta de la familia Giraldo Pérez, completando veintinueve. Y un grupo de bisnietos que no paran de llegar. Hace solo un día que nació Violeta,

hija de Yudith y Oscar, mi biznieta más chiquita, pero Deisy y Weimar están en espera de un nuevo bebé, completando así veinticuatro.

Se pierde la memoria

Sin explicaciones, con impotencia e ironía, veo a mi hijo José Abad, alejarse para siempre de su realidad y la mía. Cuando estaba alcanzando su plenitud, estabilidad emocional, al lado de su familia, en la cumbre de su trabajo y la edad para iniciar la mejor etapa de un hombre; ahí, justo en ese momento, pierde el tesoro más grande, su memoria. Nunca he juzgado a Dios, porque mi Fe es inquebrantable, pero el vacío y sentimiento de dolor también es indescriptible y desconsolador.

viene a mi memoria, cuando juntos hombro a hombro, compartíamos cada experiencia vivida. Mi hijo, me acompañaba en el campo, me honraba con su admiración hacía mí. A toda la familia



Libardo-María- José Abad

nos proporcionó grandes aprendizajes. Sin duda alguna, es él el motor principal del crecimiento cultural, intelectual y social de estas cuatro generaciones que vivimos a la vez. Con lágrimas en mis ojos, lo recuerdo, cuando sentamos las primeras bases para nuestra firme casa de vida. Y su mano incondicional, estuvo hasta

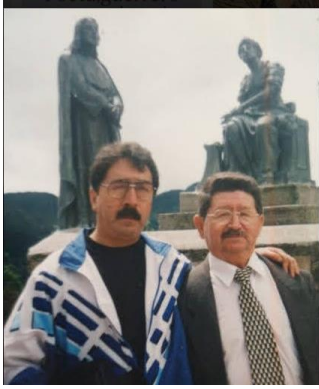


Pilar-ruben-Miyu-José Abad-Johan-Rubinel

sentir.

el último instante de su lucidez. Les dejó a todos sus seres queridos como herencia, el don de la generosidad, la entrega por el trabajo, el gusto por lo que se hace y la importancia de luchar por el progreso individual y colectivo: en cada grupo familiar que, de manera particular, logrará el progreso de la Gran Familia en general. Continúa reflejándose a través de mi querida nuera Myriam Helena Corredor y sus hijos.

Aunque pareciera no entender mis deliberaciones frente a lo inexplicable; y ahora, que tengo esta oportunidad, de seguir su mirada perdida en el firmamento, sólo quiero expresar mi



—Hijo, nunca pensé que era usted primero y no yo, quien sufriera el deterioro de ese motor de conciencia. Eso que lo hacía tan imponente y único. Siempre coqueteando con el conocimiento hasta el cansancio y el devenir de la vida. Mijo, ahora que está frete a mí, con su rostro decaído, haciendo un esfuerzo para corresponder con su mirada, le quiero agradecer por mostrarme el camino a seguir, cuando tenía dudas, por ser la huella a seguir de la familia y por brindarnos tantos motivos de orgullo y felicidad.

Mi irracionalidad o mi lógica, como una ambivalencia, requieren esa respuesta y como tranquilizándome creo escuchar de su propia voz...

—Gracias papá, porque yo soy lo que usted ha hecho de mí, yo soy sus enseñanzas y su ejemplo.



Mi hija Jenny, fue acercándose también, buscando nuestra compañía y la de su hermana Leydi, porque ellas desde que nacieron eran como una sola, eran las mejores hermanas, confidentes y una verdadera hermandad. Los estudios de sus hijos y la compañía de todos, nos iban complementando y recibíamos del cielo algo de felicidad. La distancia nunca ha impedido unión familiar, porque seguíamos tan fraternamente unidos. Ni las fronteras logran una separación real. Eso nos ha permitido, estar unidos.

Sin quererlo, tuve que salir de mi casa, pues mi esposa, un poco delicada de salud, me impedía su cercanía. Entraba en conflicto por los dolores causados durante tantos años, esos eran sus argumentos y yo los respeté. Con la complicidad de nuestros hijos nos distanciábamos.

Mi niña Leydi desde el cielo...



Como un incomparable testimonio, ha sido nuestra vida. María y yo hemos sufrido las pérdidas más increíbles e inauditas. Nuestros hijos, siendo tan solo unos niños no lograron superar esa batalla y se fueron tan pronto, dejando de lado, la vida, la alegría y el estar a nuestro lado. Pero ¿cómo somos de ingenuos? creíamos que éramos invencibles, que ahora nada nos iba tocar. Esas sombras oscuras habían desaparecido para siempre de nuestras vidas. Todos, veíamos como en otras familias llegaba ese duelo insanal, pero a nosotros no nos tocaría. Sin embargo, ese día oscuro se fue colando sin pedir permiso y se ensañó sin compasión contra mi Leydi. Su corazón de oro, había empezado a fallar, esa enfermedad que se instala tomando posesión de todo lo que está cerca. Un

desmayo nos avisaba que algo andaba mal. Jamás imaginar que su falta de respiración, la fatiga y el cansancio la estaban conduciendo a ese túnel sin salida.

El año 2018, celebrábamos la vida, por el cumpleaños número ochenta de María. Un evento mágico, bendecido con la compañía de toda la familia. Compartimos palabras, besos abrazos, copas de vino y grandes regalos. Sin embargo, ocho días después, María fue sintiendo que su cuerpo se debilitaba y una neblina apagaba sus ojos. Mi hija, Leydi, como un compromiso del alma, pues era quien se encargaba de nuestra salud. Tan pronto vio el estado de su mamá, corrió con gran prisa hacia el hospital. Por fortuna, se inició el tratamiento que sanaría su cuerpo y volvía a recobrar poco a poco la visión.

También como esa premonición fue dejando todo en orden, citas médicas y los estados de su trabajo. Ella, quizás sin saberlo, ya se estaba despidiendo. Una noche, la tomó ese dolor agudo en su brazo, tan incontrolable que era imposible no acudir de inmediato al médico. Ya no éramos nosotros los viejos, los que asistíamos a esas camillas sino mi joven hija. Hubiera preferido una mentira piadosa que esa cruda verdad. El cáncer en su cuerpo, le impedía seguir con vida.

Como tantas veces antes, hablé con Él, le supliqué que me prestara un poco más su corazón. La quería cerca, sentía la necesidad de protegerla. Solo esperaba que fuera una de sus bromas, como cuando llueve y hace sol a la vez; al final todo sa-



Gisleny-Gloria Edith. Sócrates-Felipe-Rubinel-Johan-María-Leydi

bemos que son las gracias del Señor. Muchas veces, es un susto y de ahí puede surgir un aprendizaje. Todos, más unidos que nunca, con sus silencios nos negábamos a aceptar. Leydi, aún tenía muchas tareas por cumplir. Debía proteger a sus hijos, hasta verlos crecer. Ser partícipe de sus triunfos y derrotas. Estar a su lado cuando se casarán y ser esa abuela consentidora. Sus hermanos la necesitaban y nosotros también. Fueron veinte días en que las palabras se quedaban cortas. Diana Marcela, su hija y mis hijas no se permitían dejarla sola. Ellas la estaban despidiendo sin saberlo. Le ofrecían su amor de la única manera que

podían hacerlo, cuidándola. Estaba acompañada de tantas personas. Su esposo, Vladimir Martínez, Juan Esteban y los hermanos, sobrinos y primos.

Regresaron las noches de insomnio, miraba al techo dibujando figuras entre las sombras. Cuando asentaba la realidad, me llevaba las manos a la cabeza, mi corazón se exaltaba y me santiguaba con fervor. *Dios no es hora señor*, mi mujer, más triste que nunca. Me arrodillé y recé el Padrenuestro con más devoción porque guardaba esa última esperanza, reflejada en un milagro que me dijera. *Tranquilo, todo está bien*. Verla levantar de ese lecho mortal.

Era ese empañado día, once de agosto de 2018, cuando nos vimos todos en la UCI, aun sin aceptarlo, despedíamos a nuestra niña amada.

Conectada a unos tubos, apenas si lograba respirar. Solo sé que ya siendo la una de la tarde, en que el Sacerdote, se acercó a bendecirla y aplicarle los Santos Oleos, también yo le daba mi última bendición; como si desde aquí, le quisiera evitar pasar por ese camino desconocido y sin tropiezos. Ahora, ya no había forma, de retenerla a mi lado. Vi caer de su lívida mejilla una lágrima, que la tenía entre la vida y la muerte. Era ella, quien se resistía a partir. Quizás temía a lo desconocido o su inmenso amor por esta existencia humana.



—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Descansa hija, nosotros vamos a estar bien. Busque a sus hermanitos que deben estar bajo el manto del Señor. Yo seguiré orando por usted, para que logre estar junto al Padre Celestial. Mis manos cubrieron mi rostro, cuando sollozando todavía no podía aceptar su partida. Toqué por última vez su rostro frío, besé su frente —Adiós Hijita de mi alma.

El nueve de junio de 1977 a las tres de la mañana había nacido una hermosa niña. Y siendo las tres de la tarde, como un misterio, cuarenta y un años después le decíamos adiós para siempre. Una nube empañó toda mi vista, me impedía ver a mi alrededor. Tenía dificultad al respirar, sentía que también me desvanecía como ella, mi pecho apretado, me impedía respirar. María se acomodó a mi lado, tomó mis manos y fue en ese momento cuando nos unió el mismo abrazo del adiós. Siendo su madre, también se desvanecía y parecía que sus fuerzas se iban desmoronando. Ya en mi hombro y su rostro humedecido del llanto, me decía....

—Libardo, se murió la niña, mi chiquita. Qué dolor más grande.

Nuevamente repetía con su voz resquebrajada y sin consuelo, que no imaginaba seguir sin ella. Solo pude sentir un poco de alivio cuando dejé que mi llanto saliera y así desahogaba el vacío en mi alma. Se apoderó de mí esa impotencia al ver que todos sin excepción se desbarataban de dolor. En ese momento, nos unía, el mismo sufrimiento. De la noche a la mañana la sonrisa de niños, jóvenes y viejos pasó a la angustia y el lamento. Son esas las ambivalencias de la vida. Parecía increíble que más me demoré en darle su bendición, que ella en partir para siempre de nuestro lado.



Pasan los días y casi sin premura todo marcha con normalidad. El adiós de mi hija Leydi, obró como un milagro para que con María rescatáramos nuestro matrimonio. Después de tres años, donde había vivido en el hogar de mis hijas; primero estuve con Clara y después donde Milvia. Pero el momento de volver llegó como ese regalo anhelado. Nunca he dejado de amar a mi esposa, quiero estar siempre a su lado, cumplir la promesa que hice frente al altar; hasta que la muerte nos separe. María, nuevamente se desvanecía, en su cabeza rondaban los delirios que muchas veces la habían acechado y ahora necesitaba de la única compañía que le generaba

confianza, ese era yo, su esposo. Un día nos pidió en medio de la reunión dominguera, permitirle que Libardo volviera, su compañero de siempre, el padre de sus hijos y el soporte emocional de su vida. Ellos como parte de su curación, aceptaron y regresé con el mismo amor y resignación de siempre.

En los devenires de la vida, Sofía se acercaba también a esta zona y con ella, sus hijas y nietos. Pero el mundo entero empezó a protagonizar una situación inesperada, desconocida e imposible de creer. Un encierro nos convocó a esa unión de la que el mundo ya se había olvidado.

Un adiós inesperado

De un momento a otro, los medios de comunicación se tomaron la humanidad. Las redes sociales nos hostigaban con la información de una epidemia, ese virus que atacaba a cualquiera y podía ser mortal para el más frágil. De eso se empezó a hablar en Europa, que era España uno de los países más afectados o Italia, del cual se habían muerto no sé cuántos miles. Pero en Colombia, aún no pasaba nada. Solo cuando hasta marzo de esta 2020, cuando de verdad llegó y lentamente se fue metiendo y ocupando todo lo que nos rodeaba, sin pedir permiso. El enemigo más silencioso, invisible nos quería atacar. Algo parecido a la fiebre amarilla, o a la peste negra, ahora se llama Covid 19.

Dentro de mi historia que aún no termina, también este virus hace parte de ella, porque casi cerrando el último capítulo, apareció y no puedo ser ajeno a ello. De la noche a la mañana, que el presidente, que la

alcaldesa, que el ministro de salud, que la OMS, nos ordenaban un encierro perentorio en nuestras casas. Las escuelas y universidades, el estadio, el teatro y hasta el parque de diversiones pararon sus maquinarias. Nosotros empezamos la cuarentena con el respeto y protocolo, requerido. De esta manera, ahora las reuniones, el café y las tareas se brindaban de manera virtual.

Estando todos, en plena cuarentena, protegiendo la vida. Apenas si se daba el regocijo, y la aceptación del encierro, nuevamente, nos invade otro dolor tan grande como el anterior. Me cuesta creer que en estas páginas iba a quedar plasmada también la partida de otro ser. John Alejandro, desde que llegó a nuestra casa, hizo parte de la familia. Me llenaba de felicidad saber



que existía entre él y mi hija Gloria Edith,

un amor y un matrimonio, tan perfecto que parecía irreal. Él, siempre enamorado de su hogar, de su esposa y de sus hijos. Siempre movidos por el afecto.

A ellos, como a muchos matrimonios, lo que los distancia casi siempre, es la responsabilidad laboral. Pero esta vez, gracias al encierro, estaban disfrutando del mejor tiempo juntos. Mi hija comentaba, que estaban en la mejor etapa de sus vidas, pues durante el tiempo de casados, no habían tenido la oportunidad, ni siquiera de unas vacaciones en familia. Era el momento de aprovechar esta mágica oportunidad para sacar el mejor provecho.

Contemplaban el amanecer que traspasaba la ventana. El cielo iluminaba el interior de su casa, mientras la virtualidad y el trabajo remoto, era complementado, con los oficios. Pero la actividad de mi yerno no cesaba. Se veía construyendo, reparando o reformando cada rincón. Para ellos, hacer el mantenimiento constante, equivalía a tener calidad de vida. Planeaban su futuro y sus sueños de prosperidad, unidos hasta la vejez.

Fue precisamente, haciendo lo que más le gustaba y sabía hacer, reparar una parte alta de uno de los cuartos. De repente un error del destino, una falla de alineación o acomodación, aquello que lo debía sostener con firmeza se deslizó. Un golpe, sacudió todo el edificio. Ahí estaba, John, tendido en el suelo, con su mirada perdida, desmayado y sin reacción. Bastó el examen de un especialista para que anunciara su amenazador final. Era cuestión de horas. La despedida era ineludible. Ahora, era mi hija Edith, quien, apenas se reponía del duelo de Leydi, cuando volvía a sufrir la desgarradora pérdida de su esposo.

Repetía el punzón en mi pecho, y me conmovía saber a mi hija estaba hundida en el más profundo padecimiento. Despedíamos a un hijo, a ese padre cariñoso, un hermano y el esposo ejemplar. Observo la realidad sin él y sólo tengo palabras de agradecimiento. Porque nos permitió estar en su vida, muchas veces nos brindó su abrigo y nos protegió incondicionalmente. Le pido a Dios por todos y por ella, mi Glorita, que logre superar este duelo que apenas comienza. Porque eso que está sintiendo, estará haciendo estragos en su corazón, su vientre y su alma.

Ahora, también tenemos la compañía de Clarita, quien llegó con su hija Angélica. Casi cerrando las páginas inacabadas de mi historia, me acompaña María a disfrutar de mi vejez.



Nuestra descendencia



Así juntos María Pérez, ya con sesenta y siete años de casados, podemos divisar nuestra descendencia.

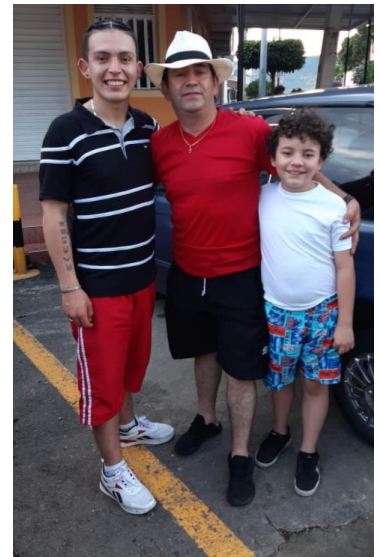
María Adelfa Giraldo Pérez: Ahora disfruta de la estancia en Mesitas, con su finca, donde sigue prosperando, ya no es una sola casa, sino tres.



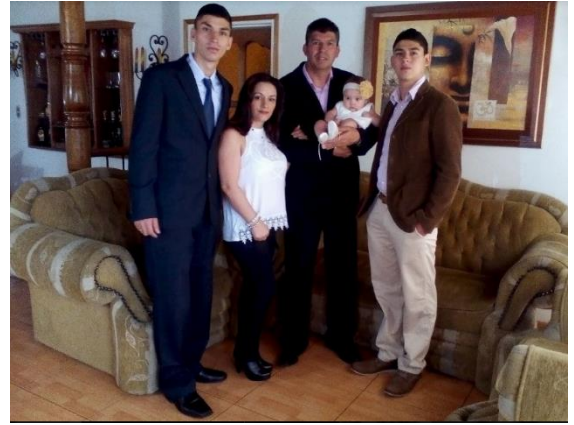
Sócrates Cardona Giraldo, Ingeniero y docente catedrático de la universidad de Cundinamarca, al lado de su esposa **Sandra Bibiana Díaz**, quien ahora hace parte de los pensionados de la Policía Nacional del país. Recrea su tiempo en el gimnasio, el club y apoyando el estudio de su familia. **Bibiana Andrea**, adelanta sus estudios en la universidad de Antioquia y su estadía en Medellín se da durante la época de estudio. **Jesús Santiago**, aprobó décimo y para el 2021, Dios mediante será bachiller.



Weimar Cardona Giraldo, dedicado a su trabajo, inicia una nueva alternativa laboral, acompañado de su esposa **Deissy Katherine Cubillos**, quien acaba de terminar su bachiller y pronto nos llegará la felicidad de una nueva vida a su hogar. **Deimar Stiven**, continúa con sus estudios universitarios, como ingeniero catastral, en la Universidad de Cundinamarca. **Jonathan**, más conocido como *Jonathan Cars* está disfrutando de su primaria.

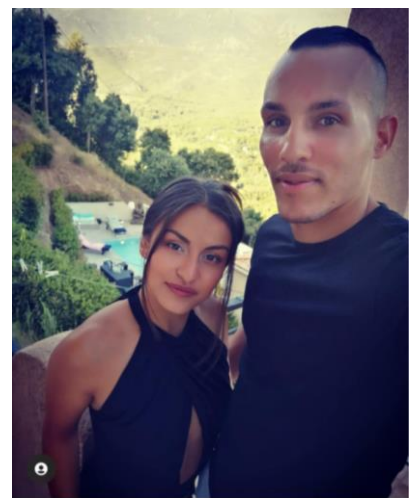


Gisleny Cardona Giraldo: acompañada de su esposo Víctor **Julio Avendaño** y cuidando su bella hija **María Antonia**. **Juan Sebastián**, combina su estudio universitario de ingeniería mecánica con el trabajo y **Felipe**, ahora, buscando nuevos horizontes en España.



Jarmaile Cardona Giraldo: Trabajando en su nuevo proyecto laboral, con la venta de coches en Francia, acompañada de su esposo Olivier, juntos ven crecer sus sueños, viven con su amado hijo **Axel**, el francés quien se destaca en su.

Daniela, campeona de Boxeo Sanda, enamorada de su prometido **Sylvain Morel**, pareja y quien trabaja como entrenador.



José Abad Giraldo Pérez, viviendo su propio mundo, pero acompañado de su fiel esposa, Miyucita, quien



lo protege. **Myriam Helena Corredor**, profesional en su oficio, magíster y continúa sirviendo a su país como coordinadora en el Colegio Rodrigo Lara Boinilla. **David Nicolás**, doble Magister, egresado de la Universidad de los Andes, trabaja en varios proyectos, uno de ellos es la DIAN y **Neill Rolando**, ingeniero de sistemas, ahora en Alemania aplicando su profesión desde el año 2018.

Jorge Iván Giraldo Pérez: un abuelo feliz, está en el proyecto de posponer la conducción para dedicarse a las labores del campo en Florencia Caldas. Acompañado de su esposa **Clara Rosa** y quien divide su tiempo en la casa de Medellín y Florencia, acompañados de su hijo **Julio Cesar** Actualmente normalista con visión de ser pedagogo.



Sandra Milena, trabajando en la alcaldía de Medellín, desempeñando un cargo acorde a su profesional. Su esposo



esposo **Jhon Alejandro Gil** dedicado a su trabajo y sus dos hijos, **María Camila** y **Juan Manuel** los cuales adelantan sus estudios de primaria.

Jorge Andrés. Actualmente trabaja en una empresa de topografía, actualmente casado con **Jenny Álvarez**, con sus hijas **Isabela** quien inicia sus estudios primarios. A su hogar, llegó este año la hermosa **Danna Sofía**



Adriana Carolina. Su hija **Mariana**, quien está acercándose al bachillerato. Carolina casada con **Fernando Baquero**, dedicado a su trabajo artístico como pintor y tienen una hermosa hija, **María Victoria**, quien está dando sus primeros saltos para entrar a estudiar



Iván Mauricio, siguió los pasos de su padre en la conducción muy pronto formará matrimonio con **Johana Cruz Pérez.**



Clara Elisa Giraldo Pérez: Continúa su trabajo en la Corporación universitaria Cenda, acercándose a su jubilación. Comparte su vida con su hija **An-gélica María**, quien finalizó sus estudios de bachiller.

Daniel Mauricio Moyano Giraldo: joven trabajador y actualmente, estudiante de agronomía en la Universidad Nacional de Colombia.
Héctor Camilo Moyano Giraldo: Dedicado a su trabajo con gran dedicación.



Rubinel Giraldo Pérez: Ingeniero topógrafo, dedicado a su gran empresa ITGA ingeniería SAS. Vive con su esposa **Pilar Angarita**, entre los dos, se apoyan en el crecimiento de su gran empresa y su finca en Florencia. Sus hijos; **Rubén Darío**, viajero incansable por lo largo y ancho de nues-

tro país, acompañado de su padre. **Johan Sebastián**, estudiante de Ingeniería Catastral y Geodesia en la Universidad Distrital y su princesa **María Fernanda** destacada estudiante de secundaria, en el colegio Cafam.



Sofía Giraldo Pérez: Dedicada a la creación literaria, docente en la Secretaría de Educación del Distrito y catedrática universitaria de la UT, su hija **Laura Angélica Parrado**, coordinadora de cooperación en América solidaria Perú.

Ana María Parrado: Finalizando sus estudios de contaduría, empleada en la UNAD, casada con **Andrés Victoria**, actualmente estudiante de inglés y Licenciatura en Artística; padres de **Dante Lucciano**, deportista de Skate y baloncesto. **Anthony Gael** y **Adán Gabriel**, los dos viviendo la maravilla del preescolar.

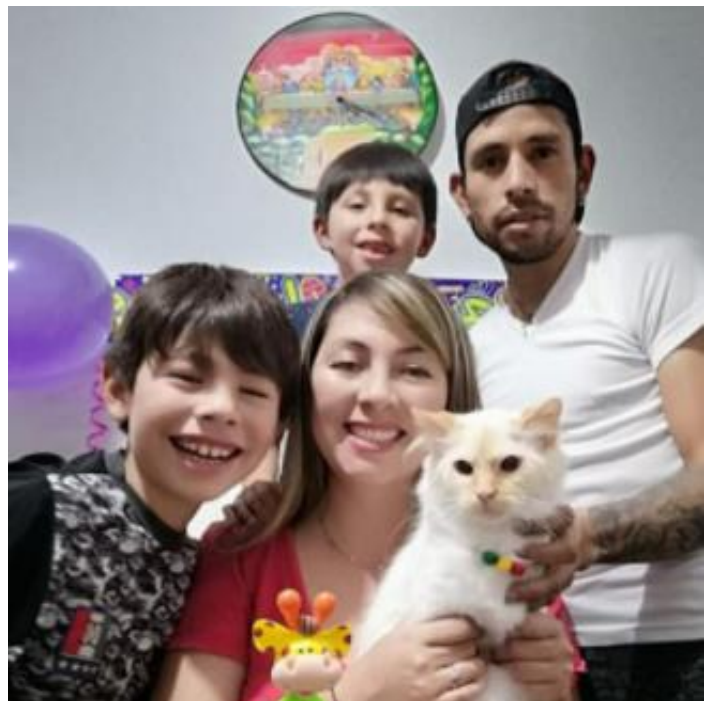


Edith Giraldo Pérez: Actualmente, administradora en varias empresas. Esposa de **John Alejandro Velásquez**, quien tristemente nos abandonó para siempre este año, sus hijos **Vladimir Alexander**, docente licenciatura en educación comunitaria con énfasis en derechos humanos, universidad Pedagógica Nacional. **Javier Alejandro**, estudiante de diseño gráfico y empleado en Caracol Radio y la hermosa **Juliana**, mi última nieta, danza en el agua como su deporte favorito y estudiante de primaria, con excelentes resultados académicos.



Milvia Giraldo Pérez: dedicada a su jardín Play House Disney casada con **Yuber Francisco Rodríguez**, continúa en el mundo de la conducción, viven con **Juan David**, dedicado a sus estudios secundarios.

Alejandra: Casada con **Cristian Varela**, quien está dedicado a su trabajo y los niños **Emmanuel** y **Thomas**, los dos estudiantes de primaria en el colegio Argelia.



Yudith Mayerly: Dedicada a su trabajo, en el jardín infantil Play House Disney, en compañía de su mamá. Su esposo **Oscar Ocampo**, hombre trabajador. Sus hijos **Lucciana**, estudiante de primaria con sus primos en el colegio Argelia, **Jerónimo**, presente en su jardín y la más nueva bisnieta **Violeta** con apenas unos días de nacida.



Leydi Giraldo Pérez. Desde el cielo, protege a sus hijos. Su amada hija **Diana Marcela**, estudiante de arquitectura en la universidad Colegio Mayor de Cundinamarca y **Juan Esteban**, muy pronto Bachiller.



Jenny Stella Giraldo Pérez, dedicada a su trabajo en Cruz Verde, casada con **Janier Ferney Giraldo**, empresario en el campo de la salud. Sus hijos, Jenifer Valeria, recién graduada de bachiller y con el proyecto de estudiar Trabajo social y **Miguel Ángel**, actualmente cursa su bachillerato



De regreso a Florencia



FOTO 1: Florencia hoy

Cuando esta ciudad de Bogotá, me abrió sus puertas, sentí que mi destino estaba en la gran Metrópoli. Dios con su infinita bondad, me mostró el camino. Y gracias a mis buenas decisiones sigo aquí. He visto a toda mi familia, crecer en muchos aspectos. Gracias a mi estadía, perseverancia y constancia, puedo decir que he alcanzado muchos de mis sueños. Me siento afortunado, al contar con el cariño de mi esposa y la generosidad de mis hijos. Pero también la estabilidad que me brinda la pensión. Gracias a eso, hoy estoy como en el trono del Rey.



Como hijo de Dios y orgulloso del campesino que llevo dentro, mis raíces siguen impregnadas en todo mi ser. A veces con nostalgia recuerdo los pasos de mi niñez, en mi bello Samaná, pero tengo la certeza de que fueron ellos, los que sostuvieron la firmeza que me acompañó por estos largos años. Con alegría valoro cada enseñanza de mi juventud, esos altibajos emocionales, las búsquedas y el formar un hogar, me permitieron tener la templanza y perseverancia para alcanzar tantos objetivos. También le debo al campo, los inicios de mi madurez, siendo un hombre que cultivó la tierra, de la misma manera que alimentó el espíritu. No fue fácil renunciar a mi tierra, porque allí se quedaban mis más grandes afectos; mis padres, hermanos y demás familiares. Mi pueblo jamás es olvidado, me traía de regreso, compartía con mis padres, y me ponía el traje que llevo metido dentro de todo mi ser, el de cultivador, cafetero y recolector.

Esta herencia cultural, hace parte de ese montón de recuerdos imborrables tatuados en mi alma para siempre. Procuraba visitarla a menudo, durante las vacaciones; pero, como tenía tantos hijos, debía alternar entre dos o tres de ellos. Abad y Jorge, por ser de los más grandes, conocían la tierra de su padre. Abad, porque era parte de su esencia y Jorge curiosamente, decía que era de Florencia, creía ser paisa desde pequeño y su acento caldense lo reafirmaba. Se las ingeniaba para proteger esa jerga semejante a la de sus padres y abuelos; aun-



que viviéramos en Bogotá, procuró mantener semejanza en ese tonillo, como nosotros que nunca lo perdimos. Gracias a ese llanto conmovedor de un niño, Rubinel fue afortunado, pues le encantaba regocijarse en el paisaje caldense en más de una oportunidad.



Curiosamente, se vuelven a unir los lazos familiares, como si la vida nos retornara a la tierra y los vínculos fraternales y de amor, en lugar de romperse se fortalecieran más. En 1930, recibían la bendición del matrimonio, esas dos parejas: por un lado, Pedro Alejandrino Giraldo con Eloisa Murillo. También Milciades Giraldo con Isabel Murillo. Lo que nunca imaginamos, era que ese compromiso se iba a sostener, setenta y dos años después. Porque el diecinueve de julio de 2002,

Janier Ferney Giraldo, nieto de la primera pareja, se estaba comprometiendo en sagrado matrimonio, con Jenny Stella Giraldo, nieta de la segunda y mi hija menor.



Este amor entre ellos permitió que regresáramos a contemplar de nuevo el paisaje de mi tierra, desde afuera revivía esos momentos de tantos sentirs unidos en sentimientos. Con mi familia recorrimos todo aquello que nos vio crecer. Una tarde, descubrí a mi hijo Rubinel, contemplando ese atardecer pintoresco, proyectado desde la lejana montaña. Me acerque a él, solo bastó detallar en sus ojos, que sus sueños, ahora estaban en este mágico lugar.

En su madurez, el ingeniero, soñador y fiel amante del campo, empezó a poner la primera piedra y sembrar también sus raíces aquí. Con Pilar, su compañera, edificando la ensoñación paraíso. Ahora todos disfrutamos de realidad, retomando con mayor fuerza, recuperando esa naturaleza casi olvidada a punto de esfumarse. De ese grabado en mi memoria, ahora veo un acompañado de iluminada visibilidad, puertas amplias y los espacios más donde alojar toda esta increíble descendencia.



fiel
de un
esta
como
rancho
palacio,
con sus
grandes

Con el corazón repleto de emociones, sentimientos de nostalgia y felicidad; agradezco a él, mi hijo por esta bella iniciativa, y a Dios, por traerme de regreso con noventa años, a contemplar el brillo de la vida al lado de este paisaje.

Heme aquí sentado contemplando un nuevo amanecer con la calidez que brinda la imponente tierra de mi Florencia amada. Repito con mis nietos...

***Somos los Giraldo
Con el respaldo de Dios
Honor, lealtad y bondad
Así somos los Giraldo***

Gracias hijos por permitirme vivir este sueño con ustedes, con seguridad la historia continúa.

En esta hermosa casa de la vereda Jardines, corregimiento de Florencia, Municipio de Samaná Caldas, a sus noventa años y en su presencia, se terminó de editar el libro: *Poeta, Guerrero y Letrado. Libardo Giraldo Murillo. Biografía*

MUCHAS GRACIAS



Algunos de mis poemas

versos para enamorar

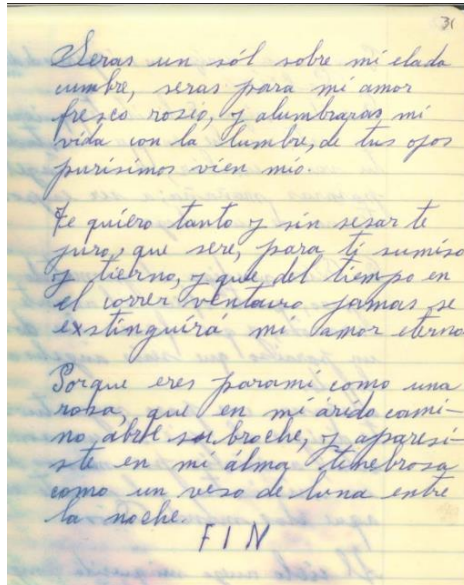
Sí yo fuera pajarillo

*no me ocuparía en volar
me asentara en el camino
solo por verte pasar*

*Yo te quiero por bonita
y por toda tu hermosura
también por esa boquita
que huele a piña madura*

Para tí sembré flores

*y destruí tus abrojos
y quise regar las flores
con el llanto de mis ojos*



Yo te ví persignar

*mis ojos fueron testigos
quien te pudiera besar
donde dices enemigos*

*Cuando casarte tú quieras
aquí está tu compañero
soy golondrino que habita
en las pajas de tu alero*

Yo no soy poeta, ni tampoco peregrino

*son voces del corazón
que cruzaron por mi camino*

Dos solteros discutían en una lejanación

Y yo que escuchando estaba oí esta conversación

*Hombre cómo te parece
que yo me pienso casar
me aburro tanto soltero
que no me puedo aguantar*

*Pues hombre es muy buena cosa
sí te dicta ser casado*

*Lo único que yo te digo
es que allí te cogen cansado*

*Cansado por qué mi viejo
ca vida debe llevarse
descansadita entre dos
y la cruz del matrimonio*

vino dispuesta por Dios

dispuesta por Dios es cierto

Pero la cruz es pesada

y el hombre cuando se casa

no vuelve a servir para nada

Déjate de ser imbécil

de conocimiento eres pobre

de suerte que sí me caso

yo dejaría de ser hombre

No es que dejes de ser hombre

pero de ser ciudadano

que deja la sociedad

por convertírte en marrano

Ahora vas y te casas

pues voz que vas a saber

sí esa mujer te quiere

o es apenas por joder

Ahora vas y te casas

quedás como la noche negra

que te jode la mujer

en compañía con tu suegra

Ahora vas y te casas

la desgracia a tí te brínca

Eva a nuestro padre Adán

lo hizo echar de la finca.

Ahora vas y te casas,

y verás la triste paura

no recuerdas que en Caracas

se volvió una mujer mula

En Balboa otra ocasión

en cambio, de besos y abrazos

una mujer a su esposo

le dio veinte machetazos

No me avientes más carracas

que no te quiero escuchar

lo único que te digo

es que yo me pienso casar

Ahora voy y me caso

pues me hago bien notable

con una mujer bonita,

de todo el mundo envidiable

Amigo eso pretendes

tenés muy buena intención

darle esposa a tus amigos,

y cargar la obligación

ahora ya no me caso

ya me tienes convencido

vaya novía a los infiernos

a buscar otro marido

Mí desgracia

Hoy yo no encuentro una mano generosa
que me lleve por la senda del consuelo
en mí vida una noche tenebrosa
sin luna y sin estrellas en el cielo.

El canto de las aves me entristece
el rumor de las aguas me ensordece
el ruido del viento y la tormenta
vaporizan mi alma que enmudece

Bañado por la lluvia de primavera
tostado por el sol de los veranos
de mi honra los hombres vocíferan
me traiciona el amigo y el hermano

Si soy conservador pocos me quieren
si soy liberal todos me burlan

Si casarme o no casarme
me decía un solterón
qué situación tan horrenda,
la que estoy atravesando
me la paso diariamente
solo en la vida pensando

y si adulto a poco me pregonan
si soy mujer los hombres me escarnecen
y si soy hombre, las brujas me persiguen

Si me calzo me dicen orgulloso
si haraposo, me dicen miserable
y si hablo me obligan a que calle
y si callo me es imperdonable

Si novias consigo me abandonan
si no consigo me dicen miserable
y si abajo pocos me presionan
y si estoy viejo me desploma el viento

Quisiera ser una áspera montaña
circundada de serpientes infernales
donde el cazador con su vida no alcanzare
a circundar de sus males a mis males

Si esta es vida, ya no hay muerte,
dijo un loco emocionado
es un problema muy serio
cuando un pobre esta varado.

Tantos deseos que tengo yo

de ser un hombre casado
Pero vuelvo y premedito
la lucha para el mercado

Y sí a la mujer le gusta, ves-
tír de seda y zapatos

hay torció la puerca el rabo
y el diablo le hará los gastos

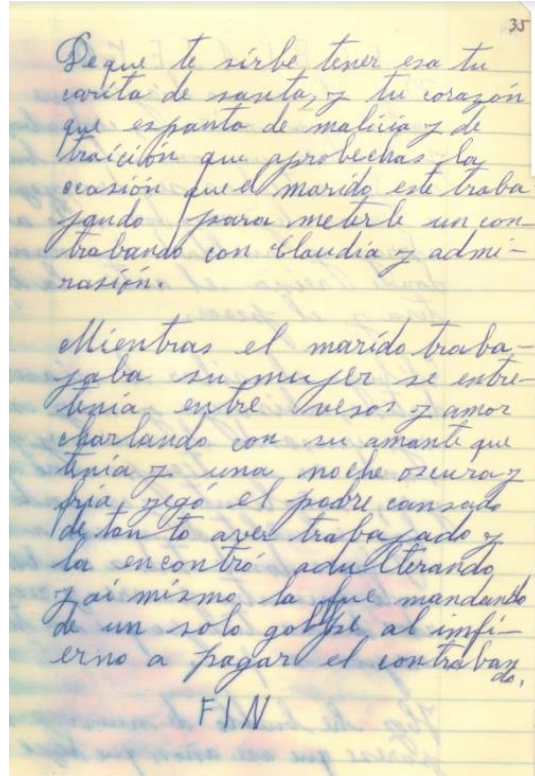
Pues es tanto lo que pienso
que por poco me enloquezco
sí casarme o no casarme
o en qué estado permanezco

Me dijo un hombre casado
que vivía en un delirio
sin saber cómo demonio
se metió en aquel martirio

Siempre vive la mujer
cual tentada del demonio
no hay más condenación
que la cruz del matrimonio

Cuando un hombre va y se casa
grita el diablo en su reinado
hagan un baile mis hijos
que ha caído un desgraciado

Salen serpientes al paso,
pájaros negros al viento
mil fantasmas al espacio



y el infierno está contento

Siete regiones de diablos
hacen gran algarabía

Y el mundo se pone triste
cuando el hombre se desvía
es el paso más mal dado

que el hombre puede tener
una mujer que lo venga a atormentar

El hombre se desespera
cuando bien le va soltero
y se va a meter la pata

sin saber en qué avispero.

Y principia el pobre cliente
su falta y cruel jornada
aguantando mil chocheras
de una recién casada.

Cuando sale al mercado
le encarga de toda cosa
medias de seda veladas
y tamales de donde Rosa

Tráigame plátanos verdes
yuca arvejas y papas
arroz pimienta y cominos
y unas dieciocho patatas
Mañana viene mi hermana
con mi padrino Vicente

*traiga carne bastante
y manteca suficiente*

*No se le olviden los quesos
naranjas y granadillas
chocolate y arroz bueno
Y bastante mantequilla*

*una cajita de polvo
colorete y brillantina
y unos zapatos Luís XV
para estar en la cocina*

Y no se olvide mijito

*que estoy ya de compasión
yo ya no tengo calzones
ni tengo combinación*

*Esto así es por encimita
lo que cuesta el matrimonio
Por eso yo les digo
que este mundo es un demonio*

Homenaje

MARÍA PÉREZ



Hoy quiero decirle a mi esposo, en sus noventa años, que estoy agradecida con él por haber compartido conmigo todos estos años de felicidad. Gracias a Dios, tenemos esta maravillosa familia que comparte tanta felicidad.

Hoy quiero recordar uno de los poemas que él me escribía cuando éramos novios, allá en la vereda de Chorro rico

*Oh quien pudiera joven generoso
Seguir tus pasos por el bosque umbrío
Y enjugar tu frente idolatrada
Con un beso purísimo bien mío*

*Oh quien pudiera y en tu preciosa frente
Con sus labios un beso y oprimir
Lo oprimiera dejándote un recuerdo
Por si acaso con otra te has de unir*

*Te vas dejando en esta tierra
La que a tus pies postró su corazón*

*Me dejas sumergida en la tristeza
Sin un auxilio en mi martirio atroz*

*Ya quedo sola en esta tierra
Desamparada sin patria y sin hogar
Sin un pecho que me sea indulgente
A quién mis penas podré comunicar*

*Si yo pudiera el corazón mostrarte
Como te muestro los secretos de él
Entonces vieras que el amor es cierto
que te pinto en él*

Que no es ilusión lo Recuerdo una carta, que te hice, con tanto amor y tanta inteligencia, porque cada ocho



días nos veíamos. Y yo quería que estuviera siempre junto a mí.

Ya éramos novios un 19 de marzo de cualquier año, era jueves. En la noche, cuando salimos de misa, pasé por el freten de Libardo y no lo alcé a mirar, me pareció que era orgullo mío, o era la enseñanza de mi madre, que no podía mirar los hombres. *A los hombres no se les habla en la calle, ni mucho menos darle la mano.*

Ese domingo, se pudo sentido por mi actitud y en frente de mi casa se puso a tomar trago. Y yo lo miraba, anhelando que llegara, él también miraba, pero no llegó sino hasta por la noche y yo ya quedé tranquila.

Hoy me siento verdaderamente agradecida, feliz por su compañía, porque gracias a nuestra unión y buen ejemplo es que tenemos los hijos que tenemos que nos hacen sentir tan orgullosos de ellos. GRACIAS

María Adelfa Giraldo



Como hija mayor; me siento afortunada porque he tenido el privilegio de ver un padre joven, fuerte, alegre y protector. Las primeras imágenes de mi padre, era cuando vivíamos en una zona montañosa; era un rancho en paja y tabla. Siento que desde pequeña he querido mucho a papá; siempre ambicionaba estar a su lado, aprender de todo lo que hacía, pues lo admiraba mucho. Hoy en día lo sigo respetando por ser un buen padre, porque nunca lo vi borracho ni fumador, ni vulgar ni de palabras morbosas. Es un hombre cariñoso decente educado y hoy en día sigue siendo muy respetuoso.

Soy muy feliz de tenerlo, ahora que ya casi 90 años, siga vivo, alegre y vigoroso. Es un hombre verraco, como hombre y como persona y como padre siempre intentando ir hacia adelante. Es muy valioso, lo conservador, callado y reservado y entregado a Dios.

Sócrates Cardona Giraldo

“Mijito en la vida uno debe ser responsable, honrado y trabajador”, son las primeras palabras que se me vienen a la mente tan pronto comienzo a plasmar lo mucho que tengo que decir de mi abuelo.

A cada uno que tenga la oportunidad de leer este hermoso tributo al rey de esta familia, quiero contarles lo que ha sido ese hombre venido del campo, aserrador, recolector de café, encargado de fincas, jinete, conocedor de remedios naturales entre muchas otras cualidades que tiene. Según lo cuenta cada vez que tiene la oportunidad de decirlo en cuanta reunión se realiza en la familia; por ejemplo, un cumpleaños, un matrimonio, un bautizo, una celebración de bodas con mi abuela, inclusive sentado en el sofá de su casa; con esa pose de pachá y de gran hombre ejemplar, para cada una de estas generaciones.



Mi abuelo, el ser que se quiere como un papá, el que en muchas ocasiones nos corrigió con sus famosos ramales de cuero (látigos que le cuelgan a la funda de la macheta los cuales se usan para el adiestramiento de los animales), cuando junto con mi hermano no hacíamos caso, contestábamos mal o por qué no, un madrazo a cualquiera de la familia. Ese es mi abuelo, el hombre que con un segundo de primaria sacó adelante a su familia, trabajando en la famosa Ladrillera La Candelaria, la cual quedaba a casi dos kilómetros de distancia de nuestra casa, pero para nosotros, con poca edad era demasiado lejos.

Quien de nuestra generación no llevó el almuerzo o el desayuno al abuelo a dichas instalaciones; quien no jugó entre la cascarilla, el carbón y los demás elementos que se encontraban allí, a quién de nuestros contemporáneos en la familia no le tocó hilar ladrillos con la “mocheta”, los cuales eran llevados a la casa para poder construir.

Recuerdo dos anécdotas que me ocurrieron llevando el almuerzo al abuelo, tenía unos doce años. Una vez llegué a la portería y no me dejaron entrar, razón por la cual me desplazé por un costado hasta el sitio donde quedaban los hornos, casi un kilómetro más; antes de llegar iba por unas montañitas de tierra y pasto y ¡Tenga! que me enredé y me caí, pues ya se deben imaginar que pasó. El porta, junto con sus dos compartimentos y todo el almuercito salieron a volar junto conmigo, dando botes loma abajo. ¿Qué tocó

hacer?, recoger lo que quedó y acomodarlo con todo y pasto en el mismo porta. El abuelo recibió su almuerzo, pero ninguno cruzamos palabra, yo por pena de lo que había pasado, me aleje mientras almorzaba, y él por agradecimiento; como hacía con todos, me dejó el bocado y no me dijo nada.

Me cuenta la abuela que en la noche cuando llegó le dijo, "—*Ole hija, imagínese que el niño me llevó el almuerzo, pero creo que comió porque iba muy poquito, pero la carne estaba completa.* Cuando la abuela me preguntó que si me había comido algo del almuerzo del abuelo le dije que no señora, que me había caído y se me regó casi todo. Ojalá le haya contado al abuelo para que no pensara mal de mí.

Otro día tuve un problema en mi casa porque le rompí la cabeza a mi hermana Flaca, con una piedra al empujarla. Vivíamos en el barrio La Acacia, que colinda con el barrio donde pasamos la infancia, San Francisco. Del miedo de que mi papá llegara y me pegara; me volé para donde mis abuelos, me coloqué una ruana que mi papá, me había regalado años atrás, la cual ya me quedaba pequeña, cogí una macheta pequeña que tenía mi padre toda oxidada; por si me robaban, ya que el barrio tenía fama de peligroso, arranqué rumbo a la casa de ellos. Tuve la mala suerte, que me atacaron; pero no fueron ladrones, fueron una jauría de perros que se mandaron, tan pronto iba pasando. Pero, yo como buen guerrero. me les enfrente; ¡eso sí! me tumbaron, me dieron tres vueltas casi me muerden; pero gracias a los dueños que me los quitaron de encima, o sino los acabo con mi sable oxidado.

Después de este enfrentamiento; llegué a la casa de los abuelos y al otro día tipo ocho de la mañana, arranco para la fábrica, con tan buena suerte que pasó un fotógrafo y el abuelo lo llamó. Nos tomamos la mejor foto de nuestras vidas Él con su estilo militar, porque en ese momento era celador y yo con mi pinta de niño rico junto a él.



Quiero decirle al abuelo, lo mucho que lo quiero, lo importante que ha sido en mi formación como persona, como hermano, como hijo, nieto, sobrino, tío, padre, esposo y amigo; de quien siempre tomé los mejores consejos, las enseñanzas y los valores. A a ese hombre que a sus 90 años se ve como un roble, que cada día sigue aconsejando, orando y velando, porque cada uno de los integrantes de esta familia este bien, quien ha llorado por las condiciones adversas que se han presentado, quien ha reído por las alegrías de la familia

y quien está atento en cada uno de los hogares, quien con sus oraciones y bendiciones hace que esta familia permanezca unida en principios y valores, por estas razones es que es un hombre ejemplar.

Abuelo gracias por ser tan especial, lo quiero mucho, y sé que en algo nos parecemos.



Orgullos del grado de su primer nieto ya profesional

Bibiana

Don Libardo, teniendo en cuenta este hermoso homenaje que a bien han querido tener con usted, me permito manifestarle mi más sincera admiración y respeto. Al escuchar sus historias de vida, he podido dimensionar el gran esfuerzo que como cabeza de esta maravillosa familia ha hecho para lograr estar donde está. Cada una de sus historias llegan al corazón y realmente es admirable tanto sacrificio, tanto esfuerzo, pero ante todo, tanto amor. Le agradezco mucho su amabilidad y atención para conmigo en todo momento. Me encanta su devoción y Fe y es por eso que en esta fecha tan especial elevo mis oraciones a Dios y a la Virgen Santísima, por permitirle disfrutar de tantos años y los que faltan por venir.

Gracias infinitas por sus palabras, por sus consejos y por bendecir mi hogar en todo momento, gracias porque siempre se ha sentido



orgulloso de mi profesión, como Policía y se ponía muy contento al verme uniformada y me daba la bendición cuando en algún momento llegaba a San Francisco, a compartir de afán un almuerzo o unas onces. Gracias por su bondad, por tanta humildad que refleja en cada una de sus acciones y sus palabras, realmente es usted un gran hombre, lleno de muchos valores y virtudes. Don Libardo ahí tiene pues, la foto que tanto me pidió y espero que nos podamos tomar muchas más y que esta pandemia pase pronto para tener la oportunidad de poder compartir nuevamente con usted y la Señora María y escuchar sus maravillosas historias de vida y de amor eterno hacia ella, que es lo más maravilloso. Feliz Cumpleaños número 90, que cumpla muchos más, llenos de salud y rodeado de toda la familia que lo queremos, admiramos y respetamos, y sea este el momento propicio para reanudar mi más sincera admiración y aprecio.

Santiago



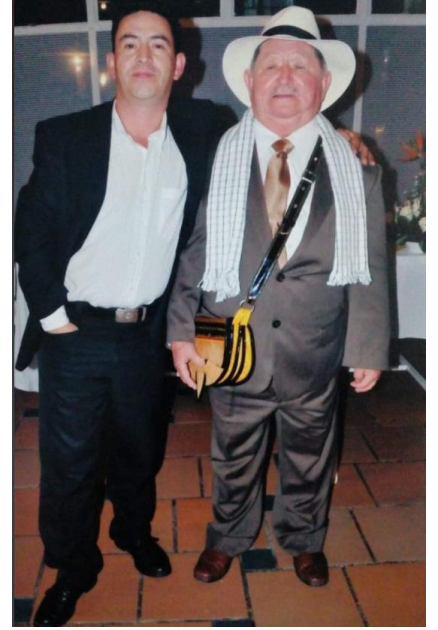
Querido abuelito, quiero decirte que eres un hombre muy especial, felicitarte ya que luego de tantos años has estado al lado de mi abuelita María, has sido un fabuloso padre, hijo, hermano, abuelo, tío y esposo. Como su nieto, quiero agradecerte porque gracias a todas esas historias que escucho de mi familia sobre ti, me han dado un buen ejemplo para mejorar mi día a día y convertirme en una gran persona; además cómo olvidar que mi papá se parece a ti, tienen el mismo rostro, sus ojos, su sonrisa, su panza, son muy parecidas. Cada vez que veo a mi padre, es como ver a mi gran abuelo Libardo. Unas cuantas historias de todas las que me han contado, me han sacado sonrisas, otras, me hacen reflexionar, pero siempre tendré esa buena imagen de

un gran bis abuelo como lo eres tú. Tal vez no hemos compartido mucho tiempo juntos, es porque yo he estado estudiando bastante, pero cada vez que nos encontramos y tenemos ese saludo tan especial, el beso en la mejilla y la bendición que al recibirla me siento muy feliz porque viene de un hombre muy sabio, soy feliz. Abuelito Libardo, te quiero mucho, espero que tengas muchísimos años más de vida.

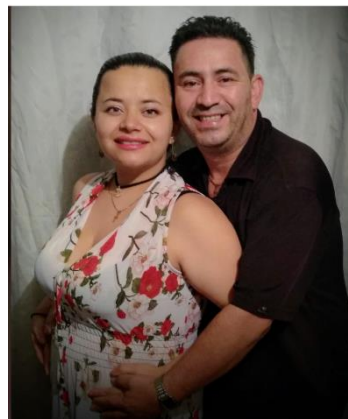
Weimar



Más que palabras, hay sentimientos guardados en mi corazón, para expresar en esta fecha tan especial a mi abuelo; quien ha sido para mí la imagen de un padre. Tengo mucho que agradecerle en especial que nos acogió con su amor y su humildad que lo caracteriza bajo su techo, solamente palabras de agradecimiento, porque junto con mi



abuelita María, nos cobijaron con su gran amor. En nombre mío y de toda mi familia junto con mi descendencia le pido a Dios Todopoderoso que lo bendiga, hoy mañana y siempre.



Gisleny Cardona:

Mi abuelito

Figura paterna, un hombre de valores con su verraquera y su humildad, siempre dándonos el mejor ejemplo. Uno de los recuerdos más gratos, es la ida a misa todos los domingos. Lo mejor era la recompensa nos daba dinerito y nosotras felices. También la forma de castigarnos, nos daba dos correazos y ya.



Abuelito gracias por existir y ser tan especial Dios nos lo guarde y nos lo preste por muchos años más de vida lo quiero mucho.



Jarmaile Cardona Giraldo

Gracias a usted tengo un ser al cual puedo llamarle Papá, siendo la única nieta que le dice así. Me siento orgullosa de esto. Tengo tantos recuerdos grabados mi mente; por ejemplo, cuando era pequeña y le llevábamos la comida a la Candelaria, usted siempre tan trabajador.



Cuando yo le lavaba la cadenita de plata de la Vir-

gen, mientras se afeitaba y al final terminó regalándomela. Así guardo en mi mente muchos momentos. Gracias por ser el pilar de esta gran familia. Ante todo, gracias a Dios por sus 90 años de vida, por ser la imagen de un gran padre abuelo y ser humano ejemplar para mí y para mis hijos.

Te amo Papa Dios te bendiga siempre



en



Daniela



A mi Abuelito Bis, que cumple 90 hermosas Décadas bien vividas, rodeado de Amor y Salud, Gracias mil veces por la familia que me has dado, es tan perfecta, llena de unión, Amor respeto y valores. Gracias a la educación que nos has dado tú y la Abuelita. Ustedes son los Reyes de la Familia, un orgullo que llevo aquí adentro de mí, doy Gracias a Dios y a la vida por tenerte entre nosotros en esta fecha tan especial, doy gracias por tu salud y tú manera de ser tan hermosa hacía nosotros. Te Amo y te Extraño Abuelito Bis, siempre estarás cerca de mí, en mi corazón.

José Abad Giraldo

HOMBRE SABIO, JUSTO Y SERENO ANTE LA ADVERSIDAD



A la hora de pensar en Libardo Giraldo Murillo, mi apreciado suegro, es imaginarlo en tiempos lejanos como un joven e incansable labriego, recorriendo los pintorescos y descontaminados lugares de Samaná y Florencia, sitios que lo vieron nacer y evolucionar como persona. Imaginarlo, presumido y atractivo por su apariencia física, observando a las mujeres jóvenes y bonitas de aquellos tiempos, circunstancia que, con seguridad, le permitieron encontrar las claves del amor y desarrollar su ga-

lantería, y el don para halagarlas, hechos que han perdurado hasta el día de hoy.

Siento nostalgia que no sea su hijo José Abad quien dedicara unas palabras y nobles sentimientos, sin embargo, para él, su padre ha sido sinónimo de honestidad, rectitud y entrega por su trabajo y su familia. Ha sido y es una persona honrada, responsable, justa y solidaria. La herencia caldense dejó una honda huella que se ha manifestado a lo largo del Tiempo.

He sido testigo del gran cariño que le ha profesado y siempre admiró en él, su sencillez y su capacidad para responder en forma eficiente en cualquier cosa a la cual se comprometiera. Así mismo, su alegría, el sentido religioso que lo caracteriza, el ser solidario con sus vecinos llegando a fortalecer bonitas amistades a lo largo de toda su vida. Libardo siempre contó con su respaldo y a su vez, él, se convirtió para su hijo, en el hombre maduro digno de imitar.

Cuando vivieron en el campo, su hijo, lo definió como buen agricultor, un experto cazador de animales y aserrador cuando acompañaba al abuelo Milciades en este trabajo. Lo describía como un cantor de versos y admiró su memoria, la cual conservó a través de los años demostrando y garantizando que aquello que memorizó en épocas lejanas, pudiera ser conocido por sus descendientes.

Cuando llega a Bogotá, ante sus nuevas y diferentes experiencias de trabajo, emprende una larga experiencia, accediendo al oficio de empleado en una empresa ladrillera, donde pudo demostrar de qué estaba hecho: fue un hombre de acero al momento de soportar las altas temperaturas y demás actividades que demandaron en la mencionada fábrica cuyo nombre era “La Candelaria”, ubicada en el barrio del mismo nombre y cerca de su vivienda ubicada en el barrio San Francisco al sur de la ciudad de Bogotá.

Para José Abad, su padre representaba el personaje más admirado, al igual que su señora madre. Una vez nos conocimos con Libardo, se generó una simpatía profunda, se fue fomentando gran cariño, aprecio y respeto, sentimientos que se conservan, después de treinta y ocho años, hasta el día de hoy.

Para las grandes empresas familiares, supe sobre el apoyo mutuo entre ellos al llegar a la ciudad donde vio nacer y crecer a sus hijos, nietos y bisnietos. Al ser el hijo mayor entre los varones, Libardo demandó la compañía, opinión y decisiones de José Abad. Fue así, como junto a Adelfa, se convirtieron en fieles testigos de los grandes desafíos en búsqueda de prosperidad y bienestar para toda la familia.



Dentro de los recuerdos comentados por José Abad, estaba la llegada al barrio San Vicente y cómo su padre se dirigía a la fábrica, atravesando amplios terrenos sembrados de trigo. En su primera experiencia de estudio, Libardo, debido a su trabajo, no pudo verlo en la escuela Rockefeller, jugando fútbol, descalzo, sin zapatos y destacándose como buen estudiante, vivencias que sí tuvo la oportunidad de ver María.

En el barrio las Colinas, José Abad lo recuerda cuando se dirigía a misa los domingos, se desplazaban hasta el barrio Olaya, lugar en donde, a veces, él como niño iba a vender empanadas a

los jugadores de la cancha de fútbol y demás transeúntes del barrio y era allí, donde quedaba la iglesia. Hacía la tarde, los dos departían con algunos vecinos.

Aunque llegar a la casa del barrio San Francisco se demoró algunos meses después de comprar el lote, la alegría de los integrantes de la familia fue muy grande pues se desplazaban a un lugar diferente y con mayores perspectivas de progreso. Junto a su padre, madrugaban los fines de semana para iniciar su construcción y se quedaban durmiendo a la intemperie para continuar el trabajo al día siguiente.

Allí la familia se constituyó en un núcleo familiar numeroso, de puertas abiertas para los vecinos y Libardo, en un personaje reconocido y muy querido por todos ellos, esto debido a su cordialidad y cooperación en lo que se requiriera.



Durante la época de estudios de José Abad, él reconoció la ayuda de la empresa donde trabajaba Libardo pues dentro de las prestaciones que recibían los trabajadores, estaba el subsidio familiar y con este dinero calmaron muchas necesidades.

Siendo José Abad una persona interesada por los estudios, en familia, se esmeraron porque él estudiara y así lo hizo, se destacó como buen estudiante. Es el momento, como él lo expresó en diversas ocasiones,

de saber que contaba con el alimento, la comida y el transporte para hacerlo, gracias al sacrificio diario de Libardo trabajando extensas jornadas en el lugar que tanto quiso y donde sus hijos se recrearon a sus anchas: la fábrica de ladrillos La Candelaria.

Aún, cuando José Abad ya se había casado, no abandonó su hogar paterno, continuó colaborando con su familia de manera eficaz y estuvo al frente de las grandes decisiones que permitieron el progreso constante de sus padres y sus hermanos menores pues ellos, siempre acudieron a él en búsqueda de apoyo. Estuvo ofreciendo su ayuda económica y cultural para que estudiaran, lo que significaba acompañar a sus padres en las difíciles circunstancias que por entonces vivían. Libardo, siempre reconoció tal ayuda.



Libardo es un hombre sabio: algunos textos nos indican que ser sabio, desde el punto de vista religioso,



es una persona que teme a Dios y, en este sentido, se considera a Libardo un ser sabio pues, por excelencia, ha sido un hombre temeroso de Dios, ha acatado con sublime humildad sus preceptos, por ejemplo, escucharlo decir que va todos los domingos a misa desde su más tierna edad, es algo extraordinario, es allí donde se manifiesta su carácter profundamente religioso.

Libardo también es un hombre justo: lo es, en la medida que no ha maltratado a nadie, ha dado ejemplo de responsabilidad en su trabajo, siente

compasión por las injusticias, busca la comodidad de todos, no únicamente la suya. En general, es compasivo y humanitario. Durante todo el tiempo de su existencia, Libardo ha demostrado con gallardía poseer estas cualidades hecho que lo engrandece y así lo reconoce toda persona que lo haya tratado. Una muestra más, es ser ejemplo para sus hij@s.

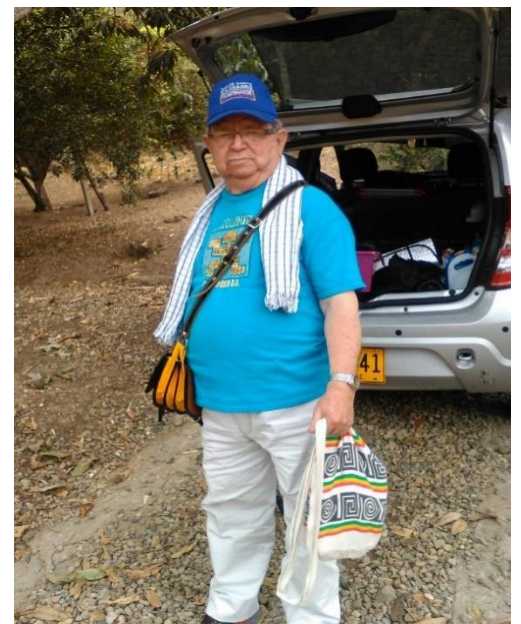


Libardo es un hombre sereno y tranquilo, vive en paz, duerme tranquilo, no le debe nada a nadie; es sereno y resignado frente a las dificultades de la vida. Por eso se le admira y respeta.

Es bastante divertido recordar el gusto que ha experimentado

por el baile, el ser galante con mujer bonita de cualquier edad, tomar su ron Viejo de Caldas, aguardiente y/o cerveza pues considera que, con ello,

no le hace mal a nadie y piensa que es justo divertirse cuando se puede. Por esta época de máxima tranquilidad en su vida, siente que ha vivido muy bien y anhela vivir por mucho tiempo más.





Sangre Giraldo Pérez: David Nicolás y Neill Rolando, llevan en su ADN, la herencia de Libardo y, su vez, de José Abad. Han demostrado ser responsables con sus vidas y aunque existen barreras generacionales, de tiempo y de contexto, reconocen las virtudes de sus mayores, acogen algunos principios por convicción y otros por propia decisión pues ellos, han realizados sus propias búsquedas ante el continuo devenir de las distintas épocas.

Por tanto, la Familia Giraldo Corredor, puede considerarse heredera de la mayoría de principios presentes en la feliz existencia de Libardo. El gusto por los paseos, la diversión y la buena comida son factores que continúan en sus nietos. Todo, después de

ser responsables y comprometidos con el trabajo.

Nos complace rendir un homenaje al Patriarca de esta Familia, reconocer su vitalidad, celebrar con mucha alegría, el arribo a su novena década y confiar en que vivirá por muchos años más, rodeado de toda su numerosa descendencia.

Bogotá, noviembre 2020



David Nicolás



Mi abuelo es el primer gran guerrero de la familia, quien al lado de mi audaz abuela se encargó de construir una familia llena de mucha fortaleza, cariño y amor profundo; cada miembro de la familia Giraldo Pérez es un guerrero que ha heredado la fuerza y valores de Libardo Giraldo y el amor y perseverancia de María Pérez.

Los relatos de mi padre acerca de las hazañas de mi abuelo han forjado la imagen que tengo de él como un luchador incansable que nunca se rindió ante las adversidades de la vida y los obstáculos que siempre hubo para la formación ejemplar de cada uno de los miembros de esta familia, cada uno cuenta con los más hermosos valores, sentimientos y tenacidad para progresar.

Tantas luchas a lo largo de su vida como el trabajo arduo en la fábrica de ladrillos, la construcción de la primera casa familiar en San Francisco y su gran labor como vigilante son muestra de su espíritu incansable; sin embargo, la mayor fuerza siempre ha venido su corazón, su temple y de su gran devoción a Dios y a los valores más puros que puede poseer un ser humano; gracias a esto somos una familia de paz, felicidad y templanza.



Muchas gracias abuelo por su amor, su lucha y su devoción a Dios y a la familia, lo quiero mucho, ¡¡¡¡¡felices 90!!!!



Son muchas las memorias que tengo de mi Abuelo Libardo, pero siempre lo recordaré como un hombre trabajador, atento a su familia, religioso y un poco coqueto. Recuerdo hace muchos años, cuando mi hermano y yo aún éramos pequeños, solíamos ir a la casa de los abuelos en San Francisco y en algunas ocasiones, nos quedábamos algunas noches allí con nuestros primos para jugar y hablar de cosas de niños, como el último episodio de Dragón Ball Z. Sin embargo, durante estas reuniones, existía un lugar imperdible en donde nosotros solíamos pasar el tiempo, este era el cuarto del tercer piso.

El cuarto donde mi abuelo tenía su habitación. Allí solíamos pasar el tiempo los primos, lejos de las reuniones de los adultos que ocurrían en la sala del segundo piso. En muchas ocasiones, solo los primos nos encontrábamos allí, pero también existían otras ocasiones en la que cuando llegábamos, a este cuarto y mi abuelo se encontraba allí, o llegaba el después de algún tiempo para pasar un rato agradable con sus nietos. Aquellos momentos, los aprovechamos para oír algunas de sus historias de juventud que nos solía contar, o en otras ocasiones nos enseñaba a jugar los pasatiempos que solían tener cuando él era joven, entre los cuales, eran jugar Piquis o a rodar el trompo.

También, cuando era hora de rezar, me acuerdo, en algunas ocasiones sacaba su radio y nos ponía a escuchar la misa de la tarde. Y algo que siempre recordaré, de cuando mis abuelos vivían ya en Suba (y muy seguramente cuando aún vivían en San Francisco), que no importaba el día, cuando daban las 5:45 de la Tarde, mi abuelo ya tenía el bastón listo y se preparaba para salir a su santa Misa, un evento imperdible para él. También, como cualquier abuelo con sus nietos, él nos malcriaba, un poquito, me acuerdo, que el primer trago de aguardiente que yo tomé, me lo dio mi abuelo en un paseo en los llanos orientales cuando aún era un niño...eso es algo que un nieto nunca olvida). Historias similares tendrán muchos de mis primos y son historias que siempre llevaremos con nosotros. Por eso quiero aprovechar este momento para agradecerle al Abuelo Libardo por todos esos momentos y desearle lo mejor en este cumpleaños. Un saludo y un abrazo enorme desde tierras muy lejanas a Colombia, Abuelito.

Neill Rolando Giraldo Corredor

Alemania

25.10.2020

Jorge Iván

HOMENAJE A MI PADRE



La humildad es la puerta de entrada a la grandeza. Hombre de mil batallas, con triunfos y derrotas. Protagonista de mi diario vivir. Sabio y acertado en sus decisiones. Admirable por su perseverancia y su creencia religiosa. Ejemplo de humildad, grande en cada acción. Ha dejado como una huella imborrable, en sus hijos el respeto y la honradez. A pesar de su poca preparación, su enseñanza queda impregnado en cada ser de su familia. Es un ejemplo para mí, mis hijos y toda su descendencia.

Valoro la lealtad con las amistades, su presencia y apoyo, es imprescindible cuando acuden a él. Lo que hace que nosotros sus hijos, valoremos día a día aquellas personas que nos rodean, llamados amigos.



Me siento muy afortunado y agradecido con Dios, por ese gran padre que tengo.

Clara Rosa:

Don Libardo, quiero dedicarle este acróstico, donde representa lo que es usted para mí.

Legado de vida

Insistente y justo

Buen ser humano

Aguerrido y gentil

Rico en sabiduría.

Dedicado y piadoso

Orgullo para su familia.

Generoso

Impredecible

Radical

Amigo leal

Linaje puro

Donador de valores

Obstinado en su trabajo





PALABRAS PARA MI QUERIDO ABUELO:

Abuelo... ahora que soy adulta y tomo tu mano, tengo que confesarte mi admiración, mi gratitud y mi infinito amor; haz trazado un camino para tu descendencia, un camino forjado con virtudes, valores y principios, aspectos fundamentales que han definido la personalidad de cada uno de nosotros.

Eres el patriarca de una familia maravillosa y debes sentirte orgulloso por ser quien eres, un día Dios encomendó para ti una tarea y la has cumplido a la perfección y mejor aún la has trascendido a tus hijos, nietos y bisnietos y seguirá de generación en generación.

Hoy estoy aquí sentada frente al papel escribiendo y pensando en lo rápido que pasa el tiempo, **el reloj de la vida no se detiene** y recuerdo con dulzura cuando llegabas de visita a nuestra casa, siempre con tu simpatía, amabilidad y vitalidad

siempre con ganas de vivir, de sacarle el mayor provecho a los años, a la vida misma; recuerdo, como cada domingo esperaba impaciente el momento de ir a misa, siempre inculcando los valores cristianos el amor a nuestro Creador que hoy nos bendice desde tus plegarias.

Y ahora que soy adulta, tengo que manifestar que desearía ver la vida con tus ojos y tener por lo menos la mitad de tu vitalidad, de tu alegría de tu salud y de tu gran amor, una de las cosas que más deseo heredar es tu forma de amar porque tu amor es fuerte, duradero e inmortal.



Abuelo quiero agradecerte por nos has enseñado a perseguir nuestros sueños, alcanzar nuestros ideales pese a las dificultades que se puedan presentar, porque tu persistencia, ha permeado nuestra forma de ver la vida y sin duda, nos ha ayudado a ir más allá de nuestros límites a través de tus **palabras llenas de sabiduría** y tu ejemplo como ser humano honesto y bondadoso.



La sabiduría que has adquirido con los años, sin duda es el mejor legado que podemos heredar, Gracias por transmitir el amor y jovialidad que sientes por la vida, ahora es necesario disfrutar cada momento a tu lado y darle gracias a Dios por tu vida y por regalarnos cada instante a tu lado.

Gracias por ser el mejor abuelo del mundo, Gracias por enseñarme tantas cosas, Gracias por enseñarme a reír de la vida, Gracias por ser el ser humano más noble, tierno, comprensivo y cariñoso que he conocido, creo que jamás conoceré a alguien igual que tú. Gracias por darme la capacidad de sonreír al enfrentar los problemas.

Gracias por tener esa alma de niño y te prometo que honraré cada enseñanza que me has dado, Gracias por ser mi abuelo. Te amo, hasta siempre.

Jorge Andrés

Solo puedo decir gracias a la persona que es el pilar de toda esta familia tan maravillosa, admirable y grande entre grandes, un roble completo y mi más grande ejemplo sobre todo en lo espiritual.

recuerdo mucho los regaños cuando hacía algo malo en el tiempo que viví con él, para mí el hombre más correcto en todo lo que hace, *es un gran tipo mi viejo* y gracias a su ejemplo creo que hoy tengo una gran familia y ejemplar en todo el sentido y soy un hombre muy correcto, recuerdo cuando tome algo que no me pertenecía fue su carácter y expresión que me hizo entender que algo andaba mal y desde ese momento creo que fue una gran lección para mi vida.

hoy quiero dar un homenaje muy especial a nombre mío y de mi familia Giraldo Álvarez me siento muy orgulloso de llevar su apellido en alto siempre donde estoy y dónde voy, un apellido que infunde respeto gracias a usted, hasta

el momento no he sido el indicado de darle el varón que seguirá con su apellido, esto siempre me lo ha dicho, pero sé que esta descendencia sobrepasará fronteras sin importar nada. Gracias infinitas "Donli" mi abuelo querido.



Adriana Carolina

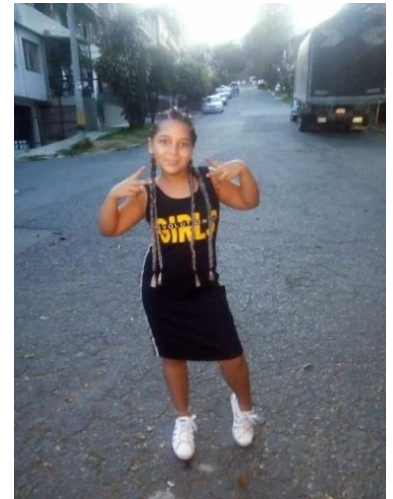


Que orgullosa me siento de ser parte de tu sangre, siempre mostrándonos que ante la vida hay que luchar y vivir siempre felices con lo que Dios no regaló. Gracias mi viejo hermoso por tu ejemplo tan grande que nos has dado a mí y mi familia BAQUERO GIRALDO, esos lindos valores

que me enseñaste son los mismos que les enseñé a mis hijas. En nombre de mi familia queremos honrarte y expresarte este inmenso amor y orgullo que representas para nosotros.

De ti recuerdo mucho cuando

me sentabas alrededor de la gente y me pedías que contara chistes, esos chistes que tanto te hacían reír y que te sentías orgulloso por esta nieta que contaba chistes verdes, también las invitaciones que me hacías a comer ensalada de frutas cada vez que iba a Bogotá, que ricas vivencias tuve con ustedes dos. Mi abuelo el hombre callejero que vive la vida al son que le toquen, TE AMO MUCHO MI VIEJO HERMOSOS QUE DIOS Y LA VIRGEN TE SIGAN BENDICIONES POR MUCHOS AÑOS MAS. FELICES 90 AÑO



Iván Mauricio



Hoy desde la tierra que vio crecer a mi abuelo quiero hacer un homenaje a un gran ser humano aquel que con su humildad y trabajo lucho para sacar esta hermosa familia adelante. De mi abuelito puedo decir que soy uno de sus nietos preferidos ya que así me lo hace sentir cuando hablo o estoy con él. Gracias abuelito por ser ese hombre maravilloso.



Y hoy quiero seguir su ejemplo de padre y formar mi hogar con los mismos valores, principios y amor que él nos recalca.

Don Libardo siempre me enseñaron que los abuelos son los pilares de un hogar y las personas más queridas de nuestra familia y en esta familia no es la excepción, porque eres un ejemplo de vida para sus hijos, nietos y bisnietos.

Ha sido un enorme placer poder conocerlo y ser parte de su familia.

Familia Giraldo Cruz

Clara Elisa

QUERIDO PADRE:

Quiero que sepas que me siento muy orgullosa de tener un padre como tú. Para mí eres el mejor hombre del mundo, durante el transcurso de mi vida he visto en ti al padre ejemplar, hombre trabajador y honesto, brindándonos un muy buen ejemplo como padre y también como persona.

De niña tengo los mejores recuerdos, cuando nos llevaba a la fábrica La Candelaria que estaban en huelga y escuchábamos cantar: ***“una vez vide una lora y esa lora me decía, que si toavía la siguen jodiendo y yo les dije que toavía”***

También cuando íbamos a la fábrica los domingos y él nos daba carne asada en los quemadores con los que cocinaban los ladrillos, siempre con mis hermanos jugábamos en la cascarilla que utilizaban para cocinar los ladrillos, mi hermano

Jorge me montaba en una maquina en la que cargaban los ladrillos. Siempre nos turnábamos para llevar el almuerzo y siempre nos dejaba el sobradito no importaba que hubiera poquita comida.

Siempre fui tu consentida por lo mismo me llamas “LA ÑAÑA DEL PAPA” y me siento muy bien cada que me lo dices.

ANÉCDOTA:

Yo tenía creo que unos 4 años, estábamos en Florencia yo vi a mi padre a lo lejos sentado en una silla, como siempre yo corrí a sus brazos, pero cuando fui llegando me detengo un poco desilusionada porque aquel hombre que veía no era mi padre, entonces me di cuenta que era otro señor igualito a él, pero con el bigote negro y me sorprendí, cuando me acerco y me doy cuenta que era mi tío Leónidas.

Quiero expresar que para mí fue un gran placer tener a mi padre viviendo en mi casa durante casi dos años, a pesar de su edad él es una persona muy bonita para compartir en el hogar, dejó gratos momentos vividos con mi grupo familiar al igual que con todos los vecinos y vigilantes del conjunto, tuvo mucha cordialidad ya que es lo que lo caracteriza. Después de su partida para donde mi hermana Milvia, todos los días hay una persona que lo pregunta y no se cansan de decir lo amable que es mi padre, tienen una muy buena imagen de este gran personaje.



Aprovecho esta oportunidad para agradecerte todo lo que has hecho por todos nosotros tus hijos y familia, por tu entrega incondicional y gran amor, solo deseo que en los años venideros Dios nos lo siga teniendo a nuestro lado con buena salud como hasta el momento.

Te quiero mucho padrecito de mi vida gracias por darme la vida.

Angélica María



Abuelito hermoso, en este día tan especial para ti y para todos nosotros, quiero desearte no solo un feliz cumpleaños si no que quiero desearte muchos años más a nuestro lado ya que quiero que dures toda una eternidad y eres el único abuelito hombre que tengo.

Aprovechando la ocasión quiero decirte que me siento muy orgullosa al haber compartido contigo durante dos años y volvería a repetir aquel tiempo en el que vivimos juntos. Nadie sabe la dicha que era tener al abuelo alcahueta que, si mi mamá no me daba plata, él siempre decía tome mijita 2000 pesos o en dado caso cuando mi mamá estaba enojada, yo corría para su pieza y contra viento y marea él me protegía para que mi mamá no me pegara.

Gracias a todos esos momentos de felicidad y tranquilidad que viví a tu lado mi viejito hermoso, siento que me apegué más a ti y supe el valor verdadero de lo que es tener un abuelito. Y aunque tu personalidad no era tan notoria, en la casa se sentía tu presencia, solo con el hecho de saber que veías televisión con los ojos cerrados.

Gracias por ser el mejor abuelito del mundo en serio TE AMO MUCHO.

Rubinel Giraldo



Hoy rindo un homenaje al hombre que me dio la vida, pero también me dio la educación, la formación y su sabiduría, su humildad, y su rectitud por el camino de la verreaquera y de la constancia

Rindo homenaje al hombre que me enseñó desde muy pequeño, que el camino de la vida es el compromiso y el deber moral para con la familia de la familia, me guió e indicó el trabajo como elemento fundamental de la vida (con pago o sin pago), quién en la medida de las circunstancias trabajamos de la mano en la fábrica de ladrillos LA CANDELARIA, en la construcción de nuestra casa, en construcción de la casa e nuestros vecinos y en cuantas obras de solidaridad requiriera nuestra presencia, ahí estábamos los hombres.

Rindo homenaje al padre educador, quien en el momento preciso supo castigar al niño travieso, que tomó indebidamente un trozo de panela en la plaza de mercado; me dio tres correazos en el momento se tenía que hacer, en el momento justo de la formación de un niño travieso de 9 años.

Al lado de mi padre me formé como niño, como hombre, con principios muy conservadores, con una formación en religión y moral católica radical, como gran amigo. siempre supe dónde estaba mi padre cuando salía del trabajo a compartir con sus amigos de trabajo (nunca le perdí la línea un centímetro a mi padre) siempre has estado ahí; siempre hemos estado juntos TE AMO PAPÁ

Quiero que sepas querido padre, que eres el hombre que más he amado en mi vida, de niño y jóvenes siempre estuvimos juntos, siempre supe dónde estaba, siempre supe de sus amistades y sus desvíos con los amigos, también fueron mi escapatoria para pedir lo que quisiera en cuánta tienda se presentara la reunión a tomarse unos tragos de Licor, Y entre tantos recuerdos maravillosa que



nos ha permitido compartir la vida. Como no recordar las sobadas después de una tronchadura de las articulaciones, tan frecuentes en nuestras épocas de juventud y la de nuestros amigos, (eres el kinesiólogo de la familia, e incluso, del barrio), en algunas ocasiones para sobas a la persona y que no se desmayara antes de iniciar la compostura le hacia tomar un preparativo de *Pony Malta* con huevo. Me encantaban los sábados a medio día saliendo de la fábrica de ladrillos la Candelaria (eso sí que marcó mi vida: eran días de sol, de alegría, de felicidad, incluso de trabajo (sin importar nos íbamos a trabajar el sábado en la tarde, algunas obras de casa o contratos con los vecinos; (tardes maravillosas).

Debo recordar la época maravillosa de mi vida en la ladrillera la Candelaria al lado del hombre más importante de mi vida; le ayudé a hacer sus oficios prácticamente desde los 7 años, sin que los sistemas de seguridad y salud en el trabajo lo impidieran, teníamos una fábrica para nosotros, Él (mi padre) era muy importante en esa fábrica, tenía un alto puesto en la cadena de producción y nosotros



(junto con mis dos hermanos) sus aliados, aunque siempre sentí esa actividad como un acto de recreación nunca lo consideré un trabajo; con papá siempre fui y soy feliz a su lado. Yo era el rey de la fábrica, tenía tanto cariño y afecto por este sitio de trabajo de mi padre y de sus propios compañeros de trabajo, que la sentía como si mi padre fuera el dueño, yo era el *Culebro* y el papá siempre, siempre me permitió desarrollar toda la creatividad y locuras que tenía en un espacio muy grande y con un entramado maravilloso para el desarrollo de la vida de un niño; que he sentido la mejor compañía al lado del gran hombre Noble, Ingenioso, responsable, serio, poeta, alegre, chiquito y barrigón

Hasta los quince años de mi vida nos desarrollamos en esa maravillosa labor como alfareros (siento que siempre estuve a su lado, pero carreta, siempre estaba en la calle), desarrollé mis estudios y fui su ayudante en las actividades de construcción que hacíamos a los vecinos. (Carreta, siempre me volaba a jugar fútbol) y el maestro encima del andamio esperando que el ayudante le pasará los materiales a los andamios, finalmente tuvo mucha paciencia para conciliar entre el trabajo y mi infancia y juventud. Y así me la pasaba los domingos hasta que me le escapaba a terminar los partidos de fútbol frente a la casa

Que épocas maravillosas al lado de los padres

Empieza el andamiaje de mi padre por los caminos de la vida como vigilante buscando completar la edad de pensión y se transforma entonces en una etapa más madura de nuestras vidas, el hombre trabaja 12

horas, a veces diurnas, a veces nocturna y yo empiezo mi vida de juventud un poco más separados, pero siempre con la sensación de estar juntos, siempre han estado ahí en mi vida y en mi compañía.



Logra su pensión y por ende una nueva etapa de la vida, es curiosamente (cuando mi padre empieza a cobrar la pensión) que siento que el hombre se envejece, el hecho de estar metido en un grupo de personas mayores, ya pensionados y sin afán de la vida, sentí el cambio de su vida, con ese estigma de viejito, pensionado, enfermo, (como quien sólo espera la muerte) sentí un cambio de su vida y el inicio del camino hacia la vejez.

Pero no ha sido una vejez triste ni amargada, por el contrario, feliz, muy feliz; desarrolló unos momentos maravillosos cuando en compañía de familiares y amigos departían tragos de Licor con mucha alegría (brandy con leche fue su bebida favorita por mucho tiempo) gratos recuerdos.

El estar al lado de mamá siempre (la hermosa e imponente María Pérez) y el haber tenido a sus 7 hijas, lo han hecho un hombre amoroso y respetuoso de todas las mujeres, que caballero, alegre y jovial.

vial.

En mi vida familiar ya con Pilar y mis hijos, mi padre ha sido el hombre ejemplar, buen suegro, buen abuelo y muy buen amigo con mis niños.

Bendito sea padre mío, por esta vida que me has dado, por esta compañía, por esos maravillosos momentos que hemos compartido, tantas cosas padres, tantas cosas maravillosas que terminan Forjando en nosotros, gracias a su educación y a su forma de ser unos hombres nobles, alegres y con gran sentido de familiaridad. Que belleza padre hermoso. Te amo.

Sus cánticos recorridos a lo largo de mi vida, desde la música carrilera, pasando por las cuerdas y guitarras de una época maravillosa de mi niñez y juventud (evocando la música colombiana) forjada por mis hermanos Abad y Jorge, pasando por los ídolos maravillosos de su vida, Bowen y Villafuerte, las hermanitas calle, el caballero Gaucho, los trovadores de cuyo, Óscar Agudelo, Olimpo cárdenas, los Visconti, los chalchalers, y tantos y tantos temas musicales que nunca le han faltado al lado de su cama, la gomelería de las memorias USB alchaheteadas por muchos sobrinos tratando de sacar la mejor selección musical de toda su vida ha dado como resultado excelentes regalos de amistad, su música, Y como no, reconociendo al más grande de la canción al mejor poeta e interprete, el rey; Vicente Fernández.

Que recorrido más maravilloso de la vida de mi padre, quién sin ser músico ha tenido una vida musical paralela a su vida diaria. Gracias padre por permitirnos momentos maravillosos a tu lado,

El viajero: un tema que no se sabe de dónde salió, pero lo interpretó por muchas veces en nuestras reuniones familiares

*Soy el mismo viajero que salió una mañanaaaa,
cabizbajo y sombrío un consuelo a buscar
Por el mismo sendero,
Hallé tierras lejanas...*



Nunca faltó a su misa dominical, pero siempre estuvo en los almuerzos familiares. No puedo dejar pasar en alto tantas anécdotas que tuvimos juntos cuando en el momento más importante de mi vida (¿domingo por la tarde, me sacaba del partido de fútbol para llevarme a misa, se pueden imaginar ese trauma tan tenas que me dejó aquella época? Era increíble que eso me sucediera, sin embargo, me salía del partido o de la actividad que estaba haciendo y acompañaba mi padre a la santa misa dominical de 6pm.

Ya de grandes, en la mejor etapa de su vida y al lado de su gran esposa, con toda la ternura, dedicación y amor han desarrollado un nido de amor maravilloso donde cada domingo departimos el almuerzo dominical, las alegrías y experiencia vividas por cada familia durante la semana. La pandemia del CORONAVIRUS, ha hecho que ellos se protejan encerrados en su apartamento en compañía de mi hermana Sofía. GRATITUD TOTAL. GRACIAS VIDA.

Pilar Angarita.

Don Libardo, gracias por su apoyo en la vida como pareja, en la relación que hemos mantenido con Rubinel y por insistir en el matrimonio, que día a día lo analizamos hasta que de pronto lo vamos a lograr. Gracias por su ejemplo de vida, por su fortaleza, por su actitud y por la unión familiar.



Rubén Darío



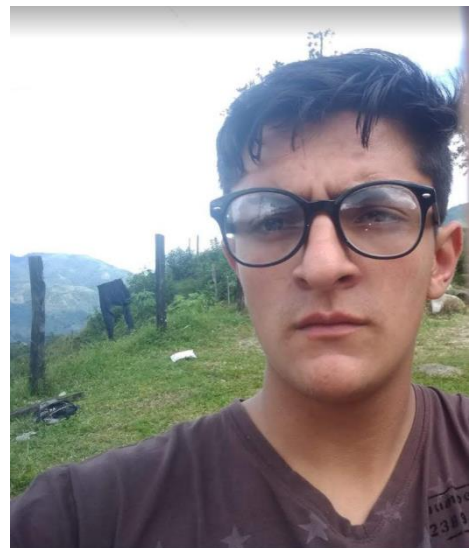
Querido Abuelito, eres el ser más maravilloso que hay sobre esta tierra, eres el ser más especial que yo y la familia han tenido, eres el pilar que sostiene esta familia, porque sin ti esta familia se derrumbaría, Eres la persona más sabia de la familia. Tú fuiste un luchador, trabajaste en la ladrillera la candelaria y fortaleció el inicio de la familia. Quiero agradecerte porque eres el mejor abuelo que conozco.

Abuelo lo quiero mucho yo haría todo por usted

TQM ABUELO

Johann Sebastián

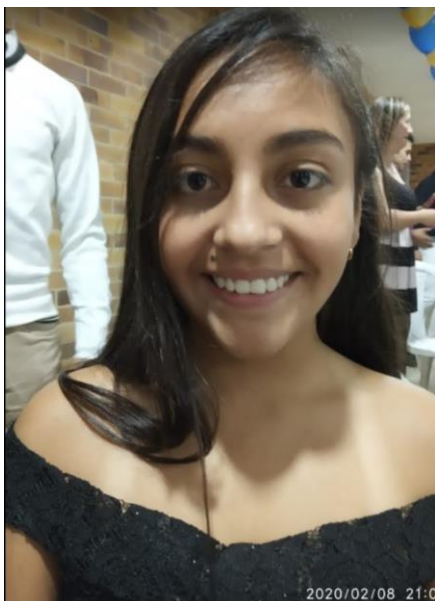
Abuelo, gracias al tiempo que he pasado con usted, escuchando diversas historias de su vida, he logrado aprender una gran variedad de cosas, que, aunque parecerían insignificantes, me han ayudado en la vida, logrando guiarme en mis decisiones, también son historias bastante interesantes, y me alegro de que actualmente podamos visitar Florencia, y así conocer un poco de su vida, logrando conocerlo mucho mejor.



las

más

María Fernanda



Abuelo, en lo que me ha contado mi papá, de las historias en su niñez he visto que eres un luchador y parte de a quien debemos agradecerle el tener un futuro prometedor y una vida cómoda. Sé que siempre has querido lo mejor para tu familia y has trabajado mucho para lograr lo que te propones, siempre estás muy pendiente de todos nosotros y nos colaboras con lo que puedes. Lo que más te agradezco es siempre estar dispuesto a ayudar, un ejemplo de esto podría ser todas las veces que me he tronchado y tú me has sobado, además resalto tu actitud siempre positiva y colaborativa. Eres una persona a quien admiro y que aprecio mucho.

Sofía Giraldo Pérez



Padre amado. Cuando me desprendo de la escritora para hablar de la persona que hora lo acompaña, me llena de emoción, felicidad y sobre todo gratitud por el premio de tenerlo a mi lado y vivir juntos el camino de la vida.

Cuando la vida me permitió recorrer su mundo, me sentí realmente afortunada, porque logramos reconstruir ese pasaje maravilloso de su vida. Padre, pero más allá de las bondades vividas a lo largo de narrar su historia, tengo que agradecer al hombre que me vio crecer, a ese padre fuerte que siempre nos mostró forta-

leza, a pesar de las adversidades que pudieran ocurrir en su interior.

Seguramente por ese valioso ejemplo que recibí a su lado, durante mi niñez, la comprensión en la juventud y la serenidad en la madurez, es que hoy soy esa persona que se lanza al mundo a soñar con la vida.



Padre, con gran amor recuerdo los paseos, la alcahuetería conmigo porque yo colaboraba en muchas cosas requeridas; como atender la ropa y alistar el almuerzo y llevarlo a su trabajo.



Creo que gracias a sus maravillosas enseñanzas es que me siento una mujer dedicada a su trabajo. Quiero también sembrar en mi familia, algo de ese legado que me deja en cada acción construida. Padre hermoso, lo amo profundamente y este homenaje que hoy hacemos es con todo el cariño y respeto merecido por este recorrer de la vida.

Laura Angélica Parrado

Recuerdo a mi abuelo con el olor del café, el agua de panela y el maíz molido de la mañana. Recuerdo su constante saludo por las calles y las frases típicas en cada sitio que el caminaba "usted es la nieta de Libardito" y eso me demostró la huella que ese gran hombre al que llamó abuelo. Cuando nos reuníamos en familia recordaba de donde era, su crecimiento, su querida Florencia y su infaltable poesía que se había aprendido de niño para su primera comunión, todos estábamos impresionados de la memoria que la tenía y reflejaba en cada detalle de sus historias.

No podía acabar mi escrito sin nombrar la coquetería que el rey de la familia dejó como herencia a cada uno de sus miembros y es inevitable no se visible en cualquier espacio con esa presencia paisa, esa presencia Giraldo y cuando las personas preguntan por toda la alegría y coquetería que nos define no dejamos de nombrar a Libardo Giraldo

Larga vida para este hombre lleno de sangre latente que no deja de ser un ejemplo de fuerza, salud y entrega



Edith Giraldo Pérez



Escribir a mi padre, ahora que cumple sus noventa años, es el momento de expresarle lo orgullosa que me siento del papá que me tocó. Un ser ejemplar. Aquel que supo educarnos en el momento justo y nos dio el mejor ejemplo de responsabilidad. Nunca olvidaré una de sus grandes enseñanzas. Mamá me había dejado la tarea de hacer los frijoles para el almuerzo; yo era muy pequeña, además me encantaba salir a la calle. Eso sí, yo cumplí con el oficio asignado, coloqué los frijoles a cocinar y me fui. Ese era mi espacio, jugar con mi amiga Dalis o no sé qué me fui a hacer. En todo caso, cuando llegué a la casa, lo vi muy bravo. Sacó la correa y me dio tres correazos, reafirmando su enseñanza...

—*Eso es para que aprenda a ser responsable.* Lo recuerdo cuando llegaba a la hora del almuerzo, vestido de overol azul, cubierto de polvo, recostado en la cama

con su casco, un poco envejecido, puesto en la cara. No sé si dormía, porque a su alrededor, estábamos nosotros. Nunca parábamos de hacer algarabía y para colmo de males él colocaba las noticias en el radio... Alerta Bogotá, con ese señor que tenía su voz bien singular. Claro que papá nunca se enojaba mientras nosotros jugábamos, o gritábamos.

Padre, hacer estas palabras, no fue nada fácil para mí, pues me llena de nostalgia y se me oprime el pecho. Pues, gracias a los valores adquiridos por mamá y usted, es que yo formé el hogar con mi esposo John, pero ahora que él no está; y que juntos, esperábamos hacerle este homenaje, me duele el alma, pero con certeza sé que él estaba muy



agradecido por el ejemplo de vida, recibido por usted. Recuerdo el día de mi matrimonio, cuando usted me entregó y le dijo sus palabras.

La felicidad de todos estos años, junto a él. Podría asegurar que las palabras que le diría en esta fecha, donde quiera que esté, serían...

—Gracias don Libardo, por permitirme estar en su familia, por abrirme las puertas de su casa y de su corazón, gracias por mi esposa, y apartar un pedacito de amor en su corazón para mis hijos y para mí. ¡Lo quiero mucho! oyo...

Milvia Giraldo Pérez



Hoy la vida me regala una oportunidad invaluable. Describir a un ser maravilloso como es mi padre Desde mis primeros recuerdos veo un hombre maravilloso trabajador cariñoso y sobre todo un padre ejemplar.

Me lleno de alegría, hoy que miro hacía el pasado y al retroceder en el tiempo, me doy cuenta que él siempre estaba allí trabajando. Mis primeros recuerdos de infancia eran en la ladrillera la Candalaria, donde teníamos que ir llevar el almuerzo junto

con mis sobrinos Weimas y Sócrates, en ese entonces ya no dejaban entrar a la fábrica como antes; entonces teníamos que dar toda la vuelta por unos potreros y la naturaleza, cosa que siempre nos almuerzo de papá y el con su mucho cariño. A jugar

lir a las 4

Era toda estar dentro allí ladrillo

Llegan a mi mente con una olla de decía...Mija, métase

me escondía para comer los manjares que él preparaba en la fábrica.



junto con Sócrates exploramos retrasaba la hora del nobleza nos recibía con escondidas nos dejaba entre la cascarilla y lo esperábamos para sacón el

una aventura de la fábrica pues encontrábamos hornos de cascarilla y muchas cosas para jugar.

gratos recuerdos como cuando llegaba de trabajar almuerzo que él había preparado en la fábrica y me debajo de la mesa y cómase este bocado, yo llena de emoción y picardía,



También tuvo un detalle maravilloso conmigo que fue el llevarme a Florencia a una fiesta que fueron los 50 años de matrimonio de mis abuelos, a pesar que éramos tantos sólo fuimos unos cuantos Clara Jorge Rubínel y yo. Era maravilloso ver cómo el perro de la casa que se llamaba Solín, batía la cola para avisarnos que papá ya venía, nosotros con tanta emoción mirábamos hacia el horizonte y allí aparecía mi padre

Ya en mi adolescencia las cosas van cambiando veo a un hombre serio correcto y como siempre muy trabajador y estricto. Hoy con la madurez que me acompaña, sé que lo único que quería era protegerme de las malas amistades y de los hombres que de pronto no tenían buenas intenciones

Yo quedé embarazada muy joven y por tal motivo

me tuve que ir de la casa, pero siempre estuvo allí esa figura paterna, ese gran ejemplo a seguir ese hombre lleno de bondad y sabiduría para orientarme en el hogar

la vida me dio otra oportunidad para compartir con él, vivimos juntos durante año y medio donde fortalecimos nuestros lazos

de amor como mi familia sentimientos. ya mi padre un poco más viejo pensionado y con otras perspectivas de la vida fue un tiempo maravilloso donde pude disfrutar de mi padre dónde lo consentí y le demostré lo mucho que lo amaba, cuando en las tardes nos dedicaba tiempo para contarnos sus historias de juventud y lo más maravilloso era verlo compartir con sus bisnietos, les enseñaba sus juegos de niños como lo son el trompo las piques y el naipe



Gracias papito mío por siempre estar allí por darme este ejemplo de vida por estos maravillosos años a su lado lo amo con toda mi Alma

Yo soy tu sangre mi viejo soy tu silencio y tu tiempo ahora ya caminas lento como perdonando el viento

Alejandra



Abuelo

Al hablar de ti es imposible no recordar y sobretodo admirar la calidad de ser humano que eres, eres un hombre perseverante trabajador pero sobretodo un hombre correcto en su actuar y en su vivir, tu humildad y el amor por la familia q nos has enseñado es la mayor herencia que nos has dejado.

Es imposible no recordar esas tardes en San Francisco en la cocina rallando panela para comer con queso y los miles de intentos que hiciste para

que aprendiera a jugar trompo, no lo logre, pero tengo los mejores recuerdos de esos días, lastimosamente era más el tiempo que estás trabajando y no tuve la suerte de compartir más cosas contigo, pero gracias a Dios por las vueltas de la vida terminaste viviendo en bosa con nosotros y mis hijos tienen los mejores recuerdos al lado de su abuelito Libardo.



Gracias le doy a Dios y a la vida porque mis hijos tienen la fortuna de tenerte en sus vidas y ven en ti un abuelo lleno de amor y tiempo para jugar y hablar un rato.

Que orgullosa me siento de llamarte Abuelo porque eres un hombre lleno de virtudes y de buenos ejemplos, que orgullo llevar esta sangre Giraldo de esos Giraldo de Florencia Caldas. No tengo más que palabras de amor y admiración hacia ti te amamos abuelito.

Yudith

A mi abuelo querido solo puedo agradecerle por el gran ejemplo de hombre que es, por enseñarnos el valor de la responsabilidad y amor a Dios. Agradecerle a la vida que nos permitió compartir un tiempo juntos donde lo conocí muchísimos más las anécdotas con el abuelo son hermosos y llenas de amor cuando en la infancia siempre nos alcahueteo al igual que la abuela en la casa de todos San Francisco, gracias abuelo por todo y espero la vida nos regale muchísimos años más para disfrutar de su compañía. Es maravilloso saber que mis hijos disfrutaron de un bisabuelo tan vigoroso y fuerte me siento muy orgullosa del abuelo que tengo. Gracias abuelo

FAMILIA OCAMPO RODRIGUEZ



Leydi Giraldo Pérez

Diana Amaya



A mi abuelo, a mi familia y a cada persona a la que llegue este homenaje quiero darle a conocer lo que mi madre me obsequió, maravillosas anécdotas y aprendizajes de mi abuelito... Él, para mi madre Leydi fue un gran ejemplo y de estas historias yo entendí como un padre aporta tanto para su hija. Yo, siempre creí que mi mamá era muy estricta conmigo, que era muy rígida con mi formación, aunque después de un tiempo comprendí que no era solo que quería ser así conmigo sino porque siempre

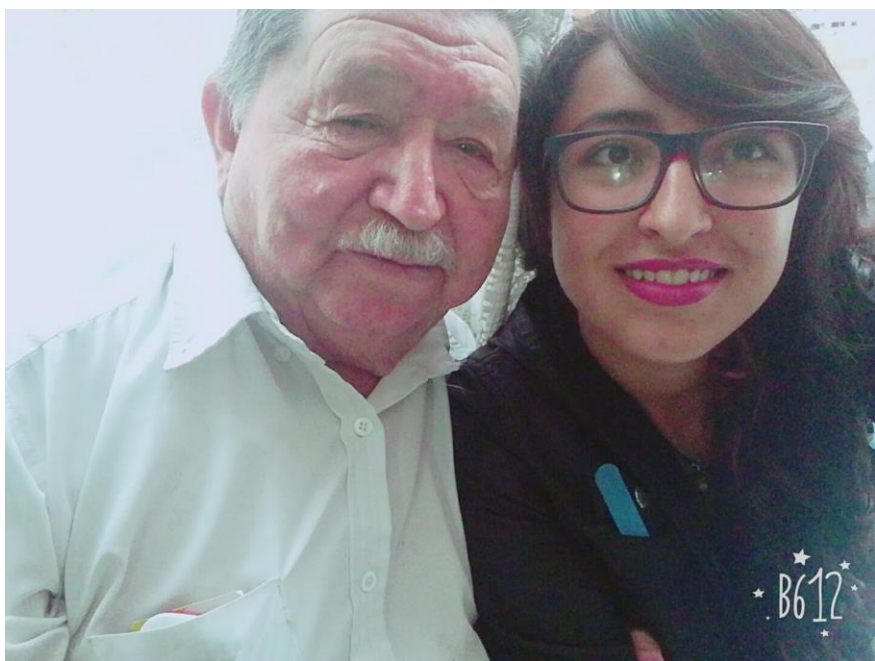
quiso mi bien, siempre recalco de diferentes maneras la admiración que le tenía al gran hombre que es mi abuelo.

En uno de nuestros sábados en los que nos quedábamos juntas hablando de mil cosas, recuerdo que ella me decía que junto a mi madrina Jenny, sentía que eran las consentidas, que al ser las menores gozaron unos detalles diferentes a los de sus hermanos y hermanas mayores de parte del abuelo, también recibió muchas frases de valor, que en el momento en el que el abuelo se las dijo a ella, ella no imaginaba que tal cual nos las iba a repetir a nosotros, sus hijos, —*Así no se comportan las niñas. Las señoritas no deben tener una mala imagen, porque el que pierde la honra, jamás la recupera.*— también, —*a la mujer se respeta, no se le toca ni con el palo de una rosa*— y muchas más frases que actualmente mi hermanito y yo tenemos en práctica y recordamos con muchísimo amor.



Otra historia que a mí me dejaba maravillada era una que en mi mamá reflejaba una felicidad inmensa, que eran los paseos a la fábrica. Ella, por el contrario de mis otros tíos no tuvo tanto la oportunidad de vivirlo, pero a veces la llevaban al parque de diversiones llamada Ladrillera La Candelaria, allí pasaban toda la tarde metidos entre la cascarilla y paseando por el que ella llamaba un mágico lugar.

También, me recordaba cuando iba a mis entregas de notas del colegio, lo mucho que agradecía que a ella mi abuelo le recogiera los boletines y que cuidaba atentamente su juventud. Muchas veces me contó que, por intentar protegerla, y veía que la seguían los jóvenes, él vigilaba sus pasos y a muchos de los muchachos los espantaba.



Ahora que mi madre ya no está, no puedo dejar de reconocer todo lo que yo viví a su lado y ella con mis abuelos. Ellos era lo más importante en el diario vivir de ella, los atendía en lo que ellos necesitaban, y gran parte de la vejez ella sentía la obligación de acompañarlos en todos sus cuidados médicos, cosa que lo hacía con todo el amor del mundo. Cuando tuvo la oportunidad de tener su carro, lo que más la emocionaba al haber aprendido a manejar era que por cerca que fuera el médico, ella los podría llevar de puerta a puerta, repetía que ya debíamos cuidar a los abuelos en cada pasito que daban, porque al arrastrar sus pies podían tener accidentes, entonces muchas veces, le repetía a mi abuelo que dejara de salir tanto solo, por la preocupación que le daba que de pronto se cayera y no tuviera a alguien de la familia cerca para auxiliarlo inmediatamente. Ella dejó todos los tratamientos adelantados para que mi abuelo fuera atendido en el médico, como la cirugía de los ojos que le hicieron hace muy poco y los audífonos que usa actualmente.

Cuando Dios citó a mi madre en el cielo, tuve la inmensa tristeza de ver a mis abuelos abrazados por la gran pérdida, su hija adorada había fallecido, él se colocaba sus manitos en los ojos y sollozaba sin parar, al pensar que su pequeña consentida, no iba a volver a estar con él. Ahora mi abuelo me dice que él le agradece a mi madre que volvió a la casa, a compartir sus días con la mujer que ama pues ella, fue quien hizo ese maravilloso regalo de permitirles sanar cualquier situación y estar junto a mi abuelita.

Finalmente quiero recalcar ese inmenso amor de mi madre por el abuelo, todo el respeto y agradecimiento que siempre le tuvo.

Siendo una niña, con sus padres separados y una mamá increíblemente verraca y trabajadora, pase gran parte de mi infancia en la gran casa de San Francisco con mis abuelos, lo que más amo recordar son esos momentos en los que mis abuelos me consentían completamente. Recuerdo que el abuelo pasaba tiempo descansando en una habitación que tenía en la terraza, pero que no se perdía de sus programas, entonces como yo ya sabía que el abuelo las veía, cada que se cumplían las 5:00 p.m. mis gritos retumbaban en la casa '¡ABUELO! ¡LA NOVELAA!', le acomodaba su silla en frente del televisor para sentarme en el piso junto a él y acompañarlo, así fueron varias tardes juntos, también recuerdo a mi abuela llamándolo en las noches 'Libardo, raye la panela para la niña' y de esta manera entre los dos me hacían el tetero más delicioso del mundo para pasar una hermosa noche. Los domingos en los que teníamos que arreglarnos temprano para irnos caminando a misa en la iglesia de San Francisco, yo le preguntaba cantando '¿abuelito que hora son?' y me respondía en el mismo tono 'las horas del corazón, amarradas en un cordón'. Tiempo después ya más grande compartimos gusto en los juegos de mesa, en los que pasábamos tardes después de estudiar, jugando dominó o el juego que más nos gustaba que él me enseñó: 'Tute' con un mazo de naipes.

Sin dudar el abuelo es mi más grande amigo, con quien compartí muchas risas en nuestras horas de juegos o novelas, incluso viendo el programa 'hombres de honor'. Solo me queda el más puro agradecimiento al hombre que más me consintió en el mundo, el que me enseñó esa fuerza de padre, siendo mi abuelo, un hombre muy valiente con un paso firme en sus días, con la mirada siempre en salir adelante, Abuelo lo amo con todo mi corazón y gracias por esta hermosa descendencia.

Juan Esteban Martínez



Abuelo, te recuerdo como un hombre de paciencia cuando me enseñaste a jugar trompo, me gustaron muchísimo nuestras tardes de juegos y como aprendí con los trompos de madera que guardabas en una bolsa para estas ocasiones, también cuando los abuelos llegaron a vivir a suba que él me recogía del colegio y siempre me gastaba gelatina de pata que eran unas de mis favoritas.

Cuando el abuelo se dio cuenta que lo podía ayudar a pasar canciones a sus memorias, me pedía que le hiciera el favor y al entregarle al entregarle la memoria me daba unos pesitos, gracias abuelo por tan lindos momentos, lo quiero mucho.



Jenny Stella Giraldo



Solo tengo palabras de agradecimiento a Dios por mis padres. Seres de lucha. Mi padre hombre guerrero, trabajador, del cual aprendí la bondad, el respeto y la humildad. Padre, gracias por enseñarme el camino de la espiritualidad, donde tus oraciones nos protegen día a día, donde Dios es su verdadero amigo y protector y de todos nosotros.

Cuando éramos adolescentes, estuvimos protegidos y realmente, tuve padre. Él me cuidaba de muchas maneras; iba al colegio para estar pendiente de mi proceso académico. Cuando llegaba de estudiar, él era quien se encargaba de servirme la comida. Padre, gracias, porque cuántas veces lo necesité, ahí estaba incondicionalmente. Yo fui una niña muy consentida, quizás por ser la menor.

Como non estar agradecida con la vida, y con un padre como el mío. De donde empezó., su vida fue difícil para salir adelante con tantas adversidades y esfuerzos, somos los que estamos hoy en día aquí, de frente, dándole la cara a los altibajos que se nos presentan

Padre, su sacrificio es el legado que nos da a cada uno de sus seres. La memoria de un guerreero, imagen que vivimos permanentemente

Gracias padre por tanto nos has dado.



Escrito por:



Sofía Giraldo Pérez

Nació en Bogotá, Colombia en 1970.

Desde muy joven se ha sentido comprometida con la literatura. Licenciada en Lingüística y Literatura en la Universidad de la Sabana. En el año 2019 obtuvo su título como Magister en Creación Literaria de la Universidad Central de Colombia. Experiencia educativa de primaria y secundaria desde el año 1997. Docente en la Secretaría de Educación del Distrito. Catedrática de la Universidad del Tolima desde 2011.

Su primera obra, publicada en 2018, *Mujer de Amor*, lucha y perseverancia. Biografía de María Pérez de Giraldo y el segundo trabajo literario *El Baúl de los Misterios* en 2019. Finalizando 2020, entrega la obra biográfica *Poeta, Guerrero y Letrado*. Biografía de Libardo Giraldo Murillo. En continuación de la anterior, para dejar plasmado el legado de sus padres.



Libardo Giraldo Murillo
90 Años

ISBN: 978-958-49-0639-7



9 789584 906397